WILLIAM S. BURROUGHS
JACK KEROUAC

Y los hipopótamos se cocieron en sus tanques





ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

AND THE HIPPOS WERE BOILED IN THEIR TANKS

1945

by
William Lee
and John
Kerouac

Will Dennison
chapters written by

William Lee, Mike Ryko chapters

by John Kerouac

1

WILL DENNISON

Los bares cierran a las tres de la mañana los sábados por la noche, así que llegué a casa hacia las 3.45 después de desayunar en el Riker's, en la esquina de la calle Christopher con la Séptima Avenida. Tiré el News y el Mirror en el sofá y me quité la chaqueta de sirsaca y la tiré encima de los periódicos. Me iba directo a la cama.

En ese momento zumbó el timbre. Es un timbre que suena fuerte y te atraviesa, así que corrí a apretar el botón para abrir la puerta de la calle. Luego cogí la chaqueta del sofá y la colgué en una silla para que nadie se sentase allí y puse los periódicos en un cajón. Quería asegurarme de que seguirían allí cuando me despertase por la mañana. Entonces fui hasta la puerta y la abrí. Calculé el tiempo justo para que no tuvieran ocasión de volver a llamar.

Entraron cuatro personas en el cuarto. Ahora explicaré en líneas generales quiénes eran esas personas y qué aspecto tenían, puesto que la historia es en su mayor parte sobre dos de ellas.

Phillip Tourian tiene diecisiete años y es medio turco y medio americano. Tiene todo un surtido de apellidos, pero el que prefiere es Tourian. Su padre usa el de Rogers. Tiene el pelo, que le cae sobre la frente, negro y rizado, y la piel muy clara y los ojos verdes. Y antes de que todos los demás estuviesen dentro del cuarto, él ya se había instalado en la silla más cómoda de todas con una pierna por encima del brazo.

Este Phillip es el tipo de chico al que los maricas literatos escriben sonetos que empiezan: «¡Oh, greco mozo de córvidos cabellos...!» Llevaba unos pantalones muy sucios y una camisa caqui con las mangas arremangadas que dejaban al descubierto unos brazos muy masculinos.

Ramsay Allen es un hombre de aspecto notable, pelo gris y unos cuarenta años, alto y un poco fofo. Parece un actor un poco desastrado, o alguien que fue alguien. Además es del Sur, y asegura ser de muy buena familia, como todos los del Sur. Es un tipo muy inteligente, pero al verlo ahora nadie lo diría. Está tan colgado de

Phillip que anda planeando a su alrededor como un buitre tímido, con una sonrisa boba y babosa en la cara.

Al es uno de los mejores tíos que conozco, y no hay mejor compañía que él. Y Phillip también está muy bien. Pero cuando se juntan los dos siempre pasa algo, forman una combinación que le ataca los nervios a todo el mundo.

Agnes O'Rourke tiene una cara irlandesa fea y un pelo negro rapado y siempre lleva pantalones. Es directa, hombruna, de fiar. Mike Ryko tiene diecinueve años y es un finlandés pelirrojo, una especie de marinero mercante vestido de caqui sucio.

Bueno, pues éstos son todos los que estaban, eran cuatro, y Agnes sujetaba una botella.

–¡Ah, Canadian Club! –dije–. Pasad y sentaos. –Como para entonces ya lo habían hecho saqué unos vasos de cóctel y todos nos servimos un trago a palo seco. Agnes me pidió un poco de agua y se la di.

Phillip tenía cierta idea filosófica que por lo visto había ido desarrollando a lo largo de la noche y ahora me la iba a contar. Dijo:

–He elaborado toda una filosofía a partir de la idea de que el desperdicio es el mal y la creación es el bien. Mientras estés creando algo, está bien. El único pecado es desperdiciar tus potencialidades.

A mí aquello me sonó bastante tonto, así que dije:

–Bueno, yo no soy más que un camarero atontado, pero qué pasa por ejemplo con los anuncios de jabón Lifebuoy, son creaciones, ya lo creo.

Y él dijo:

–Sí, pero verás, eso es lo que se llamaría una creación desperdiciada. Todo está dicotomizado. Luego tenemos el desperdicio creativo, como es hablar contigo ahora.

Así que yo le dije:

–Sí, pero ¿qué criterios tienes para distinguir la creación del desperdicio? Cualquiera puede decir que lo que él hace es creación y que lo de todos los demás son desperdicios. Es una cosa tan general que no significa nada.

Bueno, aquello fue como abrirle los ojos. Me imagino que nadie le había hecho muchas objeciones. En cualquier caso se olvidó de filosofías y yo me alegré del olvido, porque por lo que a mí concierne todas esas ideas pertenecen al departamento del «no me cuentes nada de eso».

Entonces Phillip me preguntó si tenía marihuana y le dije que no demasiada, pero él insistió en que quería fumar un poco, así que me fui al cajón de la mesa y prendimos un cigarrillo y lo fuimos pasando. Era un material muy flojo y el petardillo aquel no le hizo efecto a nadie.

Ryko, que había estado todo aquel tiempo sentado en el sofá sin decir nada, dijo:

–Me fumé seis petardos en Port Arthur, en Texas, y no me acuerdo de nada de Port Arthur, Texas.

Yo dije:

–Ahora está muy difícil encontrar marihuana y no sé de dónde voy a sacar más en cuanto se termine ésta.

Pero Phillip pilló otro cigarrillo y empezó a fumárselo. Así que me llené el vaso de Canadian Club.

En ese instante me resultó raro que si aquellos tíos nunca tenían un chavo, consiguieran aquel Canadian Club. Así que se lo pregunté.

–Agnes lo levantó en un bar –dijo Al.

Al parecer, Agnes y Al estaban al final de la barra del Pied Piper tomándose una cerveza cuando de repente Agnes le dijo a Al: «Recoge el cambio y sígueme. Tengo una botella de Canadian Club debajo del abrigo.» Al la siguió, más asustado que ella. Ni siquiera la había visto cogerla.

Eso había sucedido esa noche, más temprano, y la botella ya estaba medio vacía. Felicité a Agnes y ella sonrió satisfecha.

–Fue fácil –me dijo–. Lo haré otra vez.

No estando conmigo, me dije para mis adentros.

Entonces se hizo un vacío en la conversación y yo tenía demasiado sueño para decir nada. Hablaban de algo que no oía y entonces alcé la

vista justo a tiempo de ver a Phillip morder un trozo grande de cristal de su vaso y empezar a mascarlo, haciendo un ruido que se oía por todo el cuarto. Agnes y Ryko ponían unas caras como si hubiese alguien rascando con las uñas en una pizarra.

Phillip masticó bien el cristal y se lo tragó con el agua de Agnes. Entonces Al se comió también un trozo y yo le di un vaso de agua para que se lo tragase. Agnes preguntó si se podían morir y yo le dije que no, que si lo masticabas bien finito no había peligro, que era como tragarse un poco de arena. Todo eso que se decía por ahí de gente muerta por tomar cristal molido eran pamplinas.

Justo entonces se me ocurrió una idea para un gag, y dije:

–Estoy descuidando mis obligaciones de anfitrión. ¿Alguien tiene hambre? Tengo una cosa muy especial que he conseguido hoy mismo.

En ese momento Phillip y Al se estaban quitando trocitos sueltos de cristal de entre los dientes. Al se había metido en el cuarto de baño para mirarse las encías en el espejo, y le sangraban.

–Sí –dijo Al desde el baño.

Phillip dijo que el cristal le había abierto el apetito. Al me preguntó si era otro paquete de comida de mi costilla y yo le dije:

–La verdad es que sí, es algo realmente bueno.

Así que me fui al armario e hice un poco el tonto revolviendo por allí y salí con una pila de cuchillas de afeitar viejas en un plato y un tarro de mostaza.

–Eres un cabrón –dijo Phillip–. Tengo hambre de verdad.

Y yo me sentí muy contento con la broma y dije:

–Un buen gag, ¿eh?

Y Ryko dijo:

–Una vez en Chicago vi a un tío que comía cuchillas de afeitar. Cuchillas, cristales y bombillas. Al final se comía un plato de porcelana.

Para entonces ya todos estaban borrachos, menos Agnes y yo. Al estaba sentado a los pies de Phillip y lo contemplaba con una expresión bobalicona en la cara. Empecé a desear que se fuesen todos

a sus casas.

En ese momento Phillip se levantó, bamboleándose un poco, y dijo:

–Venga, subamos a la azotea.

–Muy bien –dijo Al saltando como si nunca hubiera oído una propuesta más maravillosa.

–No, no subáis –les dije yo–. Vais a despertar a la casera. De todos modos allí arriba no hay nada.

–Vete al infierno, Dennison –dijo Al, irritado porque intentase bloquear un plan ideado por Phillip.

Así que salieron dando tumbos por la puerta y empezaron a subir las escaleras. La casera y su familia ocupan el piso encima de mí y encima de ellos está la azotea.

Me senté y me serví un poco más de Canadian Club. Agnes no quería más y dijo que se iba a casa. Ryko se había quedado dormido en el sofá, así que me eché el resto en mi vaso y Agnes se levantó para irse.

Se oyó no sé qué alboroto en la azotea y luego oí que algo de cristal se rompía en la calle. Nos acercamos a la ventana y Agnes dijo:

–Deben haber tirado un vaso a la calle.

Eso me pareció lógico, de modo que asomé la cabeza con precaución y vi a una mujer que miraba para arriba e insultaba. Fuera empezaba a clarear.

–Locos cabrones –decía–. ¿Qué queréis, matar a alguien?

Como creo firmemente en el contraataque, le grité:

–¡Cállese! Va a despertar a todo el mundo. Lárguese o llamo a la policía. –Y apagué las luces como si me hubiera levantado de la cama y volviera a meterme.

A los pocos minutos se marchó, todavía soltando tacos, igual que yo, sólo que yo en silencio, al acordarme de todos los problemas que aquellos dos me habían causado en el pasado. Me acordé de cuando me estrellaron el coche en Newark y cuando me echaron de un hotel de Washington porque Phillip meó por la ventana. Y había cantidad de cosas más por el estilo. Quiero decir, lo típico de estudiantes

bestias, del estilo de las de 1910. Y eso pasaba siempre que estaban juntos. Por separado, se portaban perfectamente.

Encendí las luces y Agnes se marchó. En la azotea todo estaba tranquilo.

«Espero que no se les ocurra saltar», me dije a mí mismo, porque Ryko dormía. «Bueno, por mí pueden tirarse ahí toda la noche, si quieren. Me voy a la cama.»

Me desvestí y me metí en la cama, y dejé a Ryko durmiendo en el sofá. Eran más o menos las seis.

2

MIKE RYKO

Me marché del apartamento de Dennison a las seis y eché a andar para casa en Washington Square. En la calle había bruma y hacía frío y el sol andaba por detrás de los muelles del East River. Fui caminando por la calle Bleecker en dirección este después de pasar por Riker's a ver si estaban Phillip y Al.

Cuando llegué a Washington Square estaba demasiado dormido para andar derecho. Subí al apartamento de Janie en el segundo piso, tiré la ropa encima de una silla, la empujé un poco y me metí en la cama. El gato corría arriba y abajo por la cama jugando con las sábanas.

Cuando me desperté ese domingo por la tarde hacía mucho calor y en la radio del cuarto de estar tocaba la orquesta filarmónica. Me senté y me incliné para mirar y vi a Janie sentada en el sofá con una toalla sólo y todo el pelo mojado de ducharse.

Phillip estaba sentado en el suelo con una toalla sólo y un cigarrillo en los labios, oyendo la música, que era la primera de Brahms.

–¡Eh! –dije–. Tírame un pitillo.

Janie vino y dijo «Buenos días» con sarcasmo de niña pequeña y me dio un cigarrillo.

–Dios, qué calor –dije.

Y Janie dijo:

–Levántate y date una ducha, cabrón.

–¿Qué pasa?

–A mí no me vengas con qué pasa. Anoche fumaste marihuana.

–Pero no era nada buena, de todos modos –dije, y me fui al baño.

El sol de junio inundaba el espacio y cuando abrí el chorro del agua fría fue como zambullirse en un estanque umbroso una tarde de verano allá en Pennsylvania.

Después me senté en el cuarto de estar con una toalla y un vaso de naranjada fría y pregunté a Phillip adónde había ido con Ramsay Allen la noche antes. Me dijo que después de marcharse de casa de Dennison se fueron para el Empire State.

–¿Y por qué el Empire State? –pregunté.

–Estábamos pensando si tirarnos desde allí. No me acuerdo con claridad.

–Tiraros de allí, ¿eh? –dije.

Hablamos un rato de la Nueva Visión, que Phillip estaba entonces tratando de desarrollar, y luego cuando me terminé la naranjada me levanté, me fui al dormitorio y me puse los pantalones. Dije que tenía hambre.

Janie y Phillip empezaron a vestirse y yo me metí en el agujero que llamábamos la biblioteca y hojeé unas cosas de encima del escritorio. En cierto modo me estaba preparando lentamente para volver a navegar. Dejé unas pocas cosas encima del escritorio y luego volví al cuarto de estar y ya estaban listos. Bajamos las escaleras y salimos a la calle.

–¿Cuándo vuelves a embarcarte, Mike? –me preguntó Phillip.

–Pues –dije yo– en un par de semanas, supongo.

–Y una mierda –dijo Janie.

–Bueno –dijo Phillip mientras cruzábamos la plaza–, he estado pensando en embarcarme yo también. Tengo papeles de marinero, sabes, pero nunca me he embarcado. ¿Qué tendría que hacer para conseguir un barco?

Le di todos los detalles brevemente.

Phillip asintió con cara de satisfecho.

–Voy a hacerlo –dijo–. ¿Y hay alguna posibilidad de irnos en el mismo barco?

–Pues sí, claro –dije–. ¿Y has decidido todo esto de repente? ¿Qué

va a decir tu tío?

–Le parecerá estupendo. Estará contento de ver que hago algo patriótico y tal. Y contento de librarse de mí una temporada.

Le expresé mi satisfacción con la idea en conjunto. Dije a Phil que siempre es mejor irse a navegar con un socio por si hay problemas a bordo del barco con los otros miembros de la tripulación. Le expliqué que algunas veces el lobo solitario era probable que tuviese que agarrar el palo por el lado de la mierda, especialmente si era de los que les gusta andar siempre por su cuenta. Esa clase de marineros, le dije, despiertan las suspicacias de los otros tripulantes sin darse cuenta.

Fuimos al Frying Pan de la calle Ocho. A Janie todavía le quedaba algo de dinero del último cheque de su asignación del fondo de inversiones. Era de Colorado, de Denver, pero hacía más de un año que no iba por su casa. Su padre era viudo y rico, vivía en un hotel imponente de allí y de vez en cuando escribía a su hija y le contaba lo bien que estaba.

Janie y yo pedimos huevos fritos con beicon, pero Phillip pidió dos huevos cocidos tres minutos y medio. Había una camarera nueva en la barra y le lanzó una mirada agria. Cantidad de gente se molestaba con el aspecto exótico de Phillip y lo miraba con suspicacia, como si pensasen que era un tipo drogado o un maricón.

–No quiero que Allen sepa que me embarco –decía Phillip–. La idea es básicamente alejarme de él. Si lo descubre es capaz de fastidiarlo todo.

Me reí. Phillip dijo, bien serio:

–No conoces a Allen. Es capaz de cualquier cosa. Hace demasiado que lo conozco.

–Si lo que quieres es librarte de él –le dije yo–, dile directamente que deje de andar siempre a tu rabo y desaparezca.

–Eso no funcionaría. No desaparecería, simplemente.

Nos tomamos el jugo de tomate en silencio.

–No entiendo tu lógica, Phil –dije–. A mí me parece que a ti no te importa que esté constantemente dando vueltas a tu alrededor, con tal de que no intente hacer nada. Y hay veces que puede ser cómodo.

–Se está volviendo incómodo –dijo Phil.

–¿Qué pasaría si descubre que te marchas en un barco?

–Cantidad de cosas.

–¿Qué podría hacer si lo descubriese cuando ya haya zarpado el barco para ultramar?

–Probablemente esté esperándome en el puerto de arribada, con una boina y abriendo conchas en una playa con cinco o seis moritos a sus pies.

Me eché a reír.

–Ésa es buena –dije.

–Tú no quieres que ese marica se meta en todo lo que haces –le decía Janie a Phillip.

–Esa de la playa es muy buena, de veras –dije yo.

Llegaron nuestros huevos, pero los de Phillip estaban completamente crudos. Llamó a la camarera y le dijo:

–Estos huevos están crudos. –E ilustró su afirmación metiendo la cucharilla en el huevo y sacándola con una larga serpentina de clara cruda.

La camarera le dijo:

–Usted dijo huevos cocidos blandos, ¿no? No podemos andar devolviendo lo que se le antoje.

Phillip empujó los huevos hacia ella por el mostrador.

–Dos huevos cuatro minutos. Tal vez eso simplifique las cosas.

Luego se volvió hacia mí y se puso a hablar de la Nueva Visión. La camarera cogió los huevos con brusquedad y se largó con un frufrú de faldas a la ventanilla por donde sacaban la comida de la cocina.

–Dos pasados por agua cuatro minutos.

Cuando volvieron los huevos estaban perfectos. La camarera los plantó delante de Phil dando un buen golpe. Él empezó a comérselos con calma.

–De acuerdo –dije cuando terminé mi desayuno–. Mañana te bajas a Broadway como te he dicho y que te arreglen las cosas. Te garantizo que conseguiremos barco esta misma semana. Estaremos en alta mar antes de que Allen lo descubra.

–Bien –dijo Phillip–. Quiero largarme lo más pronto posible.

–Lo que no se puede saber es adónde irá nuestro barco –le aclaré.

–No me importa, aunque me gustaría ir a Francia.

–Y a mí –dije–, pero tú ya has estado en Francia.

–Estuve con mi madre cuando tenía catorce años, con una institutriz inglesa todo el día rondando. Lo que quiero ver es el Barrio Latino.

–El Barrio Latino está en París –dije–, y nosotros todo lo que tenemos es una franja de tierra en la península de Normandía. No creo que veamos París esta vez.

–Puede haber un avance hasta París en cualquier momento. De todos modos, lo importante es salir de América.

–Y poner tierra de por medio con Ramsay Allen –dije yo.

–Eso espero –dijo él.

–En el mar hay cantidad de tiempo para escribir poesía –añadí.

–Ésa es otra razón.

–¿Por qué no puedes escribir poesía y elaborar tu Nueva Visión en Nueva York?

Phillip sonrió.

–Porque Al está por allí en medio y es como un peso muerto sobre todas mis ideas. He tenido algunas ideas nuevas. Él pertenece a una generación más vieja.

–¡Ah! –dije yo–. Se te nota una falta absoluta de gratitud a tu anciano y venerable maestro.

Phillip me dirigió una sonrisa maliciosa.

Janie dijo:

–No decís más que memeces, los dos. Querréis ganar un poco de pasta, ¿no? Cuando volváis podemos irnos todos a Florida o a Nueva Orleans o a algún sitio a pasar el invierno. Da igual la poesía.

Teníamos cigarrillos, pero no cerillas. Phil llamó a la camarera.

–Esto, señorita, ¿tiene fuego?

–No –dijo la camarera.

–Entonces vaya a buscar –dijo Phillip con su voz clara y tranquila.

La camarera sacó una caja de cerillas de madera de debajo de la barra y se la tiró. Aterrizó en mi plato de huevos vacío e hizo saltar unas patatas fritas sobre el mostrador. Phillip cogió la caja y encendió los cigarrillos de todos. Luego tiró la caja, que cayó sobre la barra cerca de la camarera.

El ruido la sobresaltó y dijo:

–¡Oh! No tendría que habérsela dado.

Phillip le sonrió. Yo dije:

–Debe de estar con el mes.

Al oír eso, un camarero achaparrado se me acercó y dijo:

–¿Te crees un tío gracioso?

–Pues claro –le dije.

Parecía que iba a haber pelea, pero Janie dijo:

–Lo empezó todo esa zorra. ¿Por qué no se busca una camarera nueva?

El camarero lanzó una mirada de cabreo para todos y se largó.

–Larguémonos de aquí –dijo Janie. Pagó la cuenta y salimos a la calle.

Volvimos andando a Washington Square y nos sentamos en un banco a la sombra. Me acabé cansando de aquello, de modo que me senté en la hierba y me puse a morder una ramita. Pensaba en los libros que me llevaría al viaje y los ratos que pasaríamos Phil y yo por algún puerto extranjero. Phil y Janie hablaban de la chica de él,

Barbara Bennington –«Babs» para los amigos–, y de cómo reaccionaría ante la noticia de esa partida repentina.

Entonces llegó un viejito borracho que iba tambaleándose y hablando solo. Se paró delante de nuestro banco y se puso a mirarme. No le hicimos ni el menor caso, de modo que empezó a mosquearse. Tenía un tic de alcohólico y gruñía cada vez que le daba. Hizo el tic y me hizo «Aaah» a mí y se marchó.

Phil y Janie seguían hablando y de repente el borrachín había vuelto y me miraba fijo.

–¿Quién eres tú? –quiso saber.

Yo imité su tic y le hice «Aaah».

–Váyase a casa –le dijo Phil, y el viejo se asustó y se marchó dedicando sus tics y sus gruñidos a los árboles y los bancos.

Seguimos allí sentados otro rato y luego decidimos irnos a casa. Phil dijo que se iba directamente para empezar a hacer las maletas. Vivía en un hotel familiar justo a la vuelta de la esquina del apartamento de Janie, y tenía una suite pequeñita de dos habitaciones con baño propio.

Cuando doblábamos la esquina nos encontramos con James Cathcart, que era estudiante de la Escuela de Empresariales de la Universidad de Nueva York, y se fue con Phillip para ayudarle con las maletas. Phillip le decía que no dijese ni pío del tema. Así que aunque Cathcart era muy amigo de Phillip, se veía que éste tomaba todas las precauciones para que la noticia no llegase a oídos de Ramsay Allen.

Janie y yo fuimos arriba y nos dimos una ducha juntos. Luego nos sentamos a charlar en el cuarto de estar. Yo estaba en la mecedora enfrente de ella y ella en el sofá, sentada estilo nativo y con una toalla. Yo no dejaba de mirar la toalla hasta que empezó a fastidiarme, de modo que me levanté, le quité la toalla y me volví a la mecedora.

–¿Qué vas a hacer cuando estés navegando? –dijo.

Y yo dije:

–No te preocupes por el futuro.

3

WILL DENNISON

El domingo me levanté sobre las dos, barrí los vasos de cóctel rotos, bajé hasta la esquina a desayunar y compré el Racing Form. Volví a subir a mi habitación y leí los periódicos que tenía allí. Y después me miré el Racing Form pero no encontré ningún caballo que me gustase.

Hacia las cuatro se dejó caer por allí Danny Borman. Danny trabaja en defensa y se parece a George Raft, sólo que él es alto.

Al parecer las cosas no le habían ido bien las dos últimas semanas, porque no conseguía ningún contrato de obra, que es donde están las horas extra, y no quería atarse a ninguna otra cosa. Finalmente dijo:

–Will, quisiera pedirte un favor.

–Sí –dije–. ¿Qué?

–Querría que me prestases tu porra.

Me estaba esperando un sablazo, así que le dije:

–Claro, Danny, encantado de ayudarte.

Me fui hasta el buró y pesqué la cachiporra que estaba debajo de una pila de camisas. Pensaba en el contraste entre este hombre y Phillip y Al, que no moverían ni un dedo para ganarse algún dinero mientras pudieran gorroneárselo a alguien. La froté meticulosamente con un pañuelo de seda y se la alargué.

–Ándate con ojo.

–Ya me conoces –dijo–. Siempre voy con cuidado.

Dijo que se iba hacia la parte alta y le dije que le acompañaría, porque tenía pensado ir a casa de Al.

Cuando abrimos la puerta me dijo:

–Después de ti.

Y yo dije: «Tú primero, por favor, aquí estamos en mi casa», que me pareció de un tono muy distinguido y él salió primero. Danny era muy puntilloso con la etiqueta y se sabía el manual de Emily Post de cabo a rabo.

Subimos juntos hasta la calle Cuarenta y dos y él se bajó allí y yo me bajé en la Cincuenta y fui andando a la casa de Al, que estaba en la calle Cincuenta y dos entre la Quinta y la Sexta, justo encima de una sala de fiestas.

Al tenía la mejor habitación de la casa. Estaba en el segundo piso, en la parte de atrás y con vistas al patio. Encima de la chimenea había un cuadro, un retrato submarino de un chico joven en traje de baño con un dedo apoyado en la mejilla y con una expresión teatral y pensativa, todo en malvas y azul claro y rosa. En el cuarto tenía un gran sillón que era el único asiento confortable de toda la casa.

Había dos personas sentadas en el sillón y otras cuatro en la cama, así que me fui hasta la ventana alta que daba al patio y me puse a hablar con Hugh Maddox.

Estaba Agnes O'Rourke, y Della. Agnes estaba sentada en el sillón y Della en el brazo del sillón. Della es ya una lesbiana experimentada a sus veinte años, con dos o tres episodios de almas abrasadas y cuatro intentos de suicidio detrás.

En la cama estaban Jane Bole y Tom Sullivan. Son una pareja que viven juntos por la calle Cuarenta y tantos Este y hacen su ronda de visitas cada tarde. Al estaba intentando quitarse de su ruta.

Al estaba sentado en la cama también, al lado de Bunny, una chica de buena familia de Boston que dice que es cleptómana. Bunny está muy enamorada de Al.

Chris Rivers, que nunca se baña ni se lava los dientes ni limpia su habitación, estaba sentado en una silla recta y enseñaba unos dientes cubiertos de una capa verde con una sonrisa idiota según iba mirando a cada uno de los presentes.

Pregunté a Hugh cómo iba todo y me dijo que lo buscaba el FBI.

–¿Sí? –dije yo–. ¿Y por qué?

–Debe de ser por la mili. Es la única cosa que se me ocurre.

Estuvieron preguntando por mí en el muelle 32. Pero allí nadie sabe mi dirección.

–Bueno, ¿y cuál es tu situación militar?

–No lo sé exactamente. Verás, les di la dirección de una chica para que me remitieran las cosas y, después de dársela, la chica se cambió de casa y cuando fueron a mi nueva dirección el portero pensó que eran de una financiera y les dijo que no había oído hablar nunca de mí. Después me marché de aquel sitio sin dejar la nueva dirección porque les debía un mes de alquiler.

–¿Y cuál era tu clasificación original?

–Era 3-A, pero después mi mujer y yo nos divorciamos. Hace ya dos años.

Hugh es estibador, de unos treinta años, e irlandés. Tiene una de las habitaciones pequeñas del último piso, al lado de Rivers. Es de familia rica, pero ya no tiene contacto con ellos.

–Bueno, ¿y qué vas a hacer?

–Voy a ir a verlos. No sirve de nada intentar escapar de esos tipos. Podrían caerme tres años por esto.

–Oh, sólo tienes que explicarles que todo es una equivocación.

–No es tan sencillo. Dios, no sé qué cojones va a pasar.

–Lo que necesitas es un abogado.

–Sí, ¿y con qué lo pago?

La conversación estaba tomando un giro que no me gustaba nada.

Alguien se levantó y dijo que tenía que irse. Al se puso de pie de un salto, dijo: «Bueno, si no tienes más remedio» y todos nos reímos. Jane Bole arrastró a Tom Sullivan para ponerlo de pie y dijo:

–Ven conmigo, querido.

Se fueron todos excepto Hugh, y Bunny con el ceño fruncido porque Al no le había pedido que se quedase.

Al salir, Chris Rivers me cogió aparte y me pidió que le prestara veinticinco centavos. Nunca era capaz de decidirse a pedir a nadie

más de medio dólar.

Hugh se quedó diez minutos más, con cara lúgubre y dándole vueltas a su problema.

–Bueno, seguro que todo saldrá perfectamente –dijo Al.

Hugh dijo que no sabía qué cojones iba a pasar.

–Y no le digas nada de esto a la señora Frascati. Le debo un mes de alquiler. –Y a continuación se marchó porque había quedado con su novia.

–Gracias a Dios –dijo Al–. Por fin un poco de paz. Vaya, esta gente me ha despertado a las doce y lleva aquí desde entonces.

Me senté en el sillón y Al se sentó en la cama.

–Ahora quiero comentarte una cosa increíble que sucedió anoche.

–Sí –dije yo, frotándome las manos.

–Bueno, pues cuando subimos a la azotea, Phillip se fue corriendo al borde como si se fuera a tirar y yo me asusté y le grité, pero él se paró de golpe y dejó caer un vaso desde allí. Me acerqué y me puse junto al pretil con él y dije: «¿Qué pasa?», y empecé a rodearlo con el brazo y entonces Phil se volvió y me besó apasionadamente en la boca y me arrastró con él por la azotea.

Yo le dije:

–Parece que lo estás consiguiendo, después de cuatro años. Venga, sigue, ¿qué pasó entonces?

–Bueno, pues entonces Phil dijo: «Vamos a tirarnos a la calle los dos juntos, ¿te parece?» Y yo le dije: «¿Y qué sentido tiene eso?», y él me dijo: «¿No lo entiendes? Después de esto tenemos que..., no nos queda otra. O eso, o marchar.»

Así que le pregunté a Al:

–¿Qué quería decir con eso? ¿Marchar adónde?

–No lo sé. A cualquier sitio, me imagino.

–Bueno, Al, en ese momento tú tendrías que haber dicho: «De acuerdo, queridísimo, volemos a Newark esta misma noche.»

Al se tomaba muy en serio todo aquello, aunque a mí me parecía bastante ridículo. Le había oído cosas así desde que lo conocía.

–Bueno, para empezar no tenía dinero –dijo Al.

–¡Oh! No tenías dinero, ¿eh? –salté–. ¿Y cómo esperas tener dinero si no mueves el culo del asiento? Vete a trabajar a un astillero. Atraca una tienda. Llevas cuatro años esperando esta oportunidad y ahora que...

–Bueno, no estoy muy seguro de querer.

–No estás seguro de querer qué.

–Irme a algún sitio con él. Tengo miedo de que haya una reacción y no pueda conseguir nada.

Me fui a la chimenea y di un manotazo en la repisa.

–Así que prefieres esperar. Mañana y mañana y mañana..., esperar hasta que te mueras. ¿Sabes lo que pienso? Que toda esa complicación con Phillip es como el cielo de los cristianos, una ilusión que nace de una necesidad, flotando por ahí en una bruma nebulosa y platónica, en ningún sitio, siempre justo a la vuelta de la esquina, como la prosperidad, pero nunca aquí y ahora. Te da miedo irte con él, te da miedo ponerlo a prueba porque sabes que no funcionará.

Al se estremeció, cerró los ojos y dijo:

–No, no, ¡no es verdad!

Me senté en la silla y le dije:

–En serio, Al. Si os fuerais a algún sitio, igual conseguías hacértelo con él. Al fin y al cabo, llevas cuatro años detrás de eso.

–No, no me entiendes en absoluto. No es eso lo que realmente quiero.

Volví a saltar, sarcástico:

–¡Oh! Así que estamos ante un caso de amor platónico, ¿eh? Nada de cosas bastas y contactos físicos, ¿eh?

–No –dijo Al–, sí que quiero acostarme con él. Pero deseo su afecto más que ninguna otra cosa. Y quiero que sea algo permanente.

–Que Dios me dé paciencia –dije–. Paciencia, eso necesito.

Me tiré del pelo y se desprendió un mechoncito. Tomé nota mental de ir a la calle Veintiocho a comprar tónico capilar Buno. Contiene cantáridas y no hay como eso para detener la caída del pelo.

–Ahora, escúchame –dije–. Voy a decirlo otra vez y lo diré despacito: Phillip no es marica. Puede que se acueste contigo, cosa que dudo de todas formas, pero algo permanente es imposible. A no ser que sólo quieras amistad, por supuesto.

Me acerqué a la ventana y me quedé cerca de ella con las manos enlazadas a la espalda como el capitán en el puente de su acorazado.

–Lo que quiero es que me ame –dijo Al.

Me di la vuelta y saqué un palillo del bolsillo de la camisa y me puse a hurgarme una caries.

–Estás chiflado –le dije.

–Sé que acabará pensando como yo –dijo Al.

Le apunté al pecho con el palillo.

–Hazte con un poco de tela y verás como lo convences esta noche –dije.

–No, no lo quiero de ese modo –dijo Al.

–Pero lo que tú quieres es imposible.

–No veo por qué tendría que serlo.

–Bueno –dije yo–, por supuesto que el dinero no le importa en absoluto, eso ya lo habrás notado, ¿verdad?

–Bueno, sí le importa, pero no debería importarle. No quiero admitir que es así.

–Hechos, amigo, es hora de encararse a los hechos –dije poniendo un tono como de père de famille burgués–. Por qué no haces algo contigo mismo, algo de lo que él se sienta orgulloso y pueda admirar. ¡Mírate, si pareces un vagabundo!

Llevaba puesto un traje de tweed inglés que parecía que llevase años durmiendo con él, una camisa barata de la Sexta Avenida y una

corbata de Sulka pero toda raída. Era como un personaje del Bowery. Así que seguí:

–En fin, que sé de buena fuente que en estos momentos hay una escasez tremenda de drogas en todo el país por culpa de la guerra. La marihuana se está vendiendo a cincuenta centavos el canuto, cuando antes de la guerra iba a diez centavos. ¿Por qué no le sacas provecho a la situación, te agencias unas semillas y montas una granja de maría?

–Bueno –dijo–, la verdad es que eso suena bastante bien.

–Puedes comprar semillas en una pajarería. Luego la sembramos por el campo, en cualquier sitio, y volvemos al cabo de un par de meses para recoger la cosecha. Y más adelante, cuando hayamos juntado un buen fajo, podemos comprarnos una granja para nosotros.

Estuvimos un rato hablando de esa idea. Al dijo que bajaría al día siguiente y compraría semillas.

Nos fuimos a comer a Hamburger Mary's y volvió a ponerse a darle vueltas al asunto de Phillip. Qué significaba lo que dijo Phillip de tal o de cual y si debería llamarle esta noche o irse sin más a la parte baja de la ciudad sin llamar, ¿estaría Phillip realmente enamorado de Barbara?, y, en ese caso, ¿tenía que hacer algo para que rompiesen? Así que yo me concentré en mi comida y dije sí, por qué no, no, adelante, y dejé de escucharle. Como ya dije, llevo años oyendo lo mismo.

Después de la cena dije buenas noches y bajé andando hasta el bar donde trabajaba de camarero.

El sitio donde trabajaba se llama Café Continental. En verano todo el frente está abierto porque tiene puertas que se pliegan. Hay mesas para sentarse a mirar la calle si te apetece. Hay varias camareras que alternan y te dejan que las invites a copas. Dentro hay los típicos cromados, cuero rojo y luces cálidas.

Al recorrer la barra me fijé en que había un maricón, un par de putas con dos elegantones de Broadway y el ramillete de soldadesca habitual. Al final de la barra había tres polis de la secreta tomándose un whisky escocés.

Me quité la chaqueta y transferí todas las cosas que llevaba a los bolsillos del pantalón. Encontré un mandil con cinta larga para poder darle la vuelta y atármela por delante. Luego me metí detrás de la barra y saludé a Jimmy, el otro camarero, que ya estaba allí.

Los tres sabuesos me dijeron «Hola, muchacho» cuando me vieron. Tenían a Jimmy sirviéndoles en plan esclavo, sin parar de pedirle más whisky y cigarros y corteza de limón en los vasos y más soda y más hielo.

Me fui al otro extremo de la barra y atendí a dos marineros. La máquina de discos tocaba «You Always Hurt the One You Love» y un marinero dijo:

–¡Eh, Jack! ¿Cómo es que esta máquina nunca toca lo que yo quiero?

–No lo sé –dije–. Siempre se están quejando de eso.

Oía a los detectives al otro extremo de la barra soltándole a Jimmy un montón de chorradas sobre que si era un tipo fenomenal y que el jefe también era un tipo fenomenal y que tenía que tratar al jefe correctamente. Aquellos tres siempre estaban en el bar tomándose copas gratis porque el jefe pensaba que le echarían una mano si tenía problemas.

Uno de los marineros me preguntó dónde estaban todas las mujeres en esta ciudad y yo le dije que en Brooklyn, que allí había cientos de ellas en cada esquina. Luego empecé a explicarles cómo ir hasta allí y eran tan zopencos que no me entendían, pero de todos modos se largaron. Retiré sus vasos de la barra y los enjuagué en el agua sucia y los di por lavados.

En ese momento entró un hombre como de cincuenta años vestido con pantalones de sport, una chaqueta gris claro y sombrero gris. Parecía hombre de cierta inteligencia y posición. Tenía los ojos rojos y se veía que había bebido mucho más de la cuenta, pero mantenía bastante bien el control. Se fue al final de la barra, junto a los detectives, y pidió un whisky.

Yo estaba limpiando la barra cuando oí discutir al otro lado del bar. Era el tipo del traje gris que discutía con una de las camareras o más bien le tomaba el pelo y ella se estaba enfadando de verdad.

Entonces uno de los detectives se les acercó y llamó gilipollas al tío y le dijo que se largase del puto bar.

El tipo preguntó:

–¿Y tú quién eres?

Uno de los polis le dio un empujón y un segundo poli le dio otro empujón, igual que un equipo de relevos, hasta que lo tuvieron detrás de la cabina de teléfono. Allí lo sujetaron contra la pared y empezaron a darle metódicamente. Debieron de pegarle como treinta veces y el tipo ni levantaba las manos. Se le doblaron las rodillas, así que lo cogieron y lo tiraron en una silla.

Al cabo de unos segundos el tipo empezó a volver en sí y levantó las manos como un hombre que se quita una manta de la cara. Ahí uno de los polis olfateó peligro y volvieron a pegarle y lo derribaron de la silla al suelo. Entonces los otros dos lo ayudaron y le sacudieron el polvo de la ropa y recuperaron el sombrero. Uno de los sabuesos dijo:

–¡Jesús, Mac! ¿Quién te ha pegado?

El hombre tenía los ojos vidriosos. A mí me pareció que tenía conmoción cerebral. Miró sin ninguna expresión al detective que le había ayudado a levantarse y le dijo:

–Gracias.

–A tu servicio, Mac –dijo el poli.

El que tenía el sombrero se lo puso al tipo en la cabeza. Lo agarró del cuello y del cinturón por detrás. Luego lo empujó hacia la entrada del bar y allí le dio tal empujón que atravesó toda la acera y chocó contra un coche aparcado. Rebotó contra el coche y miró a su alrededor con expresión vidriosa, y después se fue dando tumbos en dirección a la Sexta Avenida.

El poli volvió de la puerta riéndose como un colegial. Los otros dos estaban apoyados en la barra, al fondo.

–Vamos a tomar otro whisky, Jimmy –dijo el poli que había echado al tipo. En el bar todo el mundo se reía.

Jimmy se tomó un tiempo para llevarles el whisky. Se le veía en la cara que a aquellos cabrones preferiría servirles un purgante.

Unos quince minutos más tarde el hombre del traje gris volvió con un policía. Los tres de la secreta seguían allí sentados, pero no pudo identificarlos. Sólo le insistía al policía que aquél era el bar donde le habían pegado.

Vi que uno de los de paisano le hacía una seña de reconocimiento

al policía, y éste dijo:

–Bueno, entonces, ¿qué quiere que haga, caballero? Ha dicho usted mismo que el hombre no está aquí. ¿Está seguro de que éste es el sitio en cuestión?

–Sí, completamente seguro. Y si usted no quiere hacer nada, ya encontraré a alguien que quiera.

Estaba tranquilo y muy digno, a pesar de la paliza que se había llevado. Fumaba un cigarrillo y no se tocaba la barbilla y los labios hinchados, ni llamaba la atención sobre sus heridas.

–Bueno –dijo el policía–, ¿qué quiere que haga yo? Ha bebido usted demasiado, caballero. ¿Por qué no se va a su casa y se olvida del asunto?

El tipo dio media vuelta y se largó.

El dueño había bajado de su apartamento del piso de arriba y los detectives le estaban contando lo sucedido. Les dijo:

–Más vale que no os quedéis por aquí, muchachos. Ese gilipollas parece de los que causan problemas.

Así que se fueron de allí los tres con cara de cierta preocupación.

No pasó mucho rato antes de que el tipo estuviese de vuelta, con cinco policías de paisano. Apuntaron el número de licencia del local, hablaron un momento con el dueño y se marcharon. Después de aquello ya no hubo mucho movimiento.

Justo antes de la hora de cierre un grupito de marineros pasaba por delante del bar y oí que uno de ellos decía:

–Venga, entremos aquí y montemos una pelea.

El jefe pegó un salto y les dijo:

–¡Oh, no! De eso ni hablar. –Y les cerró la puerta en las narices.

Jimmy y yo dejamos el bar bien arreglado y cuando salimos para irnos a dormir vimos a los marineros dándose golpes entre ellos. Uno estaba grogui tirado en la acera. Jimmy dijo:

–Mira eso.

Y después nos fuimos andando hacia la Séptima Avenida.

Jimmy empezó a hablar del modo en que los polis le zumbaron a aquel tipo.

–He visto muchas cosas por ahí –dijo–, y he hecho montones, pero no soy tan insensible como para presenciar algo así y disfrutar de verlo. Esos tarados del bar se ríen y se creen que es muy gracioso, hasta que les pasa a ellos.

»O sea, que si el sitio fuera mío les diría a esos polis: "Mirad, socios, os habéis equivocado. Por aquí está lleno de callejones, no tenéis por qué pegarle a nadie en mi local." Y entonces, para colmo, se marcharían de allí y no se gastarían ni un centavo en el bar. Si fueran unos tíos como hay que ser, dirían: "Aquí tienes un dólar para ti, Jimmy."

4

MIKE RYKO

El lunes por la tarde me lo pasé ganduleando por el apartamento. Estaba esperando más o menos a que Phillip volviese de la parte baja de la ciudad, adonde había ido a arreglar unos papeles. Me di unas duchas, desvalijé la nevera, me senté en la escalera de incendios con el gato en el regazo, o simplemente estuve sentado en la mecedora pensando en que si a Phillip le había ido todo bien podríamos ir a primera hora de la mañana al local del Sindicato Nacional de Marinos y apuntarnos para embarcar.

Barbara Bennington estaba pasando la tarde con Janie. Solía venir al apartamento de Janie entre clase y clase de la New School for Social Research, y en vez de irse a su casa de Manhasset, Long Island, a veces se quedaba a dormir allí cuando tenía clase temprano al día siguiente.

El apartamento 32 era como una especie de punto de encuentro para Phillip y ella, además de un refugio general para nuestros amigos. Janie hacía lo que podía para que la casa estuviera limpia, pero venía demasiada gente a cualquier hora del día o de la noche a estarse por allí y charlar y dormir, de modo que aquello siempre estaba hecho un desastre. El suelo siempre lleno de libros, zapatos viejos, ropa, cojines, botellas y vasos vacíos, y el gato merodeando entre todo aquello como si fuera una selva.

Barbara era una especie de chica de la buena sociedad con pelo negro muy largo, la piel muy pálida y unos ojos oscuros y hoscos. Se parecía un poco a Hedy Lamarr. Era muy consciente de ello, y a veces ponía una mirada coqueta, ausente, cuando hablabas directamente con ella.

La verdad es que no había demasiadas cosas en común entre Barbara y Janie, excepto que Phillip y yo, como amigos, éramos lo que podríamos llamar sus hombres.

Janie, aunque también procedía de una buena familia, tenía mucho más del carácter expansivo del Oeste que Barbara. Janie era una rubia alta y esbelta que andaba como un hombre, soltaba tacos como un

hombre y bebía como un hombre. Y se notaba que a veces aquella coquetería ocasional de Barbara le atacaba los nervios.

Estaban sentadas en el cuarto de estar hablando de vestidos y cosas, y yo en la cocina lavándome un vaso sucio que tenía una cucaracha muerta dentro para poder servirme un poco de leche, cuando entró Phillip. Salí de la cocina con la leche y un sándwich de salchicha alemana y le pregunté qué tal le había ido.

–Todo arreglado –dijo. Llevaba un gran petate azul de marinero lleno de ropa y de libros. Lo dejó en el suelo y me enseñó los papeles recién obtenidos: un pase del servicio de guardacostas, un volante de la administración de la marina de guerra y la cartilla del Sindicato Nacional de Marinos. Le pregunté de dónde había sacado el dinero para la cartilla y me dijo que se lo había dado su tío con todas sus bendiciones.

–Bueno –dije yo–, lo primero que haremos por la mañana es ir al local del sindicato para apuntarnos.

Phillip se sentó en el sofá junto a Barbara y le enseñó los papeles.

–No pensaba que fueras a hacerlo realmente –le dijo.

–Pobre Babsy –dijo Phillip–. Ya no tendrá a nadie que le derrame Pernod en la barriguita. –Y se puso a besarla.

–Eso es lo que tú te crees –intervino Janie–. Los hombres os pensáis que os podéis largar así como así y encima pretender que os esperemos sentadas. ¿Te crees que las mujeres somos memas?

–Tenéis que ser fieles a los chicos que están fuera –dijo Phillip.

–¿Sí? –dijo Janie, lanzándole una mirada significativa.

Encendí la radio y me tumbé en el suelo con un almohadón debajo de la cabeza.

–Dejo la habitación del Washington Hall –dijo Phillip–. ¿Puedo vivir aquí hasta que encuentre un barco?

–Me da igual una cosa que la otra –dijo Janie.

Phillip se levantó y tiró su petate detrás del sofá.

En ese preciso momento, James Cathcart entró y dejó sus libros en una silla. Tenía dieciséis años, estaba en primer curso y era alto y

grande, y siempre estaba soltando frases como las de los personajes de Noël Coward. Cathcart parecía la versión de Hollywood del lánguido crítico teatral inglés.

Nos dijo: «Qué tal, chicos», y luego se volvió hacia Phillip y le preguntó si seguía pensando en embarcarse.

–Tú vas a ayudarme a trasladar mis cosas a casa de mi tío –dijo Paul.

–¡Entonces sí que te vas! –dijo Cathcart.

–Acuérdate de lo que te dije de Ramsay Allen. Que nadie le diga nada de esto.

Hablamos durante un rato de la posibilidad de que Al lo descubriese y qué haría si lo descubría, y etcétera, y luego la conversación fue derivando gradualmente hacia temas generales. Al final, Phillip y Barbara discutían sobre su tema favorito, la sociedad definitiva.

–Todos artistas –decía–. La sociedad definitiva tiene que ser una sociedad completamente artística. Cada uno de esos ciudadanos-artistas deberá, durante el curso de su vida, completar su propio círculo espiritual.

–¿Qué quieres decir con lo de círculo espiritual? –quiso saber Barbara.

En la radio estaba puesto un serial de tarde donde un anciano y bondadoso médico de pueblo que acababa de ayudar a una pareja joven a salir de un aprieto, les daba consejos sobre la vida con un fondo de música de órgano. «Lo que habéis de aprender», iba diciendo, «es que a veces hay que hacer cosas en la vida que no te gusta nada hacer, pero hay que hacerlas de todas formas.»

Phillip explicaba su teoría.

–Quiero decir que es el círculo de la vida espiritual de uno mismo. Completas el ciclo de la experiencia, en un sentido artístico, y por medio del arte, y ésa es tu contribución creativa individual a la sociedad.

El médico rural reflexionaba: «¿Saben? He sido médico de aquí, de Elmville, desde hace casi cuarenta y cinco años ya, y en todo este tiempo he aprendido una cosa sobre los seres humanos.»

–¿Y cómo se consigue una sociedad así? –quería saber Cathcart.

–No lo sé –dijo Phillip–. Estamos en la sociedad predefinitiva. No me preguntes los detalles.

«Los seres humanos», decía el médico haciendo una pausa para dar una calada a su pipa, «son esencialmente buenos. No, espere», e interrumpía al joven y amargo héroe de la historia, «ya sé lo que va usted a decir. Pero mire, hijo, yo ya soy viejo. He oído un montón de cosas más que usted, que está empezando el camino de la vida, y debe escuchar lo que tengo que decir. Tal vez no sea más que un abuelete, pero...»

–En la sociedad pre-definitiva –dijo Phillip– hay artistas que son los modelos contemporáneos del artista-ciudadano definitivo. Imagino que conforme más y más gente se convierta en artista, más cerca estará la realización de la sociedad artística definitiva.

–Bueno –dijo Barbara–, tal vez la Carta del Atlántico sea el primer paso hacia la sociedad definitiva. Y desde luego ni Roosevelt ni Churchill son artistas.

«Algunas veces», decía el doctor, «algunas veces el camino es duro. La vida es amarga, se desanima uno, no puede seguir..., pero entonces, de pronto...»

–Bueno, yo no sé nada de Roosevelt y Churchill –dijo Phillip–. Salvo que representan el tipo de persona que va a desarrollar los detalles más sangrientos del progreso.

«Entonces, de pronto», decía el médico, «¡sucede algo! De pronto las cosas empiezan a estar a tu favor, se resuelven los problemas, los duros pedruscos que entorpecen el camino de la vida se convierten en lechos de rosas durante un tiempo y te das cuenta de que...»

–Sólo el hombre artístico puede encontrar la Nueva Visión –dijo Phillip. Y luego añadió–: ¡Por Cristo bendito, apaga esa puñetera cosa!

Me levanté y apagué la radio. Aquello acabó con la discusión. Cathcart se fue al cuarto de baño y Phil y Barbara empezaron a besarse en el sofá.

–Ardiente juventud –dije yo, y me fui a la pequeña biblioteca. Janie vino detrás de mí y se sentó en el brazo de la silla.

–Mickey –me dijo–, no te vayas.

–Oh, tranquila. Estaremos de vuelta dentro de dos meses cargados de pasta.

–Mickey, no te vayas.

–Bobadas –dije.

Estaba casi a punto de llorar. La cogí de la mano y le mordí uno de los nudillos.

–Cuando vuelva –dije–, nos iremos a Florida.

–Te quiero.

–Yo también.

–¿Por qué no nos casamos?

–Algún día.

–Eres un cabrón, sabes que nunca te decidirás.

–Pues claro que sí. ¿Te acuerdas de aquella carta que te escribí desde Nueva Orleans?

–Sólo era porque estabas caliente –dijo ella–. No lo decías de verdad.

–Pamplinas –dije yo.

La había conocido hacía un año cuando me creía que era el propio doctor Fausto, y desde entonces habíamos vivido juntos en Nueva York cuando yo no estaba embarcado. La razón por la que nunca nos habíamos casado era en realidad el dinero, y yo siempre rezongaba sobre lo mucho que odiaba trabajar, de modo que así estaban las cosas.

Volvimos al cuarto de estar donde Phil y Barbara seguían metiéndose mano. Phil estaba encima de ella y a ella se le veía el muslo desnudo. Me pregunté qué les impedía copular de verdad, porque a veces se pasaban magreándose toda la noche en el sofá sin copular de verdad, a veces incluso en paños menores. Aquella especie de virginidad técnica era una buena molestia.

Phillip se levantó y dijo:

–Vamos todos a llevar las cosas a casa de mi tío.

Yo no tenía ganas de ir hasta que Phillip me dijo que después habría copas. Su tío iba a darle algo más de dinero. Así que todos nos dispusimos a salir, excepto Janie, que se fue al dormitorio enfurruñada.

Fui tras ella y la besé en el pelo.

–Ven con nosotros –le dije, pero no me contestó, e incluso el gato me lanzó una mirada atravesada.

De manera que Cathcart, Phillip, Barbara y yo nos fuimos al hotel de Phil, el Washington Hall, a la vuelta de la esquina. Recogimos todos los trastos de su habitación y los bajamos en el ascensor poco a poco.

En la pared había una foto del padre de Phillip con un SE BUSCA escrito debajo. Junto a ella, un látigo de masoquistas que Phil apartó con ternura y puso en una caja junto con el póster enmarcado de su padre. Había también reproducciones de cuadros, libros, caballetes, discos grandes, un sable de no sé qué clase, fotos pornográficas y un montón de cajas de basura surtida que Phillip iba juntando todo el tiempo.

Al final pusimos todo aquello en la acera y Cathcart se fue hasta la esquina para llamar a un taxi. Era del tipo de los que les gusta llamar taxis.

Cuando íbamos hacia la parte alta de la ciudad Barbara se puso a hablar conmigo de política, y acabamos metidos en la cuestión negra. Phillip hablaba con Cathcart y sólo nos escuchaba a nosotros a medias.

–A mí me gustan los negros –le dije a Barbara–, pero tal vez tenga prejuicios porque conozco a muchos.

–Bueno –dijo Barbara–, ¿qué dirías si tu hermana se casase con un negro?

–¿Qué? –gritó Phillip, y se volvió para mirar a Barbara como si la viera por primera vez y no le gustase.

En ese instante el taxi avanzaba por la calle Cincuenta y siete junto al Carnegie Hall y a nuestro lado circulaba un coche fúnebre negro reluciente. De repente Phillip, en vez de decir algo más a Barbara, sacó la cabeza por la ventanilla y le gritó al conductor de la funeraria:

–¿Está muerto?

El chófer del coche fúnebre iba ataviado de un modo muy formal, con sombrero hongo negro y todo, pero la cara le traicionaba.

–Más muerto que mi abuela –le contestó gritando; acto seguido coló el coche fúnebre entre otros dos, se metió rozando el bordillo y cogió por la Séptima Avenida. Tenía cara y conducía como un taxista pirata.

Todos nos echamos a reír y de pronto nos vimos ya en Central Park South, que es donde vivía el tío de Phillip.

Metimos todos los trastos en el portal de la lujosa casa de apartamentos y Phillip dijo al portero que pagase el taxi. Le dije a Phillip que esperaría abajo y que subieran ellos. Yo no estaba vestido para la ocasión, porque hacía dos días que no me afeitaba y llevaba puestos unos chinos y una camiseta azul manchada de whisky.

Esperé en la acera. En la calle había una larga franja oblicua de luz naranja y Central Park era todo fragancias y frescor y verde oscuro. Empecé a sentirme bien porque estaba atardeciendo y porque en pocos días estaríamos en un barco.

Bajaron al cabo de cinco minutos y nos fuimos todos a una coctelería de la esquina. Barbara y Cathcart se sentaron uno junto al otro y pidieron cerveza, y Phillip y yo nos sentamos a su lado y pedimos martinis.

Terminamos los martinis y pedimos dos más. Era un sitio elegante de la Séptima Avenida y al camarero no parecía gustarle cómo íbamos vestidos Phillip y yo.

Phillip empezó a hablarme sobre La tercera moral de Gerald Heard, sobre la mutación biológica, y finalmente sobre cómo los dinosaurios más progresistas mutaron en mamíferos mientras que los dinosaurios burgueses se extinguieron.

Se tomó un tercer martini. Me miró intensamente y me cogió del brazo.

–Mira –dijo–, eres como un pez en un estanque. Y se está secando. Tienes que mutar en un anfibio, pero hay alguien que se te aferra y te dice que tienes que quedarte en el estanque y que todo se arreglará.

Le pregunté por qué en ese caso no hacía yoga, y me dijo que lo

del mar venía más a cuento.

El camarero tenía puesta la radio. Un locutor estaba dando la noticia de que había un incendio en un circo y oí que decía: «Y los hipopótamos se cocieron y murieron en sus tanques.» Daba aquellos detalles con esa fruición empalagosa característica de los comentaristas de radio.

Phillip se volvió hacia Barbara y le dijo:

–¿Te apetecería un poco de hipopótamo cocido, Babsy?

–No me pareces gracioso –dijo Barbara.

–Bueno, pero vamos a comer de todas formas –dijo Phillip.

Salimos del bar y nos fuimos hasta el Automat de la calle Cincuenta y siete y cada uno se cogió una ración pequeña de alubias con tomate y una tira de beicon encima. Mientras comíamos Phillip no le prestaba ninguna atención a Barbara y Cathcart tenía que hacerle compañía a la chica.

Después tomamos el metro y volvimos a bajar a Washington Square. Phillip iba apoyado contra la puerta mirando pasar a toda prisa la oscuridad.

Cathcart y Barbara estaban sentados, y yo notaba que ella se impacientaba con la actitud de Phillip. Hasta el propio Cathcart daba la impresión de no encontrar de buen gusto aquella postura.

Volvimos al apartamento 32 y recogimos a Janie. Ya no estaba resentida conmigo. Así que bajamos todos a Minetta Tavern y pedimos una ronda de Pernod.

Durante todo ese tiempo Phillip no dejó de soltarle pullas a Barbara, hasta que finalmente Cathcart le dijo:

–Pero ¿qué te pasa esta noche?

Era la primera vez que veía a Phillip comportarse de esa manera con Barbara, y me imaginé que ahora que se había quitado de encima a Ramsay Allen ya no tenía que apoyarse en ella.

A las tres de la mañana ya estábamos todos bien cargados de Pernod.

5

WILL DENNISON

El lunes por la mañana recibí una carta de una agencia de detectives para que me presentase a trabajar. Había solicitado el puesto como un mes antes y casi lo había olvidado. Era evidente que no habían hecho comprobaciones sobre mis huellas dactilares y las referencias falsas que les había dado. Así que fui hasta allí y acepte el trabajo y me dieron un fajo de citaciones que quitarse de encima.

Me paré en casa de Al esa noche sobre las seis después de pasarme todo el día corriendo por la ciudad para entregar una citación a un tipo que se llama Leo Levy y que es un judío muy escurridizo. Le das a un judío de Nueva York unos cuantos socios y se integra de tal manera con ellos que siempre acabas entregando los papeles al que no es.

Al estaba deprimido. Parece ser que había llamado a Phillip esa tarde, más temprano, y Phillip le había dicho: «Creo que sería mejor que te mantuvieras alejado de aquí.» Al le preguntó qué quería decir y Phillip le había dicho: «Mejor para mí.»

–¿Y te pareció que lo decía en serio? –dije. Y Al me dijo:

–Sí. Lo dijo todo en un tono muy malhumorado.

–Bueno –dije–, déjalo estar, de acuerdo?

Me senté en el sillón.

En ese momento se oyeron unos golpes en la puerta y Al preguntó: «¿Quién es?», y Agnes O'Rourke asomó la cabeza por la puerta. Luego entró y se sentó en la cama junto a Al. Dijo:

–Me parece que el FBI tiene retenido a Hugh.

–¿Sí? –dije yo–. Me contó que lo andaban buscando. Tenía pensado presentarse esta mañana.

–He llamado esta tarde al Centro de Detención –dijo Agnes–, pero no han querido admitir que lo retenían allí. Estoy segura de que tiene que estar allí, porque habíamos quedado en que se pondría en

contacto conmigo si podía.

–¿Has preguntado si tenían retenido a un tal Hugh Maddox? –pregunté.

–No querían admitir que tuvieran detenido a nadie con ese nombre.

–Pensándolo bien –dije yo–, nunca he sabido si se apellidaba Madix, Madox, o Maddox, ni cuántas des tiene.

Hablamos un rato de eso hasta que repetimos las mismas cosas tres o cuatro veces. Por fin Agnes se levantó y se fue.

Al volvió a la cuestión de Phillip. Dijo que estos nuevos acontecimientos eran obviamente una reacción a la escena de la azotea, y yo le dije:

–Tenías que haber cerrado el trato allí mismo.

A eso Al contestó repitiendo lo mismo de siempre, que él quería algo permanente, y yo ni me molesté en discutírselo. Le dije: «Vámonos a comer», y nos fuimos al Center Grille de la Sexta Avenida.

Me tomé dos vermús con sifón antes de poder pensar en la comida. Y luego pedí langosta fría. Al estaba allí sentado con cara triste y pidió una cerveza y langosta fría. Finalmente dijo:

–Creo que bajaré hasta allí esta noche y treparé hasta su habitación.

Escupí un trozo de pinza de langosta y le miré.

–Bueno –dije–, eso sí es tomar el toro por los cuernos.

Pero Al hablaba en serio. Y dijo:

–No, sólo voy a meterme en su habitación mientras duerme para observarlo durante un rato.

–¿Y qué pasa si se despierta? Se creerá que tiene un vampiro revoloteando a su alrededor.

–Oh, no –dijo Al en tono de resignación–, me dirá simplemente que me marche. Eso ya ha pasado antes.

–¿Y qué es lo que haces? –pregunté–. ¿Te limitas a estar allí de

pie?

–Sí –dijo–. Simplemente me pongo lo más cerca que puedo de él sin despertarlo y me quedo allí hasta que amanece.

Le dije a Al que probablemente lo detuvieran por intento de robo con escalo, o lo más seguro es que le pegaran un tiro. Me contestó con el mismo tono de resignación:

–Bueno, pero tengo que correr el riesgo. He estudiado el sitio. Puedo subir al último piso en el ascensor, después trepar hasta la azotea por la escalera de incendios y esperar allí hasta las tres o las cuatro de la mañana. Después bajar hasta su habitación. Su habitación está en el último piso.

–Pues no te metas en un cuarto equivocado y empieces a revolotear en torno a algún perfecto desconocido –le dije.

–Bueno, sé muy bien cuál es su habitación –dijo.

Terminamos de cenar y salimos a la calle. Cogimos la línea Independent hasta Washington Square y nos dimos las buenas noches a la entrada porque íbamos en direcciones opuestas.

Subí andando por la calle Bleecker donde había un gran grupo de chavales italianos jugando al béisbol con un palo de escoba como bate. Iba pensando en el plan de Al de trepar por la escalera para contemplar a Phillip. Aquello me recordaba a un sueño del que Al me había hablado alguna vez, en el que Phillip y él estaban en una gruta subterránea. La caverna estaba forrada de terciopelo negro y había la luz justa para que Al pudiera ver la cara de Phillip. Estaban allí atrapados para siempre.

Cuando volví a mi apartamento era demasiado temprano para irme a la cama. Deambulé un rato por el cuarto, hice unos cuantos solitarios y decidí tomar morfina, cosa que no había hecho desde hacía varias semanas.

Así que reuní sobre el escritorio un vaso de agua, una lámpara de alcohol, una cuchara, una botella de alcohol de farmacia y un poco de algodón absorbente. Busqué en el cajón del buró y saqué una jeringuilla y unas tabletas de morfina de un frasquito con etiqueta de bencedrina. Partí una de las tabletas por la mitad con una navaja, medí el agua con la jeringa, y eché en el agua de la cuchara una tableta y media.

Sostuve la cuchara sobre la llama de la lámpara de alcohol hasta que las tabletas quedaron totalmente disueltas. Dejé enfriarse la solución y luego la absorbí con la jeringa, coloqué la aguja y me puse a buscar una buena vena en el brazo. Al cabo de un rato encontré una, la aguja entró, la sangre salió, y la volví meter con todo el resto. Casi inmediatamente me invadió de arriba abajo una relajación completa.

Lo guardé todo, me desvestí y me metí en la cama.

Me puse a pensar en la relación entre Phillip y Al, y los detalles que había ido sabiendo durante los dos años anteriores encajaban entre sí y formaban una narrativa coherente sin necesitar esfuerzos conscientes por mi parte.

La relación entre ellos se remontaba a varios años, y como era el principal tema de conversación de Al, estaba al tanto de todos los detalles. Conocía a Al desde hacía unos dos años, me lo había encontrado en un bar en el que yo trabajaba entonces de camarero. Aquí está la historia tal como la he reconstruido tras cientos de conversaciones con Al.

El padre de Phillip se apellidaba Tourian y había nacido en Estambul de origen incierto. Era un hombre delgado de hermosas facciones. Había algo duro y muerto y vidrioso en los ojos y la parte de arriba de su rostro, pero tenía una sonrisa cautivadora. Tenía una manera de girar el cuerpo de lado cuando caminaba entre la multitud que era un movimiento agresivo y airoso al mismo tiempo.

Superadas las crudezas de su primera juventud, fue estableciéndose gradualmente hasta ser una especie de agente comercial del bajo mundo que trataba en drogas, mujeres y mercancías robadas, siempre al por mayor. Si alguien tenía algo que vender le encontraba un comprador y se llevaba una comisión de ambas partes. Dejaba que los otros corrieran los riesgos. Según explicaba Phillip: «Mi viejo no es un maleante, es un financiero.» Su vida era una red de transacciones complejas por la que se movía sereno y decidido.

La madre de Phillip era americana, de una buena familia de Boston. Después de terminar los estudios en el Smith College, andaba de viaje por Europa cuando sus tendencias lesbianas ganaron la partida temporalmente a sus inhibiciones y tuvo una aventura con una mujer mayor en París. Aquella aventura la sumió en la angustia, en el convencimiento de estar en pecado. Una típica puritana moderna que era capaz de creer en el pecado sin creer en Dios. De hecho, tenía la sensación de que había algo blando y pecaminoso en lo de creer en

Dios. Rechazaba ceder a semejante complacencia como si fuera una proposición indecente.

La aventura terminó al cabo de pocos meses. Dejó París resuelta a no caer nunca más en esas prácticas. Se fue entonces a Viena, a Budapest, y finalmente llegó a Estambul.

El señor Tourian la encontró en un café y se presentó como príncipe persa. Se dio cuenta de inmediato de las ventajas de una alianza con una mujer de buena familia y respetabilidad intachable. Ella vio en él una vía de escape de sus tendencias pecaminosas y por un momento respiró vicariamente el aire puro en el que sólo hay hechos y en el que la angustia, las inhibiciones y la neurosis se disuelven. Toda aquella sutil fuerza intuitiva, que en ella iba dirigida hacia la autodestrucción y el tormento, fue así aprovechada para mejorarse a sí misma. Hizo un intento por incorporar esa visión de armonía que evocaba el señor Tourian.

Pero Tourian era serenamente autosuficiente. No la necesitaba, por lo que ella se apartó de él y se concentró en Phillip con todo el peso de sus retorcidos afectos. Arrastró al niño por toda Europa con ella en unos viajes obsesivos permanentes y no dejaba de decirle que no tenía que ser como su padre, que era un egoísta y no tenía consideración con los sentimientos de ella.

Tourian aceptó aquel estado de cosas con indiferencia. Construyó una gran casa e inició un negocio legal que fue prosperando en paralelo con sus otras empresas, y que ocupaba cada vez más y más su tiempo. Las drogas, que había utilizado periódicamente durante años para aguzar sus sentidos y proporcionarle el estímulo necesario para resistir largos e irregulares horarios, se estaban convirtiendo en una necesidad. Estaba empezando a derrumbarse, pero sin los conflictos y la falta de armonía que acompañan a los derrumbes de los occidentales. Su calma se convertía en apatía. Empezó a olvidarse de citas y a pasar días enteros en antros homosexuales y baños turcos, tomando hachís para estimularse. La sexualidad fue disolviéndose lentamente en la calma regresiva de la morfina.

Al conoció a la señora Tourian en el Rumplemeyer’s de París. Al día siguiente fue a tomar el té con ella en el Ritz y conoció a Phillip.

Al tenía entonces treinta y cinco años. Venía de una buena familia del Sur. Después de graduarse en la Universidad de Virginia se fue a vivir a Nueva York, que le ofrecía un panorama más amplio para sus tendencias sexuales. Trabajó como redactor de publicidad, lector

editorial y con frecuencia no trabajó en nada.

Al tenía un hermano mayor que era ambicioso y gran trabajador. Estaba a punto de irse a la ciudad por cuenta de una fábrica de papel de la cual era propietario en parte. De modo que Al volvió a casa y se puso a trabajar en la papelera de su hermano. Tenía excelentes perspectivas de convertirse en un hombre rico al cabo de pocos años.

Por entonces Phillip tenía doce años y se sintió muy halagado de que un hombre mayor se tomase tantas molestias para verle constantemente y llevarle al cine, a los parques de atracciones y museos. La madre de Phillip tenía que sospechar, sin duda, pero la cuestión era que a ella nada le interesaba fuera de sus enfermedades, que iban tomando gradualmente forma orgánica bajo la compulsión de su poderoso deseo de morir. Tenía problemas de corazón e hipertensión arterial.

Al tomaba el té con ella casi a diario en París y no dejaba de sugerirle que, después de todo, debería regresar a los Estados Unidos ahora que estaba tan enferma. Allí podría recibir la mejor atención médica y en caso de que sucediese lo peor, al menos estaría en su propia tierra. Y al decir eso miraba beatamente al techo.

Cuando ella le confesó que su marido era traficante de drogas y mujeres él dijo: «¡Santo cielo!», y le apretó la mano. «Eres la mujer más valiente que he conocido en mi vida.»

La cosa es que resultaba que también el señor Tourian tenía la vista vuelta hacia el nuevo mundo. Sus negocios eran ya tan amplios que el número de personas que tenían contra él agravios reales o imaginarios alcanzaba ya proporciones incontrolables. De manera que se puso a trapichear con un empleado del consulado norteamericano. No hace falta decir que no tenía la menor intención de recorrer todos los tediosos pasos que prescribe la ley para inmigrar a los Estados Unidos.

Las negociaciones llevaron más tiempo de lo que había planeado. Mientras todavía estaban en marcha, la señora Tourian se murió en Estambul. Estuvo siete días tumbada en la cama mirando ceñudamente al techo como resentida con la muerte que durante tantos años había cultivado. Como algunas personas que no consiguen vomitar a pesar de tener horribles náuseas, yacía allí incapaz de morir, resistiéndose a la muerte igual que se había resistido a la vida, paralizada por el resentimiento ante el proceso y el cambio. Finalmente, como decía Phillip, «se quedó como petrificada».

Phillip llegó a Nueva York con su padre. Pero al señor Tourian la situación se le había ido de las manos. Cosa de un año después de llegar a Nueva York le pillaron negociando la venta de veinte mil gramos de heroína. Le cayeron cinco años en Atlanta y las multas le dejaron totalmente en la ruina.

Un pariente de Tourian, un político griego, se ocupó de la custodia del muchacho. Phillip robó un cartel de su padre con un SE BUSCA de una oficina de correos, lo hizo enmarcar y lo colgó en su cuarto.

En cuanto Phillip llegó a América, Al empezó a tomar el avión constantemente desde su casa del Sur. Los fines de semana en Nueva York empezaban el jueves y terminaban el martes. Un día Al le dijo a Phillip que había dejado el trabajo.

–¿Y por qué hiciste eso, tonto del culo? –dijo Phillip.

–Quería pasar todo el tiempo posible aquí en Nueva York contigo –dijo Al.

Y Phillip dijo:

–Eso es de idiotas. ¿De dónde vas a sacar el dinero?

Me levanté a la mañana siguiente con resaca de morfina. Me serví un vaso grande de leche fría, que es un antídoto para la morfina. Muy pronto me encontré mejor y me fui hasta la oficina para recoger los encargos del día.

Resulta que hacia las doce me encontraba por el centro de la ciudad, así que pasé a ver a Al y fuimos a almorzar juntos al Hamburger Mary's. Al me contó lo que había pasado la noche antes.

Cuando Al llegó al Washington Hall para merodear en torno a Phillip dormido, no le dejaron subir al quinto piso en el ascensor porque allí no había nadie, lo que estropeó su plan de subir a la azotea antes de que cerrasen la puerta de entrada del edificio.

Así que se acercó hasta Washington Square y estuvo durmiendo en un banco hasta las dos y media. Entonces volvió y saltó la verja del patio trasero del Washington Hall y se puso a dar botes para agarrarse y bajar la escalera de incendios. Pero como aquello chirriaba de lo lindo, antes de que Al hubiera podido empezar a trepar, el ascensorista negro sacó la cabeza por una ventana y dijo:

–¿Qué está usted haciendo ahí?

Al dijo:

–Los ascensores no funcionan. Sólo quiero ir a ver a un amigo mío, así que pensé subir por aquí en vez de molestar a nadie. ¿Qué le parecería subirme usted en el ascensor?

Y entonces el ascensorista le dijo:

–Muy bien. Venga aquí. –Y ayudó a Al a trepar y entrar por la ventana.

En cuanto Al pasó por la ventana, el ascensorista sacó un tubo de acero largo metido en un trozo igual de largo de manguera de goma. Y le dijo:

–Espere aquí a que traiga al señor Goldstein. –Y blandió el tubo en la cara de Al. Al le dijo que esperaría y el ascensorista se fue a despertar al señor Goldstein, el propietario.

Al podría haberse marchado corriendo en ese momento, pero se dio cuenta de que si lo hacía nunca más podría volver. Así que decidió esperar y arreglar la situación explicándoselo al señor Goldstein cuando llegase.

Goldstein llegó a los pocos minutos, con una bata azul y blanca sucia de manchas de café y de huevo por todo el delantero, y tras él venía Pat, el ascensorista.

–Verá usted, señor Goldstein... –le dijo Al.

Goldstein le detuvo extendiendo las manos, dijo que hablarían allí mismo y ordenó con voz autoritaria:

–¡Vigílalo, Pat!

Pat se quedó allí de pie balanceándose sobre los talones atrás y adelante y golpeando la palma de la mano izquierda con la tubería de acero, con una chispa aviesa en la mirada.

–Yo sólo quería ver a un conocido que vive en la casa... –continuó Al.

Goldstein había cogido el teléfono y lo sujetaba con gesto señorial.

–¿A quién conoce usted en la casa? –le preguntó.

Al le dijo que conocía a James Cathcart. Y Goldstein le dijo:

–Bueno, eso lo comprobaremos ahora mismo.

Se acercó a los timbres y llamó a casa de Cathcart. Tras un intervalo considerable se puso a hablar por el interfono en un tono empalagoso. Decía:

–Señor Cathcart, aquí abajo hay alguien que dice que le conoce. Quisiéramos que bajase usted para identificarlo. Perdone que le moleste, pero es muy importante.

Al cabo de un rato bajó Cathcart de su piso con una bata de seda. Al hizo ademán de ponerse de pie pero Goldstein le dijo:

–Usted siga ahí sentado. –Y se volvió hacia Cathcart–. ¿Conoce usted a este hombre, señor Cathcart?

–Sí –dijo Cathcart–. ¿Hay algún problema?

–Lo encontramos subiendo por la escalera de incendios, y asegura que lo hacía para ir a verle a usted.

–Es cierto –dijo Cathcart con tranquilidad–. Habíamos planeado vernos esta noche, pero yo no me encontraba del todo bien y me fui a la cama. Todo está en orden.

–Bueno –dijo Goldstein–, si usted lo dice, señor Cathcart.

–Bueno –dijo Al a Cathcart–, ya volveré mañana, James. Perdona que te haya sacado de la cama.

–De acuerdo –dijo Cathcart–. Nos vemos mañana, entonces. Ahora creo que me volveré a la cama. –Y, con eso, volvió a subir las escaleras.

Al se levantó para irse.

–¡Un momento! –dijo Goldstein–. Parece que usted no se da cuenta de que este asunto es muy serio. Si no fuera por el señor Cathcart, ahora mismo estaría usted camino de la comisaría de policía. En realidad, la verdad es que mi obligación es llamar a la policía.

–Bueno –dijo Al–, lo siento mucho...

–¡Oh, lo siente! Bueno, que usted lo sienta no cambia las cosas. Resulta que yo soy responsable de las vidas y propiedades de todos los

de este edificio. ¿Sabe usted que va contra la ley subir por la escalera de incendios incluso las personas que viven en el edificio?

–No –dijo Al–, eso no lo sabía.

–Así que no lo sabía, y pretende ser un hombre inteligente.

Al no había pretendido nada y dijo en tono conciliador:

–Por supuesto, ahora que usted lo dice la cosa me parece razonable. Me imagino que simplemente no lo pensé.

–Pues ya es hora de que piense usted un poco, ¿no? –dijo Goldstein–. Ha sacado usted de la cama al señor Cathcart y también me ha sacado de la cama a mí...

–Lamento muchísimo haber perturbado su sueño –dijo Al.

–Bueno, pero ésa no es la cuestión. Se trata de un delito. Así que para hacer lo correcto debería llamar a la policía en este mismo momento. ¿Se da usted cuenta?

–Sí –dijo Al–. Y se lo agradezco.

–¡Bueno! Así que lo agradece usted, ¿eh? La única razón por la que no llamo a la policía es por el señor Cathcart. –Y Goldstein meneaba la cabeza y medio se reía–. Vaya, no entiendo nada de todo esto. Si fuera usted un estudiante, sería distinto, pero es usted un hombre prácticamente de mi edad.

–Le prometo –dijo Al– que nunca volverá a pasar nada por el estilo.

–Bueno, pues yo le prometo que si vuelve a suceder irá usted a la cárcel. –Goldstein volvió a menear la cabeza–. Por ahora, creo que lo dejaremos pasar, puesto que el señor Cathcart dice que todo está en orden. La verdad es que debería llamar a la policía.

Al inició un movimiento para marcharse.

–Un momento –dijo Goldstein–. No parece usted darse cuenta de que aquí Pat, mi ascensorista, arriesgó la vida esta noche. Él tendrá algo que decir en este asunto. –Goldstein se volvió hacia el ascensorista–. Bueno, Patrick, ¿qué crees tú que debemos hacer?

–Bueno –dijo Pat–, a mí no me gusta ver que se llevan a alguien a la cárcel.

Goldstein se volvió hacia Al.

–Creo que le debe una disculpa a Pat –dijo.

Al se volvió hacia Pat y le dijo:

–Siento mucho todo esto.

–Es muy fácil decir que lo siente –insistió Goldstein–. No pienso estar aquí toda la noche hablando con usted. Ya he perdido bastante sueño, aunque supongo que eso a usted le importa un bledo. El verano pasado, ¿verdad, Patrick?, un ladrón trepó por la escalera de incendios y robó veinte dólares de una habitación.

–Sí, señor Goldstein, creo que fue así –dijo Pat.

–Nos olvidaremos de todo esto –continuó Goldstein–. Por esta vez estoy dispuesto a pasarlo.

–Se está mostrando usted muy comprensivo y se lo agradezco –dijo Al–. Lamento todos los problemas que le he causado.

–Tengo mucha consideración al señor Cathcart –replicó Goldstein–, y esto lo hago solamente por él, ¿comprende?

–Sí, comprendo –dijo Al, y empezó a rodear el escritorio.

–Muy bien, Pat –dijo Goldstein–. Déjale marchar.

Pat se hizo a un lado. Al se volvió y dijo buenas noches. Goldstein se puso de pie y se quedó mirándole y no se dignó contestarle. Así que Al dio media vuelta, cruzó la puerta y subió otra vez hasta su barrio para ir a acostarse.

A la mañana siguiente Al volvió al Washington Hall y por el ascensorista de día supo que Phillip se había mudado de allí y pensaba enrolarse en un barco.

–Eso tengo que impedirlo –me dijo Al mientras almorzábamos en Hamburger Mary's–. Estaba planeando irse en un barco sin que yo supiera nada del asunto.

–Bueno –dije yo–, tú tienes papeles, ¿por qué no te embarcas tú también?

–Bueno, tal vez lo haga.

6

MIKE RYKO

El martes por la mañana todos teníamos resaca del Pernod. Barbara se fue a clase a las nueve y Janie y yo dormimos hasta las once, que fue cuando Phil se levantó del sofá y nos despertó. Hacía un día de bochorno y mucho calor.

Janie fue a la cocina y calentó un poco de sopa. Phillip sacó un par de pantalones chinos y una camisa caqui del petate y se los puso. Ambos íbamos vestidos igual, salvo que mi ropa estaba más vieja y más sucia.

–Mira cómo está esto –dije–. ¿Qué demonios pasó anoche?

–¿Dónde está el gato? –dijo Phillip.

Nos pusimos a buscar el gato y lo encontramos dormido en un cajón abierto del escritorio.

Cuando nos terminamos de tomar la sopa, le dije a Janie:

–Volveremos por la noche.

–Mejor será –dijo ella, y se volvió a la cama.

Phillip y yo nos marchamos camino del centro sindical.

El edificio del Sindicato Nacional de Marinos está en la calle Diecisiete Oeste, a unos diez minutos andando de Washington Square. Me compré el P.M. en la esquina de la calle Catorce con la Séptima y nos paramos un ratito en la acera para echar un vistazo al mapa militar de Francia.

–Conseguirán romper el reducto de Cherburgo y tomar París –dijo Phil–. Caen y Saint-Lô están a punto de caer.

–Espero que tengas razón –dije, y nos dimos prisa camino del sindicato. Estábamos muy emocionados porque nos íbamos al frente.

Cuando llegamos a la calle Diecisiete había cantidad de marineros

por delante del edificio sindical hablando y tomando helados Good Humor que vendía un hombre en una furgoneta.

–Primero –dije– vayamos ahí y refresquémonos la garganta.

Cruzamos la calle y nos metimos en el Bar Anchor y pedimos dos cervezas. La cerveza era buena y estaba fría.

–Todos esos son marineros –le dije a Phil–. Son los tipos más salvajes del mundo, por lo menos lo eran cuando me embarqué la primera vez en 1942, y en aquellos tiempos la mayoría eran lobos de mar, muchacho, especialmente en el puerto de Boston.

Había un marinero que destacaba entre los demás porque tenía una gran barba roja y unos ojos como de Jesucristo. Tenía más aspecto de un personaje del Village que de marinero.

Phillip se quedó mirándolo, fascinado. Y dijo:

–Ése tiene pinta de artista. –Y entonces, impacientándose, se volvió hacia mí–. Date prisa, termínate la cerveza. Tenemos que apuntarnos.

De modo que volvimos a cruzar la calle y entramos en el sindicato. El vestíbulo estaba todo lleno de murales, en uno de ellos se veía a un marinero negro salvándole la vida a un compañero, y mostraba sus brazos oscuros y musculosos que acunaban el blanco rostro pálido. Había un puesto de prensa en el que vendían libros como Rumbo a la gloria de Woody Guthrie, o New World A-Coming de Roi Ottley, y panfletos diversos de estilo izquierdoso además de periódicos como el Daily Worker, el P.M. y el semanario del sindicato, que se llama The Pilot.

Enseñamos al hombre de la puerta nuestros carnés sindicales y entramos en el vestíbulo atestado. Es una sala larga, baja y amplia amueblada con sillas plegables unidas y mesas de ping-pong y estanterías de revistas en la parte de atrás.

En la zona de delante del vestíbulo hay un gran panel que ocupa toda la pared, en el que van poniendo números y letras que dan información de las navieras y los nombres y tipos de barco, dónde están atracados o fondeados y por cuánto tiempo, cuántos y qué tipo de puestos necesitan cubrir, y la situación general del embarque.

Esa sala estaba atestada de marineros, algunos de uniforme pero la mayoría de civil. Las nacionalidades eran un calidoscopio de tipos raciales que iban desde los aceitunados y esbeltos puertorriqueños a

noruegos rubios de Minnesota.

En el otro extremo del salón, cerca de las estanterías de revistas, había un mostrador con un letrero encima que decía COMITÉ DE ACCIÓN POLÍTICA CIO. Phillip y yo fuimos hasta allí a mirar los panfletos y pliegos de firmas que había en la mesa.

La chica que estaba detrás del mostrador nos animó a firmar una de las solicitudes, que era sobre la disputa en torno a una nueva ley de posguerra que tenía lugar en el Congreso y el Senado. Phillip y yo firmamos como «Arthur Rimbaud» y «Paul Verlaine», respectivamente.

Entonces nos fuimos y nos quedamos de pie delante del tablero de los barcos para estudiar las perspectivas. No había mucho embarque porque no habían llegado convoys recientemente, pero nos fuimos hasta las ventanillas de registro e hicimos cola para apuntarnos, de todos modos.

Tuve que correr un montón por los despachos de atrás porque tenía cuotas atrasadas y había sobrepasado el permiso en tierra un par de meses. Un funcionario sindical sentado en su mesa con el sombrero puesto me soltó un sermón y señaló que estaba atrasado en mis cuotas, ¿y quién demonios me creía que era? Le dije que sí con la cabeza y la moví otra vez y miré al suelo hasta que finalmente me permitió registrarme como miembro con atrasos. Eso iba a hacer más complicado que me pudieran destinar al mismo barco que Phillip.

Entretanto, Phillip lo tenía todo arreglado y ya estaba con registro y todo. Le dije que esperase un momento y me fui a la ventanilla de trabajos para ver si quedaba algo para mí. Esta ventanilla es donde has de ir cuando tienes cuotas atrasadas sin pagar y también cuando te has excedido en el permiso o en cualquier cosa contraria a las reglas de emergencia de guerra del sindicato. Los trabajos que se ofrecen en esa ventanilla son los que quedan porque otros marineros los han rechazado. Pero siempre puedes encontrar un barco carbonero que vaya a Norfolk o uno de mineral para los Grandes Lagos.

Pregunté si había alguno que cruzara el Atlántico, y el encargado de esos trabajos dijo que no.

Volví donde Phillip, nos sentamos y cogimos unos periódicos. No quise hablarle de mis dificultades hasta que hubiera pensado un poco más sobre el asunto.

El despachador principal estaba llamando por el micrófono para distintos trabajos y tenía un acento de Trinidad que daba gloria oírlo.

Decía cosas como: «Para el Liberty de la Barber Line, en la cola 8. Necesitamos dos marineros de primera, dos grumetes, un fogonero aguador, tres limpiadores y dos camareros de comedor. Este barco se va muy, muy lejos en una navegación larga y fría..., así que lleven ropa interior larga.»

Y más tarde decía: «Aquí tenemos un trabajo de segundo cocinero en un carguero a la antigua. Si hay alguien que viene de Chile puede volver a casa en él.»

O también decía: «Trabajo fuera de la ciudad, barco en espera en Norfolk, necesita tres engrasadores, la compañía paga el billete de tren hasta Norfolk, la paga empieza hoy... aquí tienes tu oportunidad de viajar en un vagón Pullman.»

Finalmente, el despachador pedía una tripulación de cubierta completa. Phillip sacó su tarjeta de registro y dijo: «Vamos», y yo tuve que explicarle que mi carné no servía para esos trabajos.

–Este barco cruza el charco directo –cantó el despachador por el micrófono.

–¿Has oído eso? –dijo Phillip–. Directo ahora mismo. ¡Francia!

–Ya lo sé –dije–, pero yo tengo que esperar un trabajo sin número. Si quieres que vayamos en el mismo barco tú y yo, tendrás que coger uno que salga en la misma ventanilla.

–Eso complica el asunto –dijo.

–Bueno –dije yo–, tal vez pueda conseguir que me borren de la tarjeta eso de «miembro con atrasos». Puedo hacerlo yo mismo con un borrador de tinta o quizás montármelo mañana con alguien y tratar de conseguir un carné nuevo. Ya se me ocurrirá algo.

Phillip empezaba a tener cara de desánimo.

–¿Y no puedes pagar los atrasos? –preguntó.

–Son cinco meses, y estoy sin blanca, ya lo sabes. Pero no te preocupes, encontraremos un barco juntos. Tú déjamelo a mí.

–Pero Allen va a tener cantidad de tiempo para descubrirme –dijo pesimista–, y puede que a pesar de todo no consigamos un barco para ir los dos juntos.

–¡Por Cristo bendito, no te preocupes tanto! –le dije–. Tendremos una litera antes de acabarse la semana. Sé de qué cabos tirar, ya me he embarcado cinco veces.

Me levanté y me fui a las letrinas y allí me encontré a un tío con el que había navegado una vez.

–Hola, Chico –le dije. Era un marmitón puertorriqueño, bajito–. ¿Te acuerdas de mí? ¿El viaje a Liverpool en el George Weems?

Chico sonrió sin expresión alguna. Había navegado tanto que no distinguía una travesía de otra, o puede que simplemente no pudiese recordar lo sucedido de un momento para otro.

–Bueno, hasta la vista, Chico –le dije mientras me abrochaba la bragueta.

–Hasta la vista –dijo Chico.

Regresé al vestíbulo. Ya era casi la hora de cierre. Phillip seguía sentado en la misma silla.

Se me acercó un marinero y me dijo:

–Escucha, socio, dame diez centavos, ¿hace?

Sin preguntar nada, le di la moneda. El tío iba recorriendo todo el vestíbulo recolectando monedas. Me imaginé que debía de ser uno de esos marineros a la antigua como los que había visto por los muelles de Boston en 1942, y que necesitaba unas cuantas copas. A la mayoría de aquellos viejos lobos de mar ya los habían torpedeado y hundido antes de que la guerra en tierra firme hubiera empezado a calentarse.

Eché una mirada alrededor del local para ver los marineros del nuevo estilo. Cantidad de ellos llevaban uniforme con galones dorados que se compraban en los economatos de la marina de guerra. Ésos eran los personajes que no bebían demasiado y se pasaban todo el tiempo en los clubs y cantinas para marineros, jugando a chicos de sociedad con las chicas de sociedad y actrices que trabajaban de azafatas. Luego había un gran número de tíos anodinos, individuos de aspecto más bien sospechoso que probablemente aterrizaron en la marina mercante arrastrando a las espaldas sus antecedentes. Finalmente descubrí un tercer grupo, un lote de jovenzuelos procedentes de todo el país que recordaban a los grumetes adolescentes de la marina que te encontrabas durmiendo por el metro con la boca abierta y despatarrados con las piernas en mitad del

pasillo.

El vestíbulo empezaba a quedarse vacío y apareció un viejo sueco con una escoba. El despachador se había marchado a su casa y la chica con auriculares de delante del tablón de anuncios se había marchado a casa y apuesto a que Joe Curran se había marchado a casa también. Fuera estaba espeso y gris. Phillip y yo nos sentamos en la fila vacía y nos fumamos el último pitillo.

De repente, Paul dijo:

–Si vamos a Francia, ¿por qué no plantamos el barco y nos largamos a París? Yo quiero vivir en el Barrio Latino.

–¿Y qué pasa con la guerra? –le pregunté.

–¡Oh! Probablemente cuando lleguemos ya se habrá terminado.

Dediqué un momento a pensar en eso.

–Bueno –dije–, yo no me embarcaría en una cosa como ésa si no estuviese borracho.

–Nos emborracharemos en el puerto y nos iremos a media noche.

–¿Y qué pasa con la policía militar y las autoridades francesas y todo eso?

–De eso ya nos preocuparemos cuando llegue el momento –dijo.

–Si estuviese borracho haría lo que fuese –dije.

Estuvimos allí sentados pensando en ese nuevo plan, y cuanto más lo pensaba, más me provocaba el desafío, aunque había algo al fondo de mi mente que me decía que eso no podía funcionar y que acabaríamos arrestados.

Phillip se sumergió en una suerte de silencio meditabundo, de modo que me puse a hablarle.

–Te gustará esto de navegar –le dije–. Chico, no hay nada igual a cuando llegas a puerto.

»Una vez mi barco tocó en un puertecito de Nueva Escocia que se llamaba Sydney. Habíamos estado dos meses fondeados en un fiordo ártico de Groenlandia y hasta el último de nosotros estaba listo para una buena cogorza. De modo que toda la tripulación bajó a tierra

(éramos ciento cincuenta, era un carguero de tamaño mediano) y sólo quince de nosotros nos las arreglamos para no ir a parar a la cárcel. A uno lo detuvieron por meneársela a un caballo en la calle Mayor. A otro porque se paseaba con la pija colgando pues se olvidó de guardársela después de echar una meada, así que se lo llevaron para dentro.

»Yo iba andando con unos cuantos colegas del barco y nos llegamos todos hasta los muelles y nos encontramos con una caseta y empezamos a hacer el idiota por allí. Dos de los colegas se metieron en la caseta y uno sacó la cabeza por un agujero que había en el techo y se puso a cantar. Otros empezaron a empujar la caseta para ver si la movían. Y sí. De modo que mientras los otros dos marineros seguían dentro, la empujamos de lado y la tiramos al mar. Es increíble que no se ahogasen. Igual estaban demasiado borrachos para ahogarse.

»Más tarde, iba andando por un callejón con una botella de whisky que me había dado un tío que llevaba seis distribuidas por todos los bolsillos cuando me topé con un colega inclinado sobre el cuerpo de un hombre. El hombre, que tenía pinta de vagabundo de los muelles de Sydney, estaba borracho como una cuba y el colega le estaba robando la cartera. “Ten esa puta boca bien cerrada sobre esto”, me dijo allí de pie, con la cartera en la mano. “Es asunto tuyo, no mío”, le dije yo. Él se echó a reír y me pidió un trago, pero yo me marché porque no me caía demasiado bien.

»Me pasé tres días en tierra con un pase de doce horas. Al tercer día, por la tarde, iba andando con un colega por detrás del YMCA de Sydney cuando de repente aparecieron dos policías de la patrulla de tierra canadiense y dos de la policía militar de nuestro propio barco. Llevaban pistola y nos dijeron que los acompañásemos. Mi tronco echó a correr por el callejón e hicieron un disparo de aviso, de modo que se volvió, riéndose. Todavía estábamos borrachos: llevábamos borrachos los tres días enteros, y todo nos importaba un bledo.

»En cualquier caso, los de la patrulla y de la PM nos llevaron a mi tronco y a mí a una base de patrulleras canadienses y nos tuvieron en la prevención hasta que viniera la lancha del barco para llevarnos de vuelta. De modo que dormimos un par de horas. No te lo creerás, pero estaba tan borracho y tan cansado que junté dos caballetes y me dormí encima de ellos. Estaba borracho y no dejaba de decirme para mis adentros que no tenía que dormir en el suelo y mancharme la ropa. De modo que me hice un ovillo encima de los dos caballetes y me dormí.

»Finalmente me desperté y ya oscurecía. Había unos marineros

ingleses jugando a la pelota con unos guantes delante de la prevención. Salté por una ventana lateral y rodeé el cuerpo de guardia y me puse a jugar con ellos. Eran bastante torpes y no sabían lanzar la pelota, de modo que me dediqué a lanzarles pelotas vistosas a lo Bob Feller. Entonces fue oscureciendo y hubo que dejar la partida. Como no había guardias por allí me imaginé que estarían comiendo algo, de modo que salté la valla que rodeaba la base y me volví al pueblo.

»Me puse a beber otra vez. Aquella noche me fui a las afueras de Sydney, donde no era probable que me encontrase ningún policía militar. Me metí en un barrio lleno de mineros que trabajaban en la Princess Colliery. Estuve bebiendo en varios tugurios de mala muerte y finalmente me ligué a una chica india De Soto. Me pasé con ella casi toda la noche en una casita ventosa, hasta que me dio la patada. Todavía tenía sueño, de modo que me metí en la primera casa que vi al bajar por la calle y me puse a dormir en el sofá.

»Me convencí a mí mismo de que estaba en el reservado de algún garito. Pero cuando salió el sol me encontré con que allí había otros dos colegas de mi barco durmiendo en el suelo y que estábamos en la sala de estar de la casa de alguien porque se oía a la familia desayunar en la mesa de la cocina al final del pasillo. Finalmente, el hombre de la casa, un minero, vino pisando fuerte por el pasillo con la fiambrera en la mano y entonces nos vio en la sala. Nos dijo: «Buenos días, muchachos», y se marchó. Nunca he visto nada más fuerte que aquello, era una locura.

»Nos marchamos de la casa y pasamos delante de una tienda y antes de que me diera cuenta uno de los putos marineros descargó el puño contra la luna del escaparate y lo rompió. Salimos corriendo en todas direcciones y finalmente yo volví al pueblo en un tranvía y me metí en un bar. Tomé unas copas y decidí dormir un poco.

»Ninguno de nosotros se atrevía a meterse en el club de marineros porque seguro que los de la PM nos buscarían allí, pero yo decidí ir de todos modos porque estaba cansado y ya era hora de entregarme. Lo gracioso fue que los PM no estaban. Allí no había nadie, sólo una gran sala llena de camastros vacíos y todo el mundo estaba escondido o arrestándose los unos a los otros. Así que me eché a dormir en uno de los camastros y tuve un descanso largo y bueno.

»Me desperté más fresco, y aquella noche volví al pueblo y me emborraché otra vez. Me di cuenta de que no me quedaba un centavo, por así decir, de modo que me subí a la lancha del barco y volví a bordo. Aquella noche sacamos todo lo que pudimos reunir y yo fui

uno de los últimos rezagados. Me tocaron cinco pavos.

»Llegamos a Boston tres días después, con una escala en Halifax, y todo volvió a empezar. Allí estaban aquellos marineros beodos con sus mil dólares de paga, dando tumbos encima de la plancha con todas las cosas que habían traído de Groenlandia: kayaks pequeños, arpones, espadas de pez espada, cueros apestosos, pieles, de todo. Yo tenía un arpón. Unos cuantos y yo metimos todo nuestro material en la consigna de equipajes de la estación del Norte y mandamos un giro a casa con la mayor parte del dinero. Y luego nos fuimos de parranda.

»Era sábado por la noche, me acuerdo, y octubre. Me bebí por lo menos cuarenta y cinco o cincuenta vasos de cerveza aquella noche, y no miento. Andábamos por la parte sur de Boston de tugurio en tugurio, cantando por el micrófono en los escenarios de los músicos y dando golpes en los tambores y todo eso. Luego nos desviamos hacia Scollay Square y terminamos en ese antro de antros, el Café Imperial. Allí había dos pisos y cinco salas de marineros de guerra y mercantes, soldados, mujeres, música, whisky, humo y peleas.

»Todo lo tenía borroso. Recuerdo que más tarde estábamos en un patio en algún sitio en el centro de Boston y el colega que estaba conmigo llamaba a gritos a una ventana del primer piso donde se suponía que vivía una puta. Se abrió la ventana y un negro gigantesco sacó la cabeza y nos tiró un cubo de agua caliente por encima.

»En fin, finalmente salió el sol y yo me encontré tumbado en una caseta de herramientas del ayuntamiento, en la avenida Atlantic, justo a la orilla del mar, y estaba lleno de botecitos de pesca amarrados justo a mi lado con el sol rojo dando sobre los mástiles. Estuve un rato mirando aquello y luego como que me arrastré hasta la estación del Norte a recoger mis trastos, y después tuve que cruzar la ciudad en un taxi hasta la estación del Sur y comprar un billete a Nueva York. Nunca me olvidaré de aquel glorioso regreso a nuestras hermosas riberas.

Phillip estuvo sonriendo durante todo mi relato. Ya era casi de noche fuera, tan gris y nuboso que parecía un atardecer de lluvia. El viejo sueco había terminado de barrer.

–Vámonos a casa de Dennison –dijo Phillip–. Todo esto me da ganas de emborracharme y no tenemos dinero.

–Por mí perfecto –dije, y nos marchamos del local.

Cuando estábamos en las escaleras vi de repente una figura

familiar que bajaba por la calle Diecisiete hacia el edificio sindical.

–Mira quién viene –dije.

Era Ramsay Allen, y todavía no nos había visto. Venía andando deprisa, con pasos largos y nerviosos, y la expresión de su cara era como la de una madre que ha perdido a su hijo y corre hacia la comisaría de policía para averiguar si el niño que tienen allí es el suyo. Entonces nos vio. La cara se le iluminó inmediatamente de alegría al reconocernos y luego la expresión afable y sofisticada habitual volvió a imponerse.

–Bueno –dijo al llegar–, ¿qué habéis estado haciendo a mis espaldas?

Todos sonreímos como si estuviéramos orgullosos de nuestros logros individuales. Luego, Al miró muy serio a Phillip y le dijo:

–No habrás conseguido un barco, ¿verdad?

–Todavía no –dijo Phillip.

Echamos a andar. Ninguno de los dos dijo una palabra sobre nada de mayor interés. Phil empezó a contarle lo de nuestro plan de abandonar el barco en Francia e irnos a París, y Al dijo:

–¿Creéis que eso es seguro?

–Eso no nos preocupa –dijo Phil.

Anduvimos hasta casa de Dennison y nos sentamos en los escalones de entrada a esperar que volviera del trabajo. Esperamos un rato, pero luego decidimos acercarnos al Chumley's, donde suele comer.

7

WILL DENNISON

El martes por la noche me encontré a Helen en el Chumley's. Helen era chica de alterne del Café Continental. Nos tomamos un vermú con sifón y me bebí el primero de un golpe. Tenía tanta sed de llevar todo el día de aquí para allá que me parecía que la boca iba a saltar sola a coger ese vermú, como un dibujo mexicano que vi una vez en un museo y en el que se representaba a un tipo con la boca salida puesta en la punta de un largo tubo como si no pudiera esperar al resto de su cara. Mediado el segundo vermú me encontré ya un poco mejor y puse la mano sobre la rodilla desnuda de Helen y se la apreté.

–¡Vaya, señor Dennison! –dijo, y yo le dirigí una sonrisa paternal.

Levanté la vista y vi a un joven muy guapo vestido con la ropa caqui de la marina mercante que entraba por la puerta. Tardé una fracción de segundo en percatarme de que era Phillip. Le miraba directamente y no le había reconocido. Luego vi que Al y Ryko estaban tras él.

Se acercaron a mi mesa y nos saludamos. Luego el camarero juntó dos mesas y nos trasladamos allí.

–Bueno, Dennison –dijo Phillip–, sabrás que zarpamos mañana. Tal vez ésta sea la última vez que nos veamos en la vida.

–Eso tengo entendido.

–Su plan es ir a Francia y desertar del barco –dijo Al.

Yo me volví hacia Phillip y le pregunté:

–¿Qué vais a hacer en Francia?

Se puso a largar su discursito:

–Cuando lleguemos allí vamos a abandonar el barco y echaremos a andar campo a través hasta París. Para entonces los aliados ya habrán avanzado hasta París e incluso puede que se haya terminado la guerra. Pensamos hacernos pasar por franceses. Como yo no sé hablar francés

muy bien, seré una especie de campesino medio idiota. Mike, que sí habla francés bien, será el que hable lo que haya que hablar. Viajaremos en carretas de bueyes y dormiremos en pajares hasta que lleguemos a la orilla izquierda.

Le escuché un ratito y luego le dije:

–¿Y qué haréis para conseguir comida? Todo está racionado. Necesitaréis cartillas para todo.

–Oh –dijo–, simplemente diremos que hemos perdido las cartillas. Diremos que somos refugiados que acabamos de volver de un campo de concentración.

–¿Y quién va a decir todo eso?

–Ryko. Es medio francés. Yo seré sordo y mudo.

Miré dubitativo a Ryko y Ryko dijo:

–Es verdad. Mi madre me enseñó francés. Y también sé hablar finlandés.

–Oh, bueno –dije yo–, haced lo que queráis. A mí ni me va ni me viene.

–A mí no me parece que sea una buena idea en absoluto –dijo Al entonces.

–Ser precavido no es virtud de los jóvenes –dije yo–. En realidad, ahora que lo pienso, es una buena idea.

Al me lanzó una mirada furiosa que fingí ignorar.

–Francia... –dije soñador–. Bueno, dadle recuerdos al país cuando lleguéis..., si es que llegáis.

En ese momento empezó a llegar la comida. Primero gambas, después una sopa caliente, que pusieron sobre la mesa al mismo tiempo que una nueva ronda de cócteles. Eso suele pasar, y el resultado es que o bien la sopa se enfría mientras te estás bebiendo el cóctel o te bebes la sopa y eso estropea el efecto del cóctel.

Terminamos la cena un poco después y Helen dijo que se iba a su casa, en Queens. Al me dio cuatro dólares con los que se suponía que yo tenía que pagar toda la comida y los cócteles que Ryko, Phillip y él se habían zampado, pero ya me sentí contento de que me dieran esa

cantidad.

Salimos a la calle y fuimos caminando y charlando de lo que íbamos a hacer. Al dijo:

–Bueno, podemos ir a ver a Connie.

–¿Quién es Connie? –preguntó Phillip.

–Es la chica que trabaja en el P.M. –respondió Al–. La que te dije que me tiré en la azotea hace dos semanas.

Así que Ryko dijo:

–Bien, vamos.

–El único problema es que se ha mudado –dijo Al–, y no tengo su nueva dirección, la he perdido. Tengo que preguntárselo a Agnes o a alguien.

–Bueno –indiqué yo–, entonces no podemos ir allí.

–No, supongo que no –dijo Al.

En ese momento un chaval moreno de unos doce años pasó por allí y Al le dijo: «Qué hay, Harry», y el chico le dijo: «Qué hay, Al.»

Delante del Romany Marie's había una gran partida de dados con varios cientos de dólares en la acera. Nos paramos para mirar un rato cómo jugaban. Un tipo gordo y grasiento con un puro muy grande cogió los dados poniendo allí encima cinco dólares. Sacó un diez. Los jugadores estaban alrededor con el dinero en la mano y otro dinero sujeto con el pie para que no volara. Empezaron a hacer apuestas con el que tiraba y apuestas adicionales entre ellos.

–Cuatro para dos a siete no diez.

–Once para cinco a siete no diez.

–Tres para dos a siete no diez.

El tirador cogió unos treinta dólares de las apuestas de dos a uno. Sacó el diez y recogió dinero de todos lados, de los que lo tenían debajo del zapato y de los de las manos tendidas. Dejó diez en el suelo y dijo: «Tiro.» Alguien le cubrió. Sacó un siete. Volvió a doblar y tiró por veinte.

Todos estaban en tensión y concentrados en su objetivo. Los dados dieron contra un panel y rebotaron, y salió un nueve. Los perdedores iniciaron nuevas apuestas.

–Seis para cuatro a siete no nueve.

–Tres para diez a siete no nueve.

–Cinco a que saca un siete o un once en el tiro de salida.

Nadie estaba de cháchara.

Seguimos caminando. Al dijo:

–Podemos ir a ver a Mary-Ann. Es estupenda. El único problema es ese jodido marido que tiene, y que nunca dan ningún licor.

–Pues vamos al George's a tomar una copa –dijo Phillip.

–¿Y si vamos a casa de Betty-Lou? –apunté yo.

–Muy bien, vamos allí.

Nos fuimos a casa de Betty-Lou, para lo que tuvimos que desandar lo andado. Íbamos en grupos dispersos y desiguales.

De camino, Phillip pegó un salto y arrancó una rama de un árbol. Al me miró y me dijo:

–¿No es maravilloso?

Betty-Lou vivía en un apartamento de un semisótano. Era del Sur y una devota de la Ciencia Cristiana que trabajaba en la radio y tenía mucha confianza en la futura misión educativa de la radio. Según ella, después de la guerra no será posible estar al tanto de toda la cultura que derramarán sobre ti las radios porque harán grabaciones de conferencias universitarias sobre todos los temas y se pasarán veinticuatro horas al día emitiéndolas.

Yo le dije que aquello me parecía espantoso y ella me dijo que era «un cínico tremendo».

Cuando llegamos, Betty-Lou tenía visita. Era un hombrecillo de Brooklyn con pinta de taxista. Llevaba un traje cruzado y una corbata chillona a pesar del tiempo y era evidente que se comportaba lo mejor que sabía. Había llevado a Betty-Lou una botella de borgoña de California y unas lonchas de rosbif frío. Phillip lo saludó de modo

displicente y se dirigió de inmediato a servirse carne y vino. Al hizo lo mismo y los dos ignoraron al hombre de Brooklyn.

Ryko y yo nos sentamos y nos sumimos en un silencio hosco. Phillip seguía comiendo rosbif con una mano mientras con la otra se puso a sacar libros de la estantería y pasar páginas con los dedos grasientos. Yo reuní fuerzas y le hice unas cuantas preguntas sobre la radio a BettyLou.

Al cabo de unos minutos el hombre de Brooklyn se levantó para irse. Nos dio la mano a Ryko y a mí. Miró inseguro a Al y a Phil. Phillip ahora estaba repasando una pila de discos y Al lo miraba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. El hombre de Brooklyn dijo:

–Bien, ahora tengo que irme.

Betty-Lou le acompañó hasta la puerta y le dijo que volviese otro día.

Phillip y Al tontearon con el fonógrafo hasta que lograron ponerlo en marcha, y decidieron escuchar un disco de El lago de los cisnes.

De repente, de la cocina salió corriendo una rata parda muy grande y se paró en mitad de la habitación. Se quedó allí indecisa un momento y luego soltó un chillido y entró corriendo en el cuarto de baño.

–¡Tierra bendita! –exclamó Betty-Lou–. Otra vez esa rata.

Se fue a la cocina y untó raticida de fósforo en una galleta salada. Partió la galleta y fue poniendo trozos dispersos en la cocina y el cuarto de baño. Yo sabía que aquello no serviría de nada porque las ratas aprenden a reconocer la pasta de fósforo. Y, además, en el apartamento había tantos agujeros que podrían entrar todas las ratas de Nueva York.

Llegaron entonces dos hombres y una chica y yo inicié una aburrida conversación con uno de los hombres. Hablábamos de la mala calidad de la ginebra cubana y de lo caro que estaba el licor en general. Me dijo que su bebida favorita era el whisky escocés y yo le dije que la mía era el coñac, pero que ya no se podía conseguir. Él me dijo que sí, que todavía se podía.

–Sí, a dólar el trago –dije yo. Respiré hondo y añadí que al parecer el coñac no podía producirse en ningún otro sitio más que en Cognac,

en Francia–. Ningún coñac de ningún otro sitio sabe parecido a ése.

Se quedó un momento pensándolo y dijo:

–El de California es terrible.

–No me gusta el coñac español –dije yo.

–Bueno –dijo él–, tampoco me gusta mucho el brandy.

Se produjo un largo silencio. Me disculpé, me fui al lavabo y me apoyé contra la pared para estar ojo avizor con las ratas.

Cuando volví, Al y Phillip se disponían a salir para comprar una botella de ron con dinero aportado por los dos hombres. Empecé a poner discos para impedir la conversación. Ryko hablaba con Betty-Lou y pude oír que hablaban de Phillip. Ryko parecía hacer progresos con ella.

Al y Phillip volvieron por fin con dos marineros franceses que habían recogido en el George's. Todo el mundo se puso a hablar en mal francés, excepto los marineros, que hablaban en mal inglés. Intentaban comunicar que eran personas respetables que no solían hablar con extraños y todos les aseguramos que eso estaba muy bien.

Finalmente, la partida se disgregó y salimos a la calle. Phillip quería comer algo, así que cogimos la Séptima Avenida para subir hasta el Riker's.

Phillip dio un golpe a un cartel de la parada de autobús que empezó a balancearse a un lado y a otro, así que Al dio un salto hasta un estante de madera para periódicos colocado delante de una tienda de chucherías y lo tiró. El griego salió corriendo de la tienda y agarró a Al, que tuvo que darle un dólar.

Más tarde, cuando ya estábamos sentados en la barra de Riker's comiendo huevos, Ryko me contó que a BettyLou no le había gustado nada Phillip.

–Hay algo podrido en él –le había dicho–. Lleva el olor de la muerte.

–Eso sí que es digno de mención, desde luego –dije yo.

Más tarde, cuando nos marchábamos de Riker's, Phillip me enseñó un dólar y me dijo que lo había robado del bolso de Betty-Lou.

MIKE RYKO

El miércoles resultó un día precioso. Uno de esos días de junio claros y frescos en los que todo está azul y rosa y tostado. Saqué la cabeza por la ventana del dormitorio de Janie y eché una ojeada. Eran las once pero todo se veía aún fresco e intenso como por la mañana temprano.

Janie estaba disgustada con Phillip y conmigo por llegar a casa tarde, de modo que no se levantó para prepararnos el desayuno, y Barbara estaba en su casa de Manhasset.

Salimos hacia la casa del sindicato y nada más torcer por la calle Diecisiete nos encontramos con Ramsay Allen esperándonos en las escaleras del edificio con una gran sonrisa en la cara.

Entramos en el vestíbulo y vimos que había un montón de trabajos nuevos en el tablero. Lo primero que hice fue volver a uno de los despachos y empezar a incordiar con lo de mi carné.

–No consigo sitio en ningún barco con este carné de miembro con atrasos –le dije al oficinista–, y tengo que zarpar inmediatamente porque estoy arruinado.

–Pues no puedo hacer nada por usted –dijo rotundamente.

Volví al lado de Phillip y Al. Estaban sentados en una fila de sillas y Phillip leía mientras Al lo miraba. Les conté lo que había dicho el funcionario.

Al dijo que conocía a una chica del Village que trabajaba en una de las oficinas de arriba.

–Intentaré arreglar algo –dijo, y se fue arriba a verla.

Volvió quince minutos después y nos dijo que había quedado con ella para almorzar. Phillip le dijo:

–¿Y con qué vas a pagarle el almuerzo?

Al dijo que estaría de vuelta al cabo de media hora con algo de dinero y se marchó.

–Bueno –le dije a Phillip–, me pregunto por qué nos estará ayudando.

–Probablemente piense que dejaré que se embarque conmigo –dijo Phil.

Sería la una menos cuarto cuando Al regresó con cinco pavos que había pedido prestados a unos amigos del Village. Se fue al piso de arriba y volvió a bajar con la chica del sindicato. Era fácil ver que la chica se había prendado de Al y tal vez estuviera dispuesta a hacer cualquier cosa por él.

Salimos a almorzar y fuimos a un restaurante español de la Octava Avenida. La chica dijo que comía allí cada día y que era un auténtico sitio de mañana.[1] Luego me preguntó qué problema tenía y se lo conté.

–Verás –concluí–, la razón por la que estoy atrasado en las cuotas y he superado el tiempo de permiso es porque estuve dos semanas con gripe y eso digamos que me estropeó el ritmo.

–¿Y no se lo contaste a ellos?

–Bueno –dije–, pensé que eso no cambiaría nada.

–Oh, sí –dijo ella–, aunque sólo hayan sido dos semanas.

Entonces empecé a congraciarme con ella preguntándole si conocía tal o cual sitio del Village, o si sabía quiénes eran tal y tal, y le recité una lista de mis viejos amigos izquierdistas. Conocía a algunos. Luego empecé a hacerlo demasiado exagerado y me puse a hablarle de mis actividades comunistas en Pennsylvania y de la vez que me habían detenido por agitador en el Boston Common. Aquello la impresionó. Se imaginó que yo era uno de los chicos.

Entonces Al empezó a contar historias graciosas y el almuerzo acabó convirtiéndose en una fiesta en miniatura, sólo que Phillip casi estropeó todo el tinglado al echarse a reír cuando la chica habló del «hombre de la calle».

Finalmente, Al quedó con ella para la semana siguiente y aquello cerró del todo el trato. Cuando terminamos, la chica se limpió la boca con una servilleta de papel y dijo:

–Bueno, me parece que algo podremos hacer con esa carta tuya, Mike.

De modo que volvimos todos a la calle Diecisiete y nos dijo que esperásemos mientras hacía unas cuantas llamadas por las oficinas.

–Tendré noticias definitivas para ti a las tres –dijo, y la acompañamos hasta la puerta del edificio sindical.

Pedimos una ronda de cervezas en el Anchor, y cuando Phillip se fue al servicio de caballeros Al me dijo:

–Bueno, Mike, de manera que ponéis rumbo a Francia. Te aseguro que me gustaría poder ir también.

–¿Y por qué no vienes? –dije.

–Phillip no querría, no sé. ¿Tú qué crees?

–No hemos hablado de eso. Por lo que a mí concierne me gustaría que vinieras con nosotros. Cuantos más seamos más nos reiremos, y contigo por allí nos las arreglaremos mejor, me imagino.

–Sí –dijo Al asintiendo con la cabeza–, creo que siendo tres nos las arreglaríamos mejor. Vosotros dos sois jóvenes y poco prácticos, no sabríais dónde encontrar comida o dinero.

–Eso es lógico –dije–. Sólo me imagino que nos moriríamos de hambre.

–Pienso que tienes razón –dijo Al. Luego continuó–: Mike, ¿por qué no convences a Phillip de que me deje ir con vosotros?

–Bueno –dije–, por mí no hay problema, como te he dicho. Y me imagino que no tengo nada que perder si trato de convencer a Phillip, puede que ceda. Seguro, se lo preguntaré.

–Explícale todos los argumentos sobre la comida y el dinero.

–Sí –dije.

–Hazlo, Mike.

–Lo haré.

Al me dio una palmada en el hombro y pidió otra cerveza para mí.

Volvió Phillip y Al y él empezaron otra vez a hablar de la Nueva Visión. Phil se preguntaba si quizás fuera imposible de alcanzar dado que todos estamos provistos de un número limitado de sentidos.

Al asintió con la cabeza y dijo:

–Eso es interesante. Pero podrías encontrar gran cantidad de material ocultista muy interesante en Yeats y también en la doctrina de la Cábala.

–Rimbaud se creía que era Dios –dijo Phillip–. Puede que ése sea el primer requisito. En la Cábala el hombre permanece en el umbral de la vida vegetal, y entre Dios y él sólo queda un velo brumoso. Pero supón que te proyectas verdaderamente a ti mismo como Dios, como el sol, entonces, ¿qué es lo que verás y sabrás?

–Sí –dijo Al–. Puede que ahí tengas algo de razón. Pero, desde luego, Rimbaud acabó fracasando después de una proyección de ese tipo.

–Por supuesto que sí –dijo Phillip con el puño cerrado–, y creo que yo entiendo el porqué, aunque no estoy seguro de poder explicarlo coherentemente.

–Bueno, inténtalo de todos modos –le animó Al amablemente, y frunció el ceño.

Ahí Phillip descartó el tema con un gesto y pidió más cerveza.

Finalmente llegaron las tres y volvimos a cruzar la calle para ir al sindicato. Llamé a la chica desde la entrada y me dijo a quién tenía que ir a ver. Le di las gracias por las molestias y luego Al cogió el teléfono y se puso a charlar con ella.

La funcionaria sindical me dijo que había sabido de mi caso tan especial a través de una hermana, y debido a las circunstancias estaba dispuesta a hacerme un carné nuevo. Mientras lo hacía, despisté un par de carnés en blanco y me los metí en el bolsillo por si acaso había futuras emergencias.

Volví con las buenas noticias a donde estaban Phillip y Al. Nos plantamos delante del tablero con otros marineros y nos pusimos a estudiar los fletes.

–Ahora seguro que encontraremos un barco –dijo Phillip.

–Si hoy no, mañana –dije yo. Luego le enseñé a Al los carnés en blanco que había distraído de la oficina. Me los quitó de la mano inmediatamente y se los metió en el bolsillo de la chaqueta. Lo hizo tan deprisa que Phillip ni se enteró. Miré a Al y él me miró muy serio.

Un minuto después Al dijo que tenía que marcharse para ir a hacer un trabajo de pintura en la calle Cincuenta y dos, y se marchó. Phillip y yo nos sentamos en un banco a esperar la lista de trabajos de las tres y media.

A las tres y media llamaban a marineros de cubierta. Presenté mi carné nuevo con otros cuatro marineros de primera y casi me desmayo cuando me adjudicaron uno de los trabajos. Phillip y yo rebosábamos de satisfacción y me encendió el cigarrillo con manos temblorosas.

Después vino la lista de grumetes, y Phillip inscribió su carné junto a otros diez más. El despachador iba pasando las tarjetas para comprobar las fechas de antigüedad.

Había un grumete que llevaba todo el día merodeando por la ventanilla de colocación, un mozalbete flaco como de diecisiete años que parecía medio retrasado. Le tiraron el carné a la cara como le venía pasando todo el día. Yo miré el carné y vi que llevaba un sello de «miembro con atrasos». No era lo bastante espabilado para irse a la ventanilla de turno libre, de modo que simplemente merodeaba en torno a aquella ventanilla todo el día, presentando aquel carné sin valor ninguno y viendo cómo se lo tiraban a su cara de sonrisa triste una y otra vez. Le dije lo que tenía que hacer, puesto que nadie más parecía tomarse la molestia, ni siquiera el despachador.

El carné de Phillip también fue rechazado, pero sólo había sido superado por una cuestión de horas de antigüedad. Volvimos a nuestros asientos y le dije:

–Ya saldrá algo.

El despachador decía por el micrófono:

–Una plaza de primera devuelta. Libre para un marinero de primera.

Ése era el mío.

–Mañana será nuestro día –dije–. Nos levantaremos temprano de verdad.

Me puse a pensar en el éxito de Al con la chica del sindicato y miré a Phillip, que había vuelto a abrir su libro.

–Al es un tipo increíble –dije–. Con él nunca tienes que preocuparte de nada.

Phillip levantó la vista del libro.

Decidí llegar hasta el final, así que le dije:

–¿Por qué no dejas que Al se embarque con nosotros? Se muere por venir.

–Esto... –dijo poniendo cara de tortura–. No. El objetivo verdadero de embarcarme es poder alejarme de él. Ya te lo dije.

–No lo entiendo –dije, y me encogí de hombros.

–Como no estás muy al corriente de los hechos, no espero que lo entiendas.

–Está bien –dije con frialdad.

Se habían hecho ya las cinco otra vez y Phillip sugirió que fuésemos a casa de Al para cenar con él. Pensaba que Al tendría algo de dinero de la pintura, pero yo sabía condenadamente bien que Al andaba corriendo arriba y abajo por toda la ciudad en busca de algún reloj donde fichar para que sus carnés en blanco quedasen sellados y así poder embarcarse con nosotros.

Cuando llegamos a casa de Al, encima de un club de jazz de la calle Cincuenta y dos, todavía no había llegado. Me tumbé en el sofá y Phil se sentó en el sillón a leer Europa.

Desde el sofá podía ver el patio, en el que había una pared vieja de escayola cubierta de enredadera con una grieta que a la clara luz del atardecer resultaba hermosa. Le dije a Phil:

–Mira esa pared de fuera, y esas hojas exóticas de la hiedra. Apuesto a que Montmartre es así.

Phillip se acercó a la ventana francesa y se quedó contemplando la pared. Yo, enseguida, me quedé dormido en el sofá.

Cuando me desperté, Al y Phillip estaban de pie junto al sofá diciéndome que me levantase. Me di media vuelta y me puse a pensar en un sueño que acababa de tener. Era sobre unos montes que había

visto en Tennessee. Entonces reflexioné en lo extraño que era que no soñase con barcos todos aquellos días, porque siempre que me voy a ir a navegar sueño con eso de antemano.

Un rato después la puerta se abrió apenas unos centímetros y la sombra del metro noventa de Will Dennison se deslizó al interior. Me sobresalté porque había entrado sin el menor ruido. Llevaba una chaqueta de sirsaca y un cigarrillo a medio fumar colgado de la boca. Se sentó en el sillón y Al y Phillip empezaron a contarle nuestro almuerzo con la chica del sindicato y lo bien que había salido todo. Me senté en el sofá y observé la reacción de Dennison.

Nunca se notaban grandes reacciones en Dennison. Hacía varios meses que lo conocía y todavía no sabía qué pensar de él. Era de Reno, Nevada, y había un no sé qué en su aspecto que sugería carreras de caballos y mesas de juego. Pero eso era sólo la impresión exterior. Hablaba con una voz cansina y malhumorada que incluía un matiz de refinamiento del todo incongruente. Y sabía que estaba mezclado en toda clase de actividades dudosas. Siempre estaba recibiendo llamadas misteriosas de Chicago, y algunos de los tipos que lo visitaban en su apartamento parecían bastante agradables si no fuera porque tenían todos un aspecto hermético, como secreto.

Al parecer Will tenía una mujer que seguía viviendo en Reno y le mandaba paquetes de comida, y cada Navidad, según contaban Phillip y Al, hacía las maletas y se iba de viaje al Oeste. Había algo claramente del Oeste en Dennison, y muchas veces me preguntaba por qué se quedaba en el Este. Desde luego se comentaba que había un ambiente muy poco saludable para él en el Oeste, donde se rumoreaba que se la había pegado a unos cuantos de por allí que estarían encantados de volver a verle. Evidentemente, su viaje anual por Navidad era de incógnito.

De alguna manera Dennison me recordaba a un vaquero. Pero no uno de esos vaqueros que ves en las películas montados en un caballo blanco y con un sombrero Stetson gris perla y una cartuchera doble bien repujada. Will es el vaquero que lleva chaqueta lisa y un medio Stetson, y que siempre está sentado en la mesa de cartas de la taberna y se retira silenciosamente con su dinero cuando el bueno y el malo empiezan a disparar.

9

WILL DENNISON

El miércoles por la noche fue la misma historia. Cuando volvía a casa del trabajo me paré en la de Al, y allí estaban sentados Ryko y Phillip. Parece ser que habían dormido hasta tarde, así que no habían podido conseguir barco, pero seguro que mañana, etcétera, etcétera. Ya me estaba asqueando y me imaginaba que aquello iba a seguir así durante semanas. Salimos a cenar.

En el pasillo nos encontramos con Agnes. Se había pasado el día entrevistándose con gente en el Centro de Detención y había descubierto que Hugh estaba realmente allí. Al día siguiente buscaría un abogado para que pudiera salir bajo fianza. Había dejado el trabajo, así que podía dedicar todo su tiempo al asunto. Le di el nombre de un abogado que conocía y que había sacado a un amigo mío sólo dos meses después de que le pillasen en un edificio de oficinas a las cuatro de la mañana con 1.500 dólares en el bolsillo que no eran suyos.

Le pregunté a Agnes si se unía a nosotros para cenar, pero dijo que no, que estaba sin blanca. Le dije que pagaba yo, y siguió diciendo que no. Siempre era así. Así que le di las buenas noches y me marché.

Los otros estaban esperando en la calle delante de la casa. Les dije:

–Agnes no quiere venir a cenar porque está sin blanca. Todavía hay gente con orgullo.

–La gente tiene ideas tontas –dijo Phillip.

–Sí –dije yo–, pero tú eres un artista. Tú no crees en la decencia y la honestidad y la gratitud. ¿Adónde vamos a comer?

Phillip dijo que él quería ir al Playhouse de la Quinta Avenida y ver Pépé le Moko después de cenar, así que decidimos comer por el Village. Cogimos el metro de la Séptima Avenida hasta Sheridan Square y nos fuimos a comer al Chumley's. Phillip empezó a pedir Pernods y daiquiris nada más llegar.

Después de la cena fuimos andando hasta el Playhouse de la Quinta Avenida. Phillip y Ryko entraron pagando la mitad porque enseñaron sus papeles de la marina mercante. Cuando ya estábamos en la sala, Phillip fue hasta la fila y se sentó el primero, luego fue Ryko, luego yo y finalmente Al.

Durante la película Al no dejaba de girar el cuello para observar a Phillip, y acabó cambiándose al otro lado de la fila de delante desde donde podía ver el perfil de Phillip sin obstáculos.

Después de la película nos fuimos a la MacDonald's Tavern, que es un sitio de ambiente de maricas, y estaba hasta arriba de mariconas, todas gritando y muy agitadas. De vez en cuando uno de ellos soltaba un chillido estridente.

Nos abrimos paso hasta la barra y pedimos de beber. Los maricones más viejos miraban descaradamente a Phillip, pero los más jóvenes fingían no reparar en él y permanecían de pie en grupos hablando y mirándolo por el rabillo del ojo.

Había varios marineros por allí y oí que uno de ellos decía: «¿Dónde están las mujeres en esta jodida ciudad?»

Un hombre maduro y bien vestido se puso a hablar con Phillip de James Joyce y le dijo a Phillip que no sabía nada de literatura, intentando colocarse en una posición dominante. Luego lo invitó a una copa.

Un hombrecito delgado de pelo negro y con una sonrisa ligeramente demente en la cara se acercó a Al y le pidió un cigarrillo. Al sacó su cajetilla y sólo quedaba un pitillo. El hombre le dijo:

–El último. Bueno, lo cogeré. –Y lo hizo.

Al lo miró con frialdad y volvió la cabeza. El hombre empezó a explicar que en el Village tienes que comportarte como un personaje. Él era de Hartford, en Connecticut, y estaba buscando a una mujer. Entonces descubrió a dos lesbianas que estaban junto al piano y se le iluminaron los ojos.

–¡Mujeres! –dijo.

Se fue hasta allí y se quedó detrás de ellas mirándolas con aquella sonrisa demente. Nos fuimos de MacDonald's al Minetta's, a la vuelta de la esquina. Phillip dijo:

–Me pregunto qué estarán haciendo esta noche Babs y Janie.

–Bueno, vamos a verlas más tarde –le dijo Ryko.

En el Minetta's estaba reunido el surtido habitual de personajes estúpidos. En una mesa se sentaba Joe Gould.

Un hombre tropezó con Al y le pidió perdón.

–No hay de qué –dijo Al.

El hombre le dijo:

–Le he pedido perdón porque soy un caballero, pero usted de eso no sabe.

Al se quedó mirándolo y el hombre añadió:

–Resulta que yo fui campeón interuniversitario de boxeo en la Universidad de Michigan.

Nadie dijo nada y al cabo de un rato el campeón se largó a otro sitio a molestar a otra persona. La gente de los bares siempre anda pretendiendo que son boxeadores, con la esperanza de disuadir así los ataques, como una serpiente negra que agita la cola entre las hojas secas para tratar de parecer una de cascabel.

Todos tomamos unas copas. Al se sentó junto a una chica muy guapa y empezó a hablar con ella. Phillip seguía en la barra y vi que le enseñaba sus papeles de marinero a alguien que intentaba enseñarle a él un documento para probar algo que había hecho en la última guerra.

Me senté con Al y la chica. Hablar con ella era un trabajo duro. Al le estaba contando la película y yo le conté que había estado en Argel.

Al oír eso la chica me miró con gran hostilidad y preguntó:

–¿Cuándo estuviste en Argel?

–En 1934 –dije.

Siguió mirándome con una expresión estúpida de rabia y sospecha.

Empecé a sentir una sensación que me era familiar de mis días de camarero, cuando era el único hombre cuerdo en una casa de locos. Eso no te hace sentir superior sino asustado y deprimido, porque no

hay nadie con quien puedas contactar. En ese mismo momento decidí irme a casa. Dije:

–Bueno, Al, mañana tengo que levantarme temprano. Creo que me marcharé ya. –Así que me levanté, salí y eché a andar hacia casa.

Cuando pasaba por delante del Tony Pastor vi a Pat, la gorila lesbiana, que estaba echando a la calle a un joven marinero borracho. El marinero decía: «Este jodido sitio está lleno de maricas.» Lanzó un puñetazo al aire y casi se cae de bruces, luego se alejó dando tumbos y refunfuñando.

Seguí andando hasta la Séptima Avenida, después subí hasta la calle Christopher para comprar los periódicos del día siguiente. Cuando volvía vi que delante de George's había una discusión, así que crucé para ver qué pasaba.

El dueño estaba en la puerta y discutía con tres personas a las que acababa de echar del local. Uno de los hombres no dejaba de decir:

–Yo escribo cuentos en el Saturday Evening Post.

–Me importa un bledo lo que hagas, Jack –le decía el dueño–. No te quiero en mi local. Y ahora lárgate. –Y dio un paso hacia el grupo.

Ellos se echaron atrás, pero cuando el propietario se volvió para entrar en el local, el hombre que escribía en el Saturday Evening Post se le acercó de nuevo y se repitió todo el proceso. Cuando ya me alejaba, el dueño decía:

–¿Por qué no os vais a algún otro sitio? Nueva York está lleno de sitios.

Tuve la sensación de que discusiones estúpidas como aquélla tenían lugar en las esquinas de las calles y en los bares y restaurantes de toda América. Por todo el país había gente que se sacaba credenciales de los bolsillos y se las ponía delante de las narices a otros para demostrarles que habían estado en algún sitio o habían hecho algo. Y pensé que algún día todos los habitantes de los Estados Unidos se alzarían de golpe y dirían: «¡No aguanto más mierdas!» y empezarían a empujar e insultar y arañar a quien tuvieran al lado.

MIKE RYKO

El jueves por la mañana a las diez en punto Phillip me tiró un vaso de agua a la cara y dijo:

–Venga, levántate.

Estaba durmiendo vestido en el sofá y Janie dormía en el cuarto. Phillip estaba todo peinado y arreglado preparado para salir.

Cuando llegamos al edificio del sindicato todavía estaba medio dormido, aunque reforzado por un café y un sándwich que tomé de un carrito de comidas de un griego.

Llamaron a una tripulación de cubierta completa justo cuando entrábamos en el vestíbulo. Fuimos corriendo a la ventanilla y entregué mi carné con otros seis marineros de primera. Sólo había siete carnés para nueve trabajos, así que estaba seguro de que por fin me darían un trabajo, pero el despachador devolvió dos de los carnés y uno era el mío.

–¿Qué coño pasa con mi carné? –dije a voces por la ventanilla.

–¡Eso! –quiso saber otro primera.

–Anoche hubo una reunión –dijo el despachador–, y vosotros no asististeis. La próxima vez sabréis que hay reunión, hermanos.

Cogí otro de los carnés de primera de la ventanilla y lo miré por detrás. Llevaba un sello que ponía: «Asiste Reunión 26 –junio– 1944».

Volví a sentarme en un banco y a maldecir.

Phillip estaba delante de mí.

–Bueno, ¿y ahora qué? –preguntó.

Le miré con expresión de impotencia y luego dije:

–Tenemos que planear algo.

Nos sentamos y estuvimos un rato pensando, y entonces decidí intentar una cosa que sabía que funcionaba.

–Ven –le dije a Phillip, y lo conduje a uno de los despachos de la parte de atrás.

Allí había un funcionario sindical que hablaba por teléfono. Apoyé las manos en su mesa y esperé a que me prestase toda su atención. Siguió hablando diez minutos más y luego colgó.

–Escucha, hermano –le dije–. Acababan de darme un trabajo y el despachador me ha devuelto el carné diciéndome que no tenía el sello de la reunión de anoche. ¿Significa eso que no puedo encontrar barco?

–Eso significa que tienes que ir a la ventanilla de turnos libres, hermano.

–Bueno, ninguno de los dos –me volví e hice un gesto hacia Phillip– pudimos asistir a la reunión de anoche porque estábamos en Washington. Nos bajamos allí hace un par de días para ver los debates sobre la Ley Pillsbury, la de la posguerra, en el Senado y en el Congreso. Verás, nos emborrachamos y decidimos ir hasta allí porque...

–¿Y qué os parecieron los debates? –me interrumpió el funcionario.

–Vaya –dije, volviéndome hacia Phillip–. Ni Phil ni yo habíamos visto nunca nada igual. Era indignante estar allí sentado y oír a aquellos reaccionarios demócratas del Sur, aquellos cabrones del impuesto de ricos como John de Georgia y Banken de Mississippi haciendo discursos contra una ley como la de Pillsbury.

El funcionario tenía una ligera sonrisa en el rostro. Yo ya iba a decir algo más cuando sonó el teléfono. El hombre estuvo un minuto ocupado, después colgó, y yo volví a empezar:

–Así que, como te decía...

–A ver esos carnés –me interrumpió, y extendió la mano. Le dimos los carnés y les puso un sello.

–Gracias –dije muy serio, como un hermano al que el sindicato acaba de pagarle la fianza para salir de la cárcel después de una huelga.

Salimos de allí. Miré los carnés. Llevaban un sello: «Asiste Reunión

26 –junio– 1944».

–Has estado estupendo –dijo Phillip.

–La psicología –dije yo– es que quieren tener en los barcos tanta gente inteligente de izquierdas como sea posible para difundir el dogma y convertir a unos bobos simplones en portavoces de la clase obrera. Lo que es prácticamente igual a decirnos: «Difundid el mensaje, muchachos.»

Nos encontramos a Ramsay Allen que nos buscaba por el vestíbulo y le contamos lo del funcionario sindical. Al movió la cabeza con admiración. Luego, mientras Phillip estaba en el vestíbulo comprando tabaco, le pregunté a Al qué pensaba hacer con los carnés en blanco.

–No voy a hacer nada –dijo–. Phillip dijo que no me dejaría ir en el mismo barco que él. Es inútil.

Me encogí de hombros y me sentí mejor.

Phillip volvió y nos quedamos por allí mirando el tablero de fletes.

–Tengo la corazonada –le dije a Phillip– de que hoy o mañana conseguiremos nuestro barco.

Al no dejaba de mirar a Phillip todo el tiempo, y Phillip no le prestaba la menor atención. Finalmente le dijo:

–No sé por qué no dedicas la tarde a conseguir dinero en vez de rondar por aquí.

–Bueno, sí, es una idea –dijo Al–. Creo que podría encalar algo para la anciana señora Burdett.

–Bueno, entonces adelante –dijo Phillip, y Al se marchó inmediatamente.

Phil y yo almorzamos algo y nos tomamos una cerveza en el Anchor, seguimos por el vestíbulo en espera de trabajo, leímos, dormitamos en los bancos y finalmente casi era otra vez la hora de cerrar. Habíamos dejado pasar varios trabajos en petroleros porque queríamos ir en un carguero. Ahora que nuestros carnés eran buenos, nos poníamos quisquillosos. Los petroleros que iban a Francia fondeaban a distancia de la costa y no nos sería posible desertar del barco.

Justo antes de las cinco regresó Allen y nos enseñó un billete de diez dólares.

–Bueno, bueno –dijo Phillip–, no me digas que has ganado todo eso.

Al nos enseñó dos papeletas de empeño de dos brillantes pequeños. Phillip quiso saber de dónde había sacado Al los brillantes. Al le dijo:

–He estado pintando en casa de la señora Burdett y mientras ella estaba fuera con el perro me los encontré en un cajón del vestidor. Pero sus dos gatos me vigilaban.

–¿Te refieres a la anciana señora Burdett, de Memphis, con la que siempre tomas el té cuando te has quedado sin dinero?

–Sí –dijo Al–, una vieja amiga de la familia.

–Bueno, buen trabajo –dijo Phil–. Ahora vamos a gastárnoslo.

–¿No hay barco? –inquirió Al, gozoso.

–Mañana será otro día –dijo Phillip.

Paramos primero en el Anchor y nos tomamos un whisky con soda cada uno. El local estaba atiborrado de marinos que habían conseguido un trabajo durante el día y estaban bebiendo y recargándose para el largo viaje.

Decidimos ir a ver una película francesa en Times Square y cogimos el metro. Cuando llegamos echamos un vistazo alrededor hasta que encontramos un sitio italiano de espaguetis y nos metimos allí.

Al y yo pedimos dos botellas de cerveza y Phil un jerez. Se había comprado el PM y estaba mirando el mapa militar mientras se tomaba el jerez y hablaba del frente. Entonces llegaron nuestros espaguetis. Me fui hasta el mostrador y cogí un gran salero con páprika para echar en la salsa de carne.

Cuando terminamos de comer Phil empujó el frasco de páprika hacia Al y dijo en voz alta:

–Venga, Allen, a ver cómo te comes una cucharada de esto. Keats lo hacía.

–Bueno, yo no sé si… –dijo Al.

–Te limpia el estómago –iba diciendo Phil de manera que los de la mesa de al lado le oyeran–. Será bueno para tu úlcera. Si Keats lo hacía, ¿por qué tú no?

Así que Al cogió una cuchara grande de las de comer espaguetis y echó un poco de páprika roja en ella. Luego se metió la cucharada entera en la boca y la aguantó allí. Los ojos se le llenaban de agua mientras trataba de mantener la sonrisa.

–Toma –dijo Phillip, empujando sobre la mesa un vaso de agua hacia él–. Tómatelo con agua. Lo empeora.

Le alargué un trozo de pan a Al y le dije:

–Come un poco de pan para hacer bajar la pimienta.

–El agua lo empeora –insistió Phillip–. El pan es un intermedio.

De manera que Al se bebió el agua y las lágrimas le corrían por las mejillas de tanto como le ardía. De vez en cuando agitaba la cabeza y decía: «¡Uuuh!» y después sonreía a Phillip. Todo aquello era muy molesto e insistí en que Al tomase pan.

–Esto no nos lleva a ninguna parte –dije yo, pero no me escuchaban.

Así que Al seguía diciendo sus «¡Uuuh!» sonriéndole a Phillip, como un idiota que está quemándose en la pira y sonríe y menea la cabeza y va diciendo: «¡Chico, cómo duele!» a sus torturadores.

Finalmente, el incidente se desinfló, nos levantamos y Al pagó la factura.

Cuando salíamos ya del local Phillip cogió un macarrón muy largo del expositor de comidas del escaparate y se lo llevó como si fuera un bastón. Una vez en la acera, se puso el extremo del macarrón en la bragueta y parecía que estuviera lanzando un chorro de pis. Los hombres que pasaban con las prisas de la hora punta vespertina se quedaban mirando hasta que veían que no era más que un macarrón y seguían andando. Las mujeres volvían la cabeza hacia otro lado y fingían no darse cuenta. Phillip siguió andando hacia el Teatro Apollo con el macarrón contra la bragueta, de modo que parecía un tío que va meando mientras camina.

Al compró las entradas y nos metimos en el Apollo. Fuimos al piso de arriba para poder fumar mientras veíamos la película.

Justo en el hueco que hay a la derecha de la platea suele haber un grupo de maricas al acecho que la mitad del tiempo miran la película y el resto escrutan las butacas en busca de alguna buena perspectiva. Estaban allí de pie mirándonos de reojo mientras subíamos las escaleras cuando Phillip salió corriendo hacia los ceniceros y volvió a ponerse el macarrón en la bragueta y a agitarlo sobre el cenicero como si meara salpicando. Los maricas se escurrieron como cangrejos.

Bajamos y buscamos sitio en la primera fila del anfiteatro y encendimos unos pitillos.

El muelle de las brumas trata de un desertor del ejército francés que está en Le Havre intentando largarse del país. Todo está arreglado, tiene un pasaporte y ya ha subido a un barco, cuando se le ocurre la idea de regresar para ver una vez más a su chica antes de zarpar. El resultado es que un gángster le pega un tiro en la espalda y el barco zarpa sin él. La última escena es el barco saliendo de Le Havre sin él.

Durante la película Al, que estaba sentado entre Phillip y yo, estuvo muy callado. Cuando se terminó me volví hacia él y le pregunté si le había gustado.

–Es la mejor película que he visto en mi vida –dijo, y me fijé en que tenía los ojos húmedos.

Nos quedamos a ver otra película, una inglesa, y a mitad de ella Al se fue y volvió al cabo de cinco minutos con tres batidos de chocolate frío. Phillip cogió el suyo y se lo bebió sin decir una palabra. Yo le di las gracias a Al por el mío.

Después de la sesión salimos del cine y fuimos andando hasta la Octava Avenida a tomarnos unas copas.

En la esquina de la Octava Avenida con la calle Cuarenta y dos, un viejo flaco de pelo blanco estaba detenido en mitad de la acera y miraba al cielo alzando las manos juntas. De vez en cuando alguien se paraba y miraba para arriba. Cuando veían que no había nada, seguían andando sin hacer comentarios ni cambiar de expresión. La mayoría simplemente pasaban al lado y no lo veían. Supongo que estaba rezando.

Fuimos a un bar de la Octava Avenida cerca de la calle Cuarenta y tres. Había allí unos cuantos personajes grasientos, de aspecto turbio y traje oscuro, un jugador con una corbata chillona y una sortija de brillantes, varias putas, un ramillete de maricas y cantidad de soldados. Contra ese telón de fondo, aquellos jóvenes militares eran

una nota discordante, estaban tan fuera de sitio como si hubieran invadido un país extranjero o unas ruinas.

Nos quedamos allí un rato bebiendo cerveza, porque no estábamos de humor para emborracharnos, luego nos marchamos y cogimos el metro hasta Washington Square. Al estaba un poco incómodo en ese momento porque sabía que no sería bien recibido en el apartamento 32.

Cuando llegamos allí encontramos a Janie y Barbara. Acababan de tomarse un café en la Cafetería Waldorf después de estar esperándonos a Phillip y a mí durante horas, y ahora estaban de muy mal humor.

–¿Dónde demonios habéis estado? –quiso saber Janie.

Me senté en una silla con el gato en el regazo, Phil se sentó en el sofá al lado de Barbara y Al se sentó en el almohadón blanco, en medio del cuarto, y sonrió a todos en general. Cuando Janie fue a la cocina a buscar comida para el gato, Al se levantó de golpe y le preguntó:

–¿Quieres que te ayude?

Encendí la radio y busqué una música de baile bien fuerte porque todos estaban antipáticos y tensos. Barbara estaba enfurruñada, y Phil hojeaba un ejemplar del Santuario de Faulkner. Yo me tumbé en el otro sofá y me puse a echar una cabezadita.

Me desperté justo a tiempo de oír a Janie gritar: «¡Lárgate a tu casa!» y ver cómo le tiraba un libro a Al. Le dio en el hombro. Barbara ya se había ido a casa y Phillip estaba tumbado en el sofá. Janie se metió en el cuarto dando un portazo.

Al miró a Phillip como consultándole.

–Será lo mejor –dijo Phillip.

–Pues bueno, buenas noches –dijo Al, y salió del apartamento.

Yo me fui al dormitorio y cerré la puerta tras de mí.

–Ese de ahí fuera –dijo Janie cuando empecé a desnudarme–. Mejor será que te andes con cuidado con él.

–¿Con quién?

–Con Phillip.

–¿Qué pasa con él?

–Ya sabrás por qué quiere irse a navegar contigo, ¿no?

Tiré los pantalones sobre la silla y dije:

–No, ¿por qué?

–Porque es marica y quiere hacérselo contigo.

–¿Qué?

–No me digas «qué». Cuando se tire encima de ti una noche en alta mar ya sabrás de qué te estoy hablando.

Suspiré, sacudí la cabeza y le lancé una mirada compasiva. Pero ella continuó:

–Ramsay Allen lo conoce mejor que tú, así que, adelante, sigue igual de sabelotodo.

–Estás chalada –le dije.

–Llevas un año entero viviendo conmigo, me has prometido que te casarías conmigo, te he estado dando dinero y ahora empiezas a andar por ahí con una panda de maricas y no vuelves a casa por las noches.

–Así que por Ramsay Allen ha andado zumbándote en los oídos –dije–. ¿No sabes que ése diría o haría cualquier cosa para estropear ese viaje?

Janie se puso a gritar.

–Mira, antes de que te enteres tú también serás un marica de mierda. A lo mejor ya lo eres.

–¿Cómo es que te crees todo lo que te dice Al? –pregunté.

–Te has estado follando a esa zorra de Helen, le has estado dando dinero y a mí nunca me das nada.

–Pero ¿de dónde has sacado esa idea? –dije.

–¿Crees que soy idiota? –dijo–. ¿Crees que no me entero de lo que pasa aquí?

–Bueno, ¿y qué pasa?

–Que te vas a ir a Reno con ese tahúr de Dennison, eso pasa. Piensas que te vas a librar de mí, pero no te saldrás con la tuya.

–¡Oh, por Dios Santo! –dije.

Entonces me di la vuelta a toda velocidad cuando vi que lanzaba la rodilla contra mis huevos. Luego empezó a darme puñetazos en un lado de la cara con aquellos nudillos duros y flacos. De modo que le solté una con la mano abierta.

Al lado de la cama había una mesa pequeña que tenía un cenicero grande con una pila de colillas y ceniza, además de libros, papeles, un despertador, vasos vacíos, frascos de perfume, limas de uñas, un mazo de naipes y un bote de polvos de talco. Al caer Janie tropezó con el borde de la mesa y la volcó, así que todo aquello se le cayó por encima. Se quedó allí tirada, escupiendo colillas de cigarrillos, la cara cubierta de ceniza y polvos de talco y el vestido levantado por encima de las rodillas.

–¡Eres un cabrón! –gritó–. ¡Quieres echar a perder toda mi belleza!

De modo que salí de allí y me marché a la otra habitación.

Phillip estaba sentado en el sofá.

–Cariño –me dijo en voz bien alta–, no puedo ocultar mi amor por más tiempo...

–¡Cierra la boca, por Cristo bendito! –dije yo.

Se oían sollozos procedentes del dormitorio.

Al cabo de un rato volví al lado de Janie. Seguía sentada en el suelo, de modo que la levanté, la puse en la cama y empecé a besarla.

Pocos minutos después se levantó y se arregló la cara. Volvió a la cama junto a mí y dijo:

–Cuando vuelvas de este viaje buscaremos otro apartamento.

A la mañana siguiente Phillip y yo nos las arreglamos para levantarnos bastante temprano y Janie, que ya había hecho las paces con los dos, nos frió unos huevos con beicon para desayunar y nos despachó a la calle. Ella iba a pasarse el día limpiando el apartamento.

Justo antes de la hora de cierre del sindicato, Phil y yo conseguimos nuestro barco. Era el Harvey West, un buque Liberty que estaba de escala en Hoboken.

–Preséntense mañana por la mañana a las ocho en punto –nos dijo el despachador–, y con todos sus bártulos.

Volvimos a la oficina y recogimos las hojas de trabajo.

–Bueno –dijo Phillip–, ya está.

–Sí –dije yo–. Vamos a celebrarlo.

11

WILL DENNISON

El viernes por la noche después del trabajo encontré a Helen y nos fuimos juntos a mi apartamento. Pero Al, Phillip y Ryko me estaban esperando en las escaleras. Saludé a Al y miré con asco a Mike y Phillip sin decirles nada.

–Bueno –dijo Phillip–, mañana zarpamos. Nos han enrolado en un barco y tenemos que presentarnos en el muelle mañana por la mañana.

–¿Puedo contar con ello? –dije–. Ya estoy harto de todas esas salidas frustradas.

–Esta vez es seguro. Así que ahora, en vista de que nos marchamos, ¿por qué no haces un gesto de generosidad y nos invitas a todos a cenar?

–Si estuviera seguro de que os marcháis de verdad, os llevaría al Colony, pero como no puedo estar seguro, haremos un apaño y comeremos aquí. –Empecé a subir las escaleras con Helen y todos nos siguieron.

Helen se sentó en el sillón antes de que Phillip pudiera ocuparlo. Me fui hasta el escritorio y cogí una hoja de papel.

–Haré una lista –dije.

–¿Qué me dices de un filete? –dijo Al–. He visto unos en la calle Bleecker.

–Bien –dije–. Y tráete una botella de Dubonnet y agua de seltz. –Anoté los artículos en el papel–. Un poco de queso azul, pan italiano, mantequilla, manzanas, y no te olvides de traer hielo para el Dubonnet. –Le tendí la lista a Al.

–¿Y qué tal un poco de ron? –dijo Phillip.

–No –dije yo–. El Dubonnet es mejor para el verano. Además, no quiero tirar el dinero.

–No seas burgués, Dennison –dijo Phillip–. Después de todo, mañana zarpamos. Puede que nunca nos vuelvas a ver.

–Soy el burgués tardío Rimbaud –dije–. Y si no volvéis, os recordaré siempre justo como sois ahora.

Di diez dólares a Al. Phillip se puso a revolver en el cajón de mi escritorio y dijo que quería ponerse unos pantalones cortos.

–Sí –dijo Al dando un salto que hizo que se oyeran crujir sus articulaciones–, ¡una idea maravillosa!

No le quité el ojo a Phillip hasta que hubo pescado en el cajón dos pares de pantalones cortos que yo usaba de vez en cuando para hacer ejercicio en el gimnasio. Le alargó unos de los pantalones a Al y se cambiaron los dos allí mismo en mitad del cuarto.

–No os preocupéis por mí, chicos –dijo Helen.

–¿Tenéis intención de salir a la calle vestidos así, tíos? –dije yo.

–Por supuesto –dijo Al.

Me volví hacia Ryko y le dije:

–Será mejor que cojas tú los diez dólares y hagas la compra. Esos dos imbéciles harán que los detengan por exhibicionismo.

Ryko cogió los diez dólares y la lista de la compra y se marcharon los tres.

–¡No olvidéis el hielo! –les dije cuando salían por la puerta.

Dediqué toda mi atención a Helen, pero ella no paraba de decir que los otros estarían de vuelta en cualquier momento y yo le dije que eso a mí me daba igual. Y ella dijo tímidamente: «Después de todo...», y yo me indigné.

Phillip volvió a los pocos minutos con un paquete pequeño que contenía el vino.

–¿Dónde está el hielo? –pregunté–. ¿Dónde está el agua de seltz? Esta bebida no se puede tomar sin hielo y sin seltz.

–Oh, mandé a Al a buscar el hielo –dijo Phillip–. Viene en unos trozos grandes muy pesados, ¿sabes? Ryko traerá el resto de las cosas. –Otra vez estaba revolviendo en el cajón de la mesa–. ¿Dónde diablos

está el sacacorchos?

Le dije que no tenía, que tendría que pedirlo prestado a la casera, así que se fue al piso de arriba.

Alguien llamó a la puerta. La abrí y allí estaba Ryko con los dos brazos llenos de paquetes. Dijo:

–Jesús, qué vergüenza tener que andar por ahí con esos dos tíos en pantalón corto. Creí que los espaguetis de la calle Bleecker iban a liarla. No paraban de silbarles.

Me puse a abrir los paquetes y sacar las cosas. Había varios filetes gruesos estupendos, un poco de queso azul fresco y cremoso, una bolsa pequeña de manzanas y una barra larga de pan italiano. Le enseñé las manzanas y dije:

–Éstas van muy bien con el queso.

Ryko estaba sentado en el sofá y dijo:

–Sí.

Phillip volvió con un sacacorchos. Yo le dije que me dejase hacerlo a mí, puse la botella entre las rodillas y la abrí. Hizo un ruido fuerte.

–¿Todavía no ha vuelto Al con el hielo? –dijo Phillip–. ¿Qué pasa con él?

Helen estaba sentada fumando con las piernas cruzadas de manera que se le veían los muslos. Me senté a su lado y le acaricié la pierna. Phillip le pidió un cigarrillo y ella se lo dio sujetando el paquete con el brazo estirado. Él lo cogió y dijo «gracias». Ella no le contestó y giró la cabeza.

En ese momento llegó Al, empujó con el hombro la puerta a medio abrir, y se fue corriendo hacia el fregadero para soltar un gran trozo de hielo envuelto en periódicos. Se quedó allí de pie frotándose las manos entumecidas de frío. Luego intentó, juguetón, poner las manos heladas encima de Phillip, que lo esquivó.

–¿Dónde está el agua de seltz? –pregunté.

Ryko se levantó y dijo que iba a salir a buscar una botella. Así que yo me fui hasta el fregadero, rompí el hielo con un puñal que utilizaba para todo y puse hielo en cinco vasos. Después serví un chorrito de

Dubonnet en cada vaso. Para cuando hube terminado con eso, Ryko había vuelto con el agua de seltz. Eché un chorro en cada vaso.

–Que cada uno coja el suyo –dije, y me adjudiqué el que tenía más Dubonnet. También cogí otro vaso y se lo ofrecí a Helen. Yo estaba sediento de trabajar todo el día, y rellené mi vaso antes de que cualquiera de los otros hubiera probado el suyo.

A mitad de esa segunda copa hice una pausa.

–¿Quién va a preparar la carne? –pregunté.

Al dijo que la cocinaría él. Había un hornillo de gas en el vestíbulo del último piso.

–Siempre puedes fiarte de mamá Allen –dijo Phillip, y luego cogió un filete tal cual y salió por la puerta saludando con la mano de la que colgaba el filete.

Al cogió el resto de la carne y un poco de mantequilla y se fue zumbando detrás de él.

Terminé mi copa y me serví otra más. Ryko estaba leyendo a T. S. Eliot en el sofá y yo empecé a besarme con Helen y a acariciarle la pierna. No llevaba bragas, pero me paró la mano antes de que pudiera llegar hasta arriba.

Pocos minutos después reapareció Phillip y se sentó en el suelo con su Europa. Le dije:

–De ese libro tienes que leer la escena de la paliza. Es lo único que vale la pena.

–¿Al está solo allá arriba? –preguntó Ryko.

–¿Cómo voy a saberlo? –dijo Phillip–. No estoy allí, ¿no ves?

Ryko se levantó.

–¿Adónde vas? –le pregunté.

–Creo que subiré a ayudar –dijo, y se fue.

Un minuto después Phillip cerró el libro de golpe y se fue para arriba también.

Yo serví un Dubonnet flojito para Helen y uno fuerte para mí. Me

aseguraba de tomar lo suficiente.

Finalmente, Ryko bajó con el primer trozo de carne en un plato. Lo colocó sobre el brazo de mi silla y dijo:

–¿No es la leche?

Y yo le contesté:

–Sí.

No veía ningún cuchillo por allí y mi puñal no es lo bastante afilado como para cortar nada con él, así que arranqué un trozo de filete para Helen y otro para mí. Ryko arrancó también un trozo para él y nos pusimos a comer. El mío no tenía suficiente sal, así que fui y cogí un poco de encima de la nevera.

Mientras estaba cogiendo la sal desempaqueté el pan y partí un trozo y luego se lo ofrecí a Helen y a Ryko con una mano mientras, con la otra, me embutía en la boca un trozo. Me sentía un poco tenso y hambriento.

En ese momento llegaron Al y Phillip. Al traía una sartén grande con dos filetes chisporroteando. Dejó la sartén sobre la plancha eléctrica para que se enfriase. Después preparó una copa para Phillip y se la dio.

Cuando la sartén estuvo fría, Al la puso en el suelo y Phillip y él se sentaron uno frente a otro con las piernas cruzadas y los filetes entre ellos. Luego Phillip empezó a rugir como un leopardo, cogió un trozo grande de carne y lo desgarró con los dientes. Al quiso coger la carne de Phillip y Phillip hizo un movimiento como de zarpa con la mano, gruñendo y rugiendo. El jugo del filete les caía mandíbulas abajo y les goteaba en las piernas.

–¿Has visto esas fotos del Life de un león que mató a su hermano por un trozo de carne? –le dije a Ryko–. Primero se ve la carne que han tirado dentro de la jaula, luego un león que la coge entre los dientes y empieza a arrastrarla hacia una esquina, luego el otro león intenta hacerse con la carne y entonces el primer león le da un buen zarpazo en la cabeza y le rompe el cuello. En la última escena ves al león caído de espaldas con las patas en el aire. –Y levanté las manos al aire y las agité para mostrar cómo estaba el león muerto.

–¿Sí? –dijo Ryko–. Debía de estar bien.

En ese momento decidí que sería mejor jugar al juego del león si quería mi filete, así que empecé a gruñir y rugir y me hice con un trozo de la carne. Todos menos Helen gruñíamos y creo que Phillip era el que mejor lo hacía.

La carne se acabó, así que saqué el queso. Para entonces ya había tenido bastante del rollo de los leones. Nos comimos el queso y el pan italiano y las manzanas, que es una combinación maravillosa. Luego nos sentamos y encendimos unos cigarrillos y nos terminamos casi todo el Dubonnet.

Helen estaba sentada en mis rodillas y empecé a tener una erección. Ryko no dejaba de mirarle las piernas desde el otro lado de la habitación.

–Eres una chica deliciosa –le dije al oído.

Seguimos sentados ahí un rato más y finalmente Helen se levantó y dijo que tenía que volver a Queens, se estiró el vestido para abajo y se lo alisó.

–Deja la puerta abierta –dijo Al–. Necesitamos que entre un poco de aire.

En el vestíbulo le pregunté a Helen si la vería en el Chumley's el lunes por la noche y me dijo:

–Sí, si estás tú solo. –Y bajó las escaleras.

Volví a la habitación y empecé a pasear. Llevaba puesta mi vieja chaqueta de sirsaca que tenía un agujero en el codo no más grande que una moneda de diez centavos. De repente Phillip metió el dedo índice en el agujero y tiró fuerte. La manga entera se rajó del codo para abajo. Entonces Al saltó como un chacal y empezó a desgarrarme la tela de la espalda. La chaqueta era tan vieja que se rasgaba como el papel. Pronto lo que me colgaban eran jirones.

Entonces me quité lo que quedaba de la chaqueta, me senté y me puse a atar los trozos unos con otros en una cuerda larga. Phillip me ayudó y después Al también se puso a ello. Acabamos haciendo una soga larga con toda la tela de la chaqueta y la estiramos alrededor del cuarto como una guirnalda. Y los cuatro nos sentamos a contemplarla.

Al cabo de un rato Phillip quiso salir a beber algo en un bar. Decidí que yo no iría, porque sabía que los gastos correrían de mi cuenta. Ryko dijo que quería ir a una casa de putas y Phillip dijo:

–Sí, eso, Dennison, ¿por qué no nos invitas a una casa de putas?

–Pero qué pasa con vosotros los jóvenes, ¿es que no podéis conseguir mujeres por vosotros mismos? –dije–. Todas esas chicas universitarias que andan por Washington Square a las que les gotea el jugo entre las piernas. Pues vaya, cuando yo tenía vuestra edad era como un toro joven. Si tuviera cabeza para eso, os podría contar historias que os pondrían la polla dura. –Me acerqué cojeando como un viejo y le di con un dedo a Phillip entre las costillas y solté una carcajada.

Luego me puse derecho, dejé de lado el número del viejo y le pregunté:

–¿Por qué no te tiras a Barbara?

–No lo sé. Es virgen.

–Bueno, Phillip –dijo Al–, yo no creo que te la quieras tirar.

Phillip miró a Al.

–No es eso. Es que ella no sabe lo que quiere. Está muy confusa.

–Llevas meses dándote el lote con ella –dijo Ryko desde el otro lado de la habitación–. ¿Por qué no te decides y te la follas?

Al no hizo caso de ese comentario y miró a Phillip muy serio.

–No sé por qué siempre tienes que andar con todos esos líos emocionales tan complicados con las mujeres –le dijo–. ¿Por qué no puedes tener una actitud normal con ellas?

Sí, me dije para mis adentros, por qué no podemos librarnos de una vez de las mujeres. Y en voz alta, dije:

–Al tiene razón, muchacho. –Imité un tono de voz a lo Lionel Barrymore–. Las mujeres, Phillip, son la raíz de todos los males.

Oímos unas risas tontas fuera, en el pasillo, y entró volando en la habitación un billete de dólar todo arrugado que cayó en el suelo a los pies de Ryko.

–¡Dinero para la casa de putas! –dijo una voz de chica.

–Es Janie –dijo Ryko, y se puso de pie de un salto–. Y Barbara también.

Se fue hacia la puerta y oímos pasos que bajaban corriendo las escaleras.

–¿Adónde vais? –gritó Ryko–. ¡Eh!

Phillip y Al estaban de pie. Al miraba a Phillip indeciso. Ryko estaba fuera en el vestíbulo y un momento después le oímos gritar:

–Oye, Phil, ven antes de que se larguen. Se van corriendo a la calle.

Phillip salió por la puerta y Al se precipitó tras él. Yo me levanté y me acerqué al borde de las escaleras.

Phillip daba grandes voces a Ryko, que ya estaba abajo en la puerta de la calle:

–¿Las ves?

–No, ya no las veo –le contestó Ryko, gritando–. Se han ido hacia la Séptima Avenida.

–Bueno –dijo Al–, si se han ido, supongo que será mejor olvidarnos de ellas.

Phillip se volvió muy irritado.

–Vete al carajo, viejo marica –le dijo y echó a correr escaleras abajo.

Al titubeó un momento sin mirarme y luego salió corriendo tras ellos a grandes saltos por las escaleras.

Volví a mi cuarto y fui hasta la ventana. Ryko estaba plantado en la esquina de abajo y le gritaba a Phillip que se diese prisa. Después desaparecieron por la esquina y vi que Al les seguía andando rápido con sus zancadas de siempre.

Me terminé el último centímetro que quedaba de Dubonnet, cerré la puerta y me senté en la silla a fumar. Pensaba que ya era hora de lavarme los dientes cuando sonó el timbre. Eran Phillip y Al.

–¿Me prestas cinco dólares? –dijo Phillip.

–¿Para qué? –le pregunté.

–Tengo que coger un taxi para seguir a esas mozas.

–Bueno –le dije–, lo siento mucho, Phillip, pero me coges en mal momento.

Todo aquello a mí me parecía una tontería y no me había gustado su tono, que era bastante perentorio.

–Sí que tienes –me dijo–. Vamos, déjamelo.

–Lo siento –le dije seco y frío.

Vio que lo decía en serio y se levantó.

–Bueno, si no quieres prestármelo, me imagino que tendré que sacarlo de algún otro sitio.

–Muy probablemente –le dije.

Al había estado allí sentado todo el tiempo sin decir palabra. Phillip salió y Al me dio las buenas noches desde la puerta.

12

MIKE RYKO

Phillip y Al regresaron de casa de Dennison y Phillip dijo que no había podido sacarle dinero prestado. Yo estaba sentado en la cama de Betty-Lou, hablando con ella y admirando su camisón de aspecto oriental. Le había estado contando lo infeliz que era con Janie y de vez en cuando le cogía la mano.

–Bueno –dije–, pues volvamos al George's. Puede que estén allí.

–¿A quién estáis buscando? –preguntó Betty-Lou.

–A unos amigos –dije, y me levanté de la cama.

Al empezó a hablar con Betty-Lou y ella ya estaba dispuesta a saltar de la cama y hacer de anfitriona cuando Phillip se marchó por la puerta y Al y yo le seguimos.

Nos encontramos a Barbara deambulando por la Séptima Avenida.

–¿Dónde está Janie? –dijo Phillip–. ¿Qué estás haciendo?

Barbara estaba un poco borracha y dijo «George's», así que nos fuimos todos al George's y allí estaba Janie, con un marinero que la invitaba a whisky con soda. Tanto Barbara como Janie vestían sus mejores galas, y ambas estaban un poco borrachas.

–Cabrón –fue lo primero que me dijo Janie, y luego nos tomamos unas cuantas copas y decidimos ir hasta el Minetta's.

El marinero todavía andaba por allí. Y se quedó mirándome.

–¿Cuál es el rollo? –dijo.

–Es mi mujer –dije, y nos marchamos todos.

Camino del Minetta's Al tenía que andar unos metros por detrás porque Janie y Barbara no querían dejarle que fuese a nuestro lado. Así que simplemente nos seguía como una sombra, con sus zancadas largas y ágiles.

Llegamos al Minetta's y nos sentamos en dos mesas distintas. Janie no quería dejar que Al se sentase con ella, y Barbara estaba en una mesa con Joe Gould y otros cinco o seis personajes típicos del Minetta's, de modo que Al se sentó solo en una mesa.

Phillip estaba sentado al lado de Barbara y de vez en cuando apoyaba la cabeza en su hombro. Luego, de repente, se aburrió de la conversación y se fue a la barra él solo dejando a Barbara con Joe Gould y los otros. Al se puso inmediatamente al lado de Phillip y pidió dos bebidas.

Janie y yo estábamos sumidos en una especie de silencio hosco. Estaba enfadado con ella porque no dejaba que Al se sentase con nosotros.

«Ese puto marica», no dejaba de decir, y yo contestaba todo el rato: «Y qué pasa, es un buen tipo», y ella me contestaba a eso con un «cállate, marica».

Entonces Phillip vino desde la barra con un vaso en la mano y se sentó con Janie y conmigo. Al merodeaba alrededor y le dirigí una sonrisa reconfortante. Se aproximó despacito y empezó a acercar una silla a la de Phillip.

–Tú lárgate –dijo Janie, y Al se echó atrás y fue otra vez a la barra. Pero al momento estaba de vuelta, revoloteando en torno a nuestra mesa como un camarero ansioso.

Nadie dijo mucho de nada, excepto Barbara, que parecía estar pasándoselo bien escuchando a Joe Gould y disfrutando con el insinuante diálogo en torno a ella.

Entonces Phillip quiso irse a algún otro sitio y Janie quería irse a casa, aunque yo quería quedarme y beberme el local entero. Janie llevaba encima un montón de dinero porque acababa de cobrar el cheque de su asignación. Finalmente empezamos a levantarnos, pero entonces Phillip se sentó otra vez, así que yo salí corriendo hasta la barra y pedí más bebida.

En ese momento un grupo de personajes del Minetta's salió corriendo a Minetta Lane y empezaron a hacer un ballet delante del local. Phillip salió y se sentó a mirarlos, con las piernas cruzadas en medio de la callecita. Al se sentó junto a él en la misma postura para mirarlos también, y de vez en cuando se volvía y le comentaba algo a Phillip.

Mientras tanto, Janie y yo bebimos algo más, y entonces se nos acercó un tipo y se puso a hablar con Janie de su arte. Se encontró con una oyente receptiva, porque ella también pintaba un poco, y muy pronto el tipo la invitó a ir a su estudio para que viera sus obras cubistas. Ella aceptó. Entonces el pintor se cabreó bastante porque Janie nos dijo a Phillip, a Barbara y a mí que fuéramos todos a ver el estudio de aquel tipo.

De modo que todos salimos en tropel con Al siguiéndonos como una sombra y bajamos la calle. Otro grupo de personas había unido sus fuerzas a las nuestras de alguna manera y para cuando llegamos al estudio del artista éramos por lo menos diez, incluidos Joe Gould y su bastón.

Primero alguien encendió la radio, así que empezaron a bailar. Janie y yo nos metimos en un dormitorio y empezamos a besarnos sobre una cama y ella dijo que para eso podíamos copular. Pero yo no quería, porque todo el mundo cruzaba por la habitación cuando iban o venían de otro cuarto. Entonces apareció un montón de cajas de cervezas y Janie y yo salimos al estudio propiamente dicho y cogimos dos envases de litro.

Volvimos al dormitorio y empezamos a bebernos la cerveza. Empecé a comportarme como un tonto y a simular que quería descolgarme por la ventana y lo primero en lo que me fijé fue que Al estaba trepando desde fuera para pasar por la ventana. Había salido para buscar a Phillip y no había podido volver a entrar porque la puerta de abajo estaba cerrada.

–¿Dónde está Phillip? –pregunté.

–Eso es lo que me gustaría saber a mí.

Saqué la cabeza por la ventana y vi cómo se las había arreglado Al: el estudio estaba justo encima de un club nocturno, el Swing Rendezvous, y Al se había encaramado a la marquesina.

Entretanto, Barbara estaba en el otro cuarto dándose el lote con el artista mientras Joe Gould se sentaba en la cama con una chica de pelo oscuro que llevaba pantalones. Hablaba con ella apoyando la barbilla en el puño de su bastón. Finalmente, Barbara salió del cuarto con un aspecto todo desarreglado y se acercó a un espejo.

–Es lo que estaba pidiendo –le dijo a Janie–, así que ya lo tiene.

El artista miraba a Barbara deslumbrado, y luego se acercó a mí y

me dijo:

–Ahí tienes a una jovencita que ha estado a punto de ser follada.

Compuse una admiración suficiente y luego me fui al estudio para ver la obra de aquel tipo. Al iba abriendo todas las puertas que había, buscando a Phillip. Abrió incluso las puertas de los armarios y metió la cabeza dentro.

Por toda la pared del estudio estaban colgados los cuadros del pintor. Eran todos de colores vivos aplicados sobre formas rígidas, como cubos y cuadrados y círculos.

–¿Qué te parecen? –le pregunté a Janie, y ella dijo que los colores eran bonitos.

Entonces Phillip reapareció de alguna forma y decidimos todos volver al Minetta's. El pintor, mientras tanto, se estaba poniendo muy desagradable con todo el mundo y al final abrió la puerta para que todo el mundo se marchase.

Empezamos a desfilar uno tras otro y según pasábamos el artista soltaba un insulto tras otro. Hizo otra referencia a que Barbara se había salvado por los pelos, llamó marica a Al, y finalmente dio media vuelta para coger un gato que pasaba por el pasillo. Lo agarró por la cola y lo lanzó escaleras abajo, pero el gato aterrizó sobre sus patas y se largó zumbando. Yo fui hasta el pintor y le dije:

–Voy a darte una buena por eso. –Pero como no oyó mi comentario dejé las cosas como estaban.

Llegamos de vuelta al Minetta's, que estaba tan atestado que no podías abrirte paso ni a codazos, y nos quedamos en medio de la masa pidiendo de beber a gritos. Finalmente conseguí que el camarero me diera cuatro cervezas. Mientras tanto habían aparecido por allí Cathcart y otros pocos estudiantes de la Universidad de Nueva York, y yo empecé a cansarme y sentir asco de tanto ruido y tanto empujón, de modo que decidí irme a casa.

Camino del apartamento 32, tropecé y caí de lado sobre unos cubos de basura que estaban vacíos. Rodé por encima de uno de ellos y acabé tirado en la cuneta. Me levanté y eché a andar hacia casa muy mareado y cojeando por el golpe en la espinilla.

Cuando llegué al apartamento 32 Phil y Barbara estaban en la cama del cuarto de Janie, de modo que me desnudé y me derrumbé en

el sofá. Estuve allí tumbado un buen rato, paseando en una bicicleta imaginaria en un intento por adaptarme a la habitación. Un minuto después sonó el timbre y oí que Phil gritaba desde el dormitorio: «¡Vaya mierda de horas!»

Antes de que me diera cuenta se había levantado y corría desnudo por el apartamento 32 soltando tacos y recorriendo la alfombra arriba y abajo, mientras el timbre no dejaba de sonar. Así que tuve que levantarme y abrir la puerta.

Eran Janie y Cathcart, y los dos venían como cubas. Entraron tambaleándose y se cayeron exactamente a mis pies, mientras Phil, enormemente cabreado, se iba corriendo a mi estudio y daba un portazo tras él.

Agarré a Janie y la tiré sobre el sofá. Entonces Barbara salió del dormitorio envuelta en una sábana y se acercó a Cathcart, que estaba borracho sentado en el otro sofá, y se dejó caer sobre su regazo con una sonrisa simplona en la cara. Se puso a besarlo violentamente y el chico parecía bastante perplejo.

Entretanto Janie no dejaba de darme golpes en la cabeza con un zapato, y justo cuando Phillip volvía a salir precipitadamente del estudio para entrar corriendo en el dormitorio y cerrar la puerta dando un portazo, me levanté de un salto y apagué la luz para que Janie no pudiera afinar la puntería.

Después de eso hubo toda clase de portazos y ruidos y murmullos y crujidos del suelo, como si el apartamento 32 fuera la mismísima casa de putas del propio infierno.

13

MIKE RYKO

Phillip y yo nos despertamos al día siguiente a mediodía. Ya llevábamos cuatro horas de retraso para presentarnos en nuestro barco, de modo que nos dimos una ducha fría cada uno, nos bebimos una lata entera de zumo de tomate de la nevera, recogimos nuestros petates y salimos corriendo del apartamento, dejando a Barbara y a Janie dormidas. Fuera el día era muy caluroso.

Cogimos el metro hasta la calle Cuarenta y dos y fuimos corriendo a la terminal de autobuses al otro lado de la esquina, para llegar por los pelos al autobús de Hoboken.

Cuando llegamos a Hoboken, toda la ciudad estaba cubierta de un manto de humo gris caliente procedente de un incendio en el puerto. Aquí y allá caía hollín como si fuera nieve negra en un cielo que era un horno caliente de color ceniza.

Tuvimos que coger el autobús para llegar a nuestro muelle. Cuando llegamos allí el humo era todavía más espeso y los ojos nos escocían. Cruzamos la calle hasta el cuerpo de guardia de la verja del muelle y soltamos nuestros petates con estruendo. Un guardia de uniforme se nos acercó.

–El Harvey West –le dije, y le enseñé mi hoja de trabajo y el pase de la Guardia Costera.

–¿El Harvey West? –preguntó el guardia–. Espera un minuto.

Se metió dentro de la garita e hizo una llamada de teléfono. Luego salió y dijo:

–El Harvey West soltó amarras esta mañana a las siete. Ahora está al pie de la calle Montague, muelle 4, Brooklyn.

Me volví hacia Phil y le enseñé las palmas de las manos.

–Bueno –dijo–, si está en Brooklyn, vámonos a Brooklyn.

De modo que recogimos los petates y nos largamos.

–Qué carajo –decía yo–. Nos dicen que está en Hoboken y se larga a Brooklyn. Cuando lleguemos a Brooklyn, estará en Manhattan. No hay más que caos por todas partes. Vamos a tomarnos una cerveza.

–No tenemos dinero suficiente –dijo Phil–, ni tenemos tiempo que perder.

Pedimos indicaciones para volver a Nueva York lo más rápido posible y nos dijeron que cogiésemos el ferry.

Dejamos los petates a nuestros pies y nos apoyamos en la barandilla del ferry. Se iba alejando del pantalán en dirección a Manhattan, rielando a través de río. A lo lejos, a la izquierda, vimos cuál era la causa de todo aquel humo de Hoboken: un gran almacén y un barco mercante con bandera noruega estaban ardiendo. Del almacén se alzaban espesas nubes de humo gris pálido y del carguero salía una nube negra. Todo aquello estaba lleno de bomberos con sus mangueras de juguete y sus chorros de agua. Me preguntaba cómo habría empezado el fuego.

Nos íbamos acercando gradualmente a Manhattan. Había una brisa fresca que olía a mar y soplaba del extremo sur del río. El ferry entró en su pantalán, rozó los costados con la empalizada hasta que gimieron las cuadernas y el agua se agitó hasta encajar la proa con la plancha.

Recogimos nuestros petates y echamos a andar hacia el este, por el centro de la ciudad, y nos paramos en un garaje de la Décima Avenida a beber un vaso de agua. No había nadie por el garaje y no lográbamos encontrar el retrete, así que desenrollé una manguera que usaban para lavar coches y que estaba enchufada en un grifo muy grande y dejamos que el agua se derramase en nuestras bocas y por nuestras caras. No aparecía nadie por allí y le dije a Phil:

–Vaya garaje. Tendríamos que llevarnos un par de llaves inglesas.

Luego caminamos hasta la Octava Avenida y nos gastamos nuestros últimos diez centavos en el metro de Brooklyn. Salimos en Borough Hall, sólo que por el lado equivocado, de modo que tuvimos que cruzar andando en medio de un tráfico muy denso con los petates al hombro mientras el sol nos machacaba como una plancha caliente. Finalmente encontramos la calle Montague y nos fuimos hacia los muelles.

Al final de la calle Montague hay un arco de piedra que salva la calle en el punto donde desciende hacia los muelles. Pasamos por

debajo de él como una pareja de la Legión Extranjera que acaba de ver su fuerte tras una larga marcha.

Ya delante del muelle 4, le dije al guarda:

–¿Está aquí el Harvey West?

–Desde luego que sí, hijo.

Le enseñamos nuestros papeles de identificación.

–Es todo vuestro, hijo.

Pateamos a través del suelo de aquel tinglado frío y húmedo que olía a granos de café. Había centenares de estibadores cargando barcos a ambos lados del embarcadero. Rechinaban los cabrestantes, los capataces gritaban, y un tractorcito que arrastraba un rosario de vagonetas salió a toda marcha de una esquina delante de Phil y de mí y casi nos atropella.

–¿Es ése? –dijo Phil, señalando a la derecha.

Allí estaba el gran casco de un barco Liberty mostrándose, a intervalos en que las puertas de la nave estaban abiertas, todo churretoso de aceite y óxido y agua que chorreaba de los imbornales.

–Ése es –dije yo.

–¡Qué grande! –exclamó él, recreando los ojos en el barco según nos acercábamos andando a la pasarela.

Entonces oí voces a nuestra espalda, me volví y vi unos marineros que se nos acercaban agitando los brazos. Algunos también llevaban petates. Reconocí a unos cuantos de verlos en el edificio del sindicato.

–Eh, tíos, ¿vosotros embarcáis en el Harvey West? –preguntó uno de ellos soltando el petate.

–Sí –dije.

–Pues a mí me han enrolado de contramaestre –dijo–. ¿Y vosotros?

–De primera y grumete –le dije.

–Bueno, escuchad –dijo el contramaestre, mirando a Phil detrás de mí–, aquí ya estamos casi toda la tripulación de cubierta. –Se volvió e hizo un gesto para incluir a los otros cinco tipos con él–. Verás, aquí

ninguno de nosotros va a firmar nada hasta que nos enteremos de cómo están las cosas.

–¿Qué es lo que pasa? –pregunté.

–Yo ya he navegado con el primer oficial de éste antes, y es un cabrón, te lo digo yo. Para él el trabajo nunca está bien del todo. Así que mirad. Este barco ahora va a subir el río hasta Albany para cargar, y después vuelve a Nueva York y sale. Ninguno tenemos que firmar el rol hasta que vuelva, pero ahí arriba ya tienen sus propias reglas. Así que ninguno de nosotros tiene intención de firmar hasta que volvamos de Albany, porque el primer oficial es un mamón y tenemos que asegurarnos de que sea legal con nosotros.

–Bueno –dije–, ¿y qué va a decir el oficial?

–Todos nosotros sabemos lo que hacemos. Vosotros dos todo lo que tenéis que hacer es no moveros mucho y no decir nada. Ese segundo de a bordo es un mamón y ninguno de nosotros está dispuesto a aguantarle una mierda.

–Pues por nosotros de acuerdo, supongo –dije.

–Está bien –dijo el contra–, eso es lo que queríamos hablar con vosotros. Así que no quiero veros mucho durante un tiempo y no abráis la boca.

–Bien –dije–, y después de ti.

Me hice a un lado de la pasarela y dejé al contra que subiera primero. Los otros cinco tipos fueron detrás, y Phil y yo los últimos.

Una vez a bordo, me metí rápidamente por un pasillo y conduje a Phil a un camarote vacío en el castillo de proa.

–Vamos a apropiarnos de las dos literas de abajo, ya que podemos –dije–. Tira tus cosas en esa taquilla.

Me di cuenta de que el viaje iba a ser movidito, seguro. Complicaciones para empezar.

–Ahora –le dije a Phil–, te enseñaré lo que hay.

Me lo llevé a proa e hice que se asomase y mirase el ancla y también la cadena del ancla. Le señalé el bloque gigante.

–Esa cosa pesa más de cincuenta kilos –le dije–, y es sólo uno de

los aparatitos con los que tendrás que trabajar en cubierta.

Phillip le dio una palmada al bloque y ni lo movió.

Después le llevé a lo alto del puente y le enseñé la cabina del timonel y luego las cubiertas de abajo hasta el almacén refrigerado. No había cerrojo en la puerta, de modo que entramos. Había costillares enteros de carne congelada y litros y litros de leche en lata.

Phil arrancó un trozo de carne con los dedos. Subí corriendo por unos vasos y volví un minuto después para servir un poco de leche fría y espumosa de las latas.

–Esto es la leche –dijo Phil.

Estábamos sedientos y hambrientos de correr arriba y abajo con aquel sol buscando el Harvey West.

Cuando tuvimos la panza llena, volví a conducir a Phil a nuestro camarote de proa y nos desnudamos para ir a la ducha. Después nos secamos con unas toallas limpias que le saqué al camarero negro que llevaba el almacén de ropa de la cubierta de abajo. Luego sacamos ropa de trabajo limpia de los petates y nos la pusimos.

–¿Cuándo trabajaremos? –quiso saber Phil, y yo le dije que probablemente no sería antes del día siguiente por la mañana.

Me tumbé en la litera y encendí la luz del mamparo encima de mi almohada. Cogí un libro y empecé a leer y le dije:

–¿Ves? Esto es lo que se hace en el mar, simplemente te tumbas en tu litera y lees.

Phillip alargó la mano y sacó una máscara antigás y un casco de acero de la parte alta de su taquilla.

–Entraremos en acción –dijo, y se puso el casco.

Decidí entonces que ya era hora de buscar al segundo de a bordo y darle nuestros volantes de trabajo, de modo que le dije a Phil que me esperase y me fui primero a la cámara de oficiales. Estaban allí varios artilleros de la marina tomando café y jugando a las cartas.

–¿Adónde fue la última vez este barco? –pregunté.

Uno de ellos, un marinero rubio y fornido de pantalón corto me dijo:

–A Italia. Esta vez toca Francia, creo.

Subí a la cabina del primer oficial. Allí no había nadie, de modo que me volví al castillo de proa y me tumbé otra vez en la litera. Entonces se me ocurrió pensar por primera vez que Phil se había acostado con Barbara la noche anterior.

–Oye –le dije–, al final lo hicisteis anoche, ¿verdad?

Me puse a aplaudir. Phil había descubierto unos libros detrás de las taquillas y los iba descartando después de echar un vistazo a los títulos.

–Esta noche –seguí– iremos a tierra y volveremos a ver a las mozas.

En ese momento un pelirrojo de más de metro noventa que llevaba una gorra de oficial sucia y un viejo mono caqui entró en nuestro camarote.

–¡Sus nombres! –bramó.

Se los dije.

–¿Ya han firmado?

–¿Ya están firmando? –pregunté inocentemente.

–Sí, están firmando.

–Bueno –dije–, el contramaestre... y los otros tíos... nos dijeron que esperásemos a más tarde... o que...

–¿Sí? –dijo el gigante pelirrojo.

Empecé a darme cuenta de que probablemente se trataba del cabrón del primer oficial.

–Fuera del barco –dijo.

–¿Por qué?

–Pregúntelo otra vez –dijo–, y lo echaré con mis propias manos.

–Bueno...

–¡Olvídelo! –bramó–. ¿Pero quiénes se creen que son, de todas formas? Si alguien sube a un barco, firma. El que no quiera firmar,

fuera.

–El contra... –empecé.

–¡Olvídese del contramaestre! –gritó–. Fuera del barco. Y tendrán que soltar unas perras en el bote común por el agua que han utilizado para ducharse.

Me senté, indeciso.

–¿Han oído lo que he dicho? ¡Largo! –volvió a gritar–. En mi tripulación no quiero a nadie que no coopere.

–¿Es usted el primer oficial?

–Sí, soy el primer oficial.

–Bueno –dije–, ¿y qué pasa con el resto de la tripulación de cubierta? A mí me dieron a entender que...

–Ahora olvídese. Y largo ahora mismo.

–Está bien –dije–. No queremos follones. –Y me puse a recoger la camisa. Phil estaba de pie en un rincón del camarote y miraba al primer oficial. Y el primer oficial me siguió mirando un momento con mala cara y luego se marchó.

Me levanté de la litera de un salto, me fui a la taquilla y saqué mis cosas.

–Coge lo tuyo –dije–. No nos quedamos más en este puto barco.

Cogí los dos sacos de lona de la taquilla y los lancé al suelo. Después fui rápidamente por el pasillo a la cámara de oficiales.

Tenían los papeles de las cláusulas de enrolamiento extendidos sobre unas mesas, y había varios oficiales, y unos cuantos hombres de mar que firmaban mientras el encargado del rol daba grandes chupadas a su pipa.

–¿Qué pasa con Ryko y Tourian? –me ladró el encargado cuando le dije nuestros nombres–. ¿Sois vosotros?

–Sí –dije–. ¿Qué ocurre?

–No ocurre nada. El jefe ordenó que os borrásemos a los dos de la lista de la tripulación –dijo el encargado, y miró para otra parte.

Volví al camarote, recogí los petates y salí al pasillo. «¡Que os den por el saco a todos!», solté a grandes voces camino de la pasarela con Phil pegado a mis talones.

El contramaestre estaba plantado delante de la pasarela.

–¿Os marcháis? –preguntó.

–Pero qué demonios –dije–. Tú nos dijiste que esperásemos. ¿Qué está pasando aquí?

El contramaestre me miró bastante inexpresivo. No parecía que supiese lo que estaba pasando, y era evidente que ni siquiera se enteraba de que todo lo había empezado él.

–¿Tú ya has firmado? –acabé por preguntarle.

–Acabo de firmar –dijo.

Aquello fue la puntilla. Bajé por la pasarela con Phillip. El contramaestre nos siguió hasta abajo.

–Escuchad –nos dijo ya en el muelle–, ¿vosotros queríais firmar y no os han dejado? Bien. Eso significa que os vais a la ventanilla de reclamaciones del sindicato y cobráis la paga de un mes de esta compañía, ¿entendéis? Las normas del sindicato dicen que un marinero no puede ser rechazado una vez que ha sido asignado a un barco. ¿Me seguís?

–Sí –dije un poco titubeante.

Y siguió explicándonos todo lo de las normas sindicales, y el mes de paga al que teníamos derecho, y que teníamos que reclamar y reclamar y que el primer oficial no tenía nada que pudiera achacarnos.

Al final le pedí que nos diera diez centavos para poder volver a casa; me dio veinticinco y me dijo:

–No dejes que ese mamón del primer oficial se salga con la suya.

De modo que Phil y yo volvimos a deshacer el camino por el muelle.

Los estibadores cargaban unos tanques del ejército en un carguero al otro lado del muelle, y por fuera del tinglado un tren de mercancías resoplaba al arrastrar una fila de vagones de plataforma que

transportaban tanques, jeeps y camiones. En la dársena había amarrada una gabarra, junto con otro Liberty, y una grúa tremenda iba levantando cañones antiaéreos de 20 mm que depositaba en la plataforma de la cubierta volante del barco.

Phil y yo estuvimos un rato mirando aquello y luego recogimos los petates y nos marchamos.

Todavía hacía sol y calor, de modo que nos paramos a medio camino de la calle Montague a comprar una botella de naranjada en un colmado. Nos sentamos encima de los petates delante de la tienda y nos bebimos la naranjada, que estaba templada y dulzona.

–No te preocupes –le dije a Phil, que parecía desconsolado–. El lunes iremos a la ventanilla de reclamaciones del sindicato y conseguiremos otro barco.

No dijo nada, de modo que volví a entrar en la tienda y me devolvieron el dinero del casco, y luego echamos a andar hacia el metro de Borough Hall.

WILL DENNISON

Para el sábado ya estaba cansado de ser detective. El jefe era un canalla total y no dejaba de abusar y quitarme tiempo libre con recaditos que hacer camino de casa y que resultaba que era ir a la otra punta de la ciudad respecto de donde yo vivía y que me llevaba horas hacer.

Llegué a casa de Al sobre las ocho después de uno de esos recados que había incluido un viaje hasta el Bronx. Decidimos bajar hasta Washington Square y desearles buen viaje a los marineros. Cuando entramos en el apartamento 32 vi a Barbara y Phillip tumbados en el sofá. Phillip no llevaba más que sus calzones caqui de la marina mercante y Barbara estaba en bragas. Estaban allí tumbados sin más, sin moverse. Phillip miró a Al con el ceño fruncido y se pegó un poco más a Barbara.

Pasé a su lado y entré en el otro cuarto. Mike y Janie estaban en el dormitorio. Mike se puso sus calzones caqui y salió a saludar. Me senté y dije:

–¿A qué hora zarpáis por la mañana, chicos?

–No vamos a zarpar –dijo Mike–. Nos han despedido.

–¿Despedido? –dije–. Nunca he oído una cosa así.

–Bueno, pues es lo que pasó. Cuando subimos al barco vino el contramaestre y nos aconsejó que no firmásemos porque el segundo de a bordo era un cabrón. Bueno, pues nos fuimos abajo, tomamos un poco de leche, una ducha, y enseguida apareció el segundo. Un cabrón alto y grande, de más de uno noventa y pelirrojo. Nos dice: «Chicos, me han dicho que no podéis decidiros entre firmar o no. Así que largo de este puto barco. Tendría que cobraros la ducha que os disteis.» Así que nos despidió.

Janie salió del cuarto y dijo:

–Sabía que no se marcharían.

–El lunes nos embarcaremos seguro –dijo Mike.

–Sí, seguro que sí –dijo Janie.

Yo suspiré y pregunté:

–¿Habéis comido ya, muchachos?

Dijeron todos que no, y se produjo una de esas discusiones sobre si teníamos que salir a comer o traer la comida al apartamento. Janie dijo:

–Vamos fuera. Estoy harta de estar sentada en este apartamento. Llevamos aquí todo el día.

Todo el mundo empezó a ponerse la ropa.

Fuimos andando hasta una cafetería de la Sexta Avenida. Yo pedí un helado, porque ya había almorzado temprano. Luego cambié de idea y pedí un pimiento relleno. Llegaron las dos cosas juntas. El pimiento era bastante malo.

Phillip se sentó junto a mí en la barra, lo más lejos posible de Al, que estaba al otro extremo de la barra.

Después de aquella comida espantosa, que pagué yo puesto que nadie más tenía dinero, salimos a la Sexta Avenida y nos quedamos de pie en la acera junto a una alambrada alta que cercaba el jardín de una casa de apartamentos. Al trepó y saltó la valla y se tumbó en la hierba del otro lado. Barbara se sentó en un banco y Phillip se tumbó y apoyó la cabeza en su regazo. La gente paseaba por allí en la noche calurosa.

Yo hablaba con Mike de la marina mercante y le pregunté por qué no llevaba uniforme para conseguir todo lo que les daban gratis.

–Eso me parece una cosa de aprovechado –dijo.

–Éste es un mundo de aprovechados –dije yo.

Se habló de ir a ver La Grande Illusion, pero Barbara dijo que la había visto cinco veces y que sabía exactamente qué iba a hacer Erich von Stroheim en cada momento.

El numerito de la cabeza en el regazo se acabó y ahora la joven pareja estaba de pie. Phillip hablaba de su padre. Le oí decir:

–El viejo estará fuera dentro de un par de años.

Decidimos ir al otro lado de la calle a tomar una cerveza. Al volvió a saltar la valla pero resbaló y cayó con un fuerte golpe sobre la acera. Lo ayudé a levantarse y le pregunté:

–¿Te has hecho daño?

–Creo que me he torcido el tobillo –dijo.

Phillip y Barbara ya estaban cruzando la calle. Nos fuimos todos a un bar y nos sentamos a una mesa en la parte de atrás. Al cojeaba.

Había un borracho tonto que bailaba delante de la máquina de discos, así que nos tomamos una ronda y luego Janie dijo:

–Vámonos al Germania, que nos den cerveza de la buena.

De modo que pagamos y nos marchamos.

Yo andaba delante con Phillip y Barbara. Le pregunté a Phillip cuándo iba a conseguir un barco, y me dijo que el lunes. Después hablamos de Rimbaud. Barbara caminaba al lado sin decir nada. Pensé que estaba enfadada. Al cojeaba mucho y nos seguía a unos tres metros de distancia, pero Phillip no le hacía el menor caso.

Entramos en el Germania. Antes de la guerra aquél era uno de los sitios más ruidosos y desagradables de toda la ciudad de Nueva York. Solía haber gente joven por allí sentada en grupos grandes, cantando canciones de estudiantes, y no paraban de producirse peleas en los lavabos de caballeros, donde los chicos de la universidad, borrachos, alucinaban creyéndose perseguidos por homosexuales. Pero ahora no había nada que distinguiese aquel sitio de cualquier otro.

Nos sentamos en una mesa larga de madera y pedimos cerveza, que venía en grandes jarras. Phillip se sentó frente a Barbara y alargaba la cabeza sobre la mesa de vez en cuando y ella le acariciaba el pelo. Era repugnante. Finalmente, se inclinó más y le cogió el dedo índice de la mano derecha entre los dientes. El esmalte de uñas estaba un poco descascarillado y él se lo arrancó todo con los dientes.

Mike repitió la historia de cómo el primer oficial los echó del barco. Janie eructó y todos los demás bostezábamos o nos limpiábamos las uñas o mirábamos qué había.

Finalmente Barbara dijo que tenía que coger el tren de vuelta a

Manhasset y Phillip se levantó para acompañarla hasta el metro. Al le miró implorante, como un perro que quiere acompañar a su amo. Phillip se marchó sin mirarlo.

Mike estaba contando el hundimiento del American Star, un transporte de tropas, en el Atlántico Norte. Había oído la historia de labios de un superviviente una noche en un bar de Chicago.

«Fue una cosa espantosa», había dicho el superviviente. «Todo estaba oscuro y no se veía nada. Yo estaba en una lancha salvavidas con un cocinero negro y a todo nuestro alrededor se oía ahogarse a los soldados, que llamaban a sus madres.»

15

WILL DENNISON

El domingo no vi a Al hasta cerca de las seis de la tarde, cuando ya estaba preparado para cenar. Lo cierto es que no tenía ninguna prisa por oír lo sucedido en la noche del sábado detalle tras detalle.

Al estaba durmiendo cuando llamé a su puerta. Me dijo que entrase. Me lo encontré tumbado en la cama y tapado con una manta ligera. Tenía las persianas bajadas y la habitación a oscuras. Le pregunté si le apetecía cenar y me dijo que sí. Luego cerró los ojos. Me senté y encendí la luz y eché una mirada a un ejemplar del New Yorker que tenía en el suelo.

Al echó la manta a un lado y sacó las piernas y las apoyó en el suelo. Estaba completamente vestido, sólo le faltaban los zapatos. Bostezó y sonrió. Después se fue hasta el lavabo, se echó un poco de agua en la cara y se peinó.

Yo leía un cuento en el New Yorker. Algo sobre dos mujeres en Schrafft's.

Al se puso un par de zapatos gastados y salimos a comprar algo de comer. Nos compramos unos panecillos franceses, lonchas de jamón, queso, manzanas y leche en una charcutería de la Sexta Avenida. Luego volvimos a la habitación de Al y nos pusimos a comer.

–Sabes, Dennison –dijo Al–, esa chica tiene algo de vampiro.

–¿Barbara? Sí. ¿Te has fijado qué labios tan rojos y qué piel tan pálida tiene? ¡Fua! Eso no es natural.

–Cuando entré en el cuarto y los vi allí tumbados en el sofá –dijo Al–, tuve la sensación de que estaba sorbiéndole toda la vida que tenía.

–Desde luego que no hay mucho sexo en esa relación –dije yo–. Me produce verdadero horror.

–Él está pálido. No se le ve nada bien en absoluto.

Comimos un rato en silencio y yo ya me preparaba a oír a Al decir que por qué Phillip tenía que enrollarse con todas esas mujeres cuando era evidente que no estaba enamorado de ellas y por qué no podía amarle a él, o que quizás ya le amase, en cuyo caso debería demostrárselo. Al dijo todo eso, en efecto, y yo seguí comiendo.

–Me pregunto si de todas formas debería embarcarme –continuó Al–. Quizás cuando descubra que yo estoy en el mismo barco se ponga contento.

–No lo sé –dije–. Haz lo que quieras. Mi consejo es que te quedes aquí y consigas un poco de dinero. Estará de vuelta dentro de cinco o seis semanas. Si consigues montar un negociete de marihuana mientras está fuera, tendrás algo que ofrecerle.

–No veo por qué el dinero tiene que ser tan importante –dijo Al.

Yo no quise volver otra vez a ese asunto, así que no dije nada, y Al dijo que estaba decidido a ir al día siguiente a buscar algunas semillas de marihuana.

Terminamos la cena y Al dijo que bajaría hasta Washington Square. Me preguntó si quería ir con él y le dije:

–No, ya estuve allí anoche.

Nos dimos las buenas noches en la calle Cincuenta y dos y Al se fue andando hasta la Quinta Avenida a coger el autobús. Yo caminé hasta Broadway, cogí el IRT hasta Sheridan Square y me fui a casa.

Hacia las diez llamó Danny Borman y preguntó si podía venir. Le dije que sí.

Cuando le abrí la puerta se coló dentro como un gángster nervioso acosado por la mafia. Se metió un buche de whisky y empezó a contarme lo que había pasado la noche anterior.

Había estado en un bar y un marinero mercante exhibió un gran rollo de pasta. Danny se presentó y se fue con aquel tipo a su apartamento a buscar una botella. Cuando llegaron el marinero empezó a contarle a Danny que por él seguiría estando en el ejército, pero que le habían licenciado por unas heridas sufridas en el Pacífico. Danny le dijo: «Sí, claro.» El marinero dijo: «Oh, ¿no te crees que estuve en el ejército? Pues te lo demostraré. Aquí tengo la licencia.» Se dio la vuelta y empezó a revolver en el cajón de un escritorio. Así que entonces Danny lo noqueó con su porra. El tío tenía la cabeza tan dura

que se limitó a menearla y empezó a dar voces. Danny se dirigió a la puerta, pero para entonces ya todo el descansillo estaba lleno de gente que quería ver qué pasaba. Danny saltó por una ventana del descansillo, y eso que era el primer piso, y logró escapar, como decían en los periódicos. Pero se deshizo de la porra.

Estaba allí sentado dándole vueltas al vasito vacío en la mano, con aire nervioso y desalentado. Le pregunté:

–Danny, ¿estarías interesado en pegarle fuego a una casa por doscientos dólares?

Se le iluminó la cara y dijo:

–Eso suena más que bien.

Así que le hablé de un trabajador del astillero que conocía y que pensaba que había recibido muy mal trato por parte de una chica y de su madre y que quería quemarles la casa, pero que no podía hacerlo él mismo porque sería el primer sospechoso. Y estaba dispuesto a pagar doscientos dólares al que lo hiciera; era una casa de madera en algún sitio de Long Island.

–¿La tía tiene que estar dentro? –preguntó Danny–. Porque en ese caso no quiero el trabajo. Doscientos no es bastante para quemar a una pava viva, da igual lo que haya hecho.

Le dije que no, que la tía no tenía que estar en casa, y que el tipo le diría cuándo estaba fuera.

–Eso está hecho –dijo Danny.

Así que le dije:

–Espera un momento. –Y marqué el número del tipo, pero no estaba. Le di el número a Danny y le dije que volviera a llamar más tarde–. Dile sólo que Will te recomienda para el trabajo de arreglos de la casa. Ya le dije que si encontraba a alguien haría que se pusiera en contacto con él.

Danny me dio las gracias y apuntó el número. Dijo que cuando tuviera el dinero me compensaría.

Yo me froté las manos y le dije:

–Lo que te parezca justo. El trabajo es fácil, pero no está en mi

línea.

(Mi línea es que sea otra gente la que corre el riesgo, como el viejo de Phillip.)

–Estoy seguro de que es un tipo como Dios manda –continué–, y sé dónde vive. No habrá ningún problema para cobrar, pero pídele la mitad a cuenta.

–Ya me conoces, Will –dijo Danny, y se levantó para irse–. Oye, siento mucho lo de la porra.

–No tiene importancia –dije–. Me alegro de que no te metieras en un lío.

16

WILL DENNISON

Eran aproximadamente las siete de la mañana del lunes cuando sonó el timbre y me despertó. Me puse los calzoncillos y fui al otro cuarto y apreté el botón para abrir la puerta de fuera. Pregunté:

–¿Quién es?

–Soy yo.

Era la voz de Phillip; abrí la puerta y Phillip se metió rápidamente.

–Toma –dijo–, toma el último cigarrillo.

Me ofreció un paquete de Lucky Strike embadurnado de sangre. Quedaba un cigarrillo en el paquete.

–Acabo de matar a Al y tirar el cuerpo en un almacén.

Cogí el cigarrillo y me quedé con él en la mano.

Luego fui y me senté en el sofá y le indiqué que se sentase en una silla frente a mí. Le dije:

–Siéntate y cuéntamelo todo.

Se sentó y dijo:

–Necesito cien dólares para largarme del país. Me voy a México.

–No tan deprisa, jovencito –dije–. ¿Qué es todo eso de Al?

–Bueno –dijo–, Al y yo estuvimos bebiendo en el Minetta's Tavern, y decidimos ir a dar un paseo. Fuimos andando hasta algún sitio por la Segunda Avenida y nos metimos en un viejo almacén y empezamos a explorarlo. Encontré un hacha pequeña y rompí unas cuantas ventanas con ella.

»Después nos subimos al terrado –continuó–. Al no paraba de decir que quería enrolarse conmigo. Yo me puse furioso y le di un empujón.

Casi se cayó. Se quedó mirándome y me dijo: “Yo quiero hacer las cosas que hagas tú. Quiero escribir poesías y embarcarme y todo eso.” –Phillip se interrumpió y me miró–. Ya veo que no me crees.

–Sigue –dije.

–Bueno, de manera que le dije: «¿Es que quieres morir?», y él me dijo: «Sí.» Hizo un par de chistes e intentó ponerme el brazo por encima. Yo todavía tenía el hacha en la mano, de manera que le pegué en la frente. Se cayó. Estaba muerto. Ahora dame esos cien dólares. Tengo que salir del país.

–Eso es ridículo. No puedes largarte del país con cien dólares.

–Sí que puedo. Haré autostop.

–Bueno, pues te pillarán enseguida.

–¿No me crees? –dijo–. Claro, tú sabes que las cosas se van arrastrando durante mucho tiempo y que de repente luego pasa algo.

–Muy bien –dije yo–, tenemos a Al muerto. ¿Qué hiciste después?

–Bueno, no dejaba de mirarme lascivamente con los ojos medio cerrados. Y le dije: «No puedes hacer eso, estás muerto.» Lo hice rodar desde el terrado con el pie. Eran como siete pisos de alto.

–¿Te vio alguien?

–No, no creo.

–Pero sí que os vieron salir juntos del Minetta’s. –Estaba pensando rápido y todo convergía en una misma cosa.

–Así que dame ahora mismo esos cien dólares o te mato a ti también.

Le sonreí. Phillip dijo:

–Oh, no, no lo haré, pero dámelos, por favor.

No le contesté.

Sacó un pañuelo de seda ensangrentado del bolsillo. En una esquina tenía las iniciales R. A. Me lo metió debajo de la nariz.

–Reconoces esto, ¿verdad?

–Sí –le dije–. Es de Al. Un souvenir, ¿eh?

Me miró con una expresión ingenua, adolescente, y empujó el pañuelo contra mí.

–¿Lo quieres? ¿Es mejor que lo deje aquí?

–¡Jesús, no! Llévatelo tú.

Me puse el batín y empecé a pasear por el cuarto.

–¿Qué voy a hacer si no me das el dinero? –dijo Phillip–. Me enviarán a la silla eléctrica.

Adopté mi estilo Claude Rains y di unos pasos hacia él.

–La silla eléctrica –dije con sorna–. Como mucho estarás fuera en dos años.

»¿Sabes lo que te ha pasado, Phil? Fuiste atacado. Al te atacó –dije–. Intentó violarte. Perdiste la cabeza. Todo se te puso negro. Le pegaste. Se tambaleó hacia atrás y cayó del terrado. A ti te entró el pánico. Sólo pensabas en escapar de allí. Consíguete un buen abogado; en dos años estarás fuera.

Phil me miró y asintió con la cabeza.

–Bueno –dijo–, me imagino que dos años podré resistirlos. Pero no lo sé. ¿Me prestarías tu pistola? Me suicidaré. Porque tienes una pistola, ¿no?

–Sí, tengo una pistola –dije.

–Pero no tienes balas, ¿verdad?

Sabía perfectamente bien que tenía balas. Le dije:

–No, no tengo ninguna bala.

Phillip se levantó para irse y se dirigió hacia la puerta. Yo fui también y me planté junto a él. Pensé que si aquello era verdad, debería poner la mano sobre su hombro y decirle algo que le animase. Pero luego recordé que siempre estaba intentando sacarme dinero. Le dije fríamente:

–Adiós, Phillip.

Dijo adiós y se fue.

Cerré la puerta. Luego recogí la cajetilla ensangrentada del suelo, la rompí en trozos pequeñitos, arrojé los trozos en la taza del retrete y tiré de la cadena.

Era hora de irse al trabajo, así que empecé a vestirme.

17

MIKE RYKO

El lunes a las nueve de la mañana estaba levantado y preparado para ir al centro sindical a buscar otro barco, pero Phillip no aparecía por ningún lado. Miré detrás del sofá y vi que su petate seguía allí. De modo que me senté y esperé, imaginándome que habría bajado a desayunar y volvería a recogerme. Me senté y encendí un cigarrillo y empecé a pensar en lo que deberíamos decir en la ventanilla de reclamaciones para conseguir otro barco hoy mismo.

El timbre sonó tres veces, que es la señal para las llamadas de teléfono, de modo que bajé al vestíbulo y cogí el aparato.

–Diga –respondí.

–Mike, soy Phil.

Era la primera vez en mi vida que oía la voz de Phil por teléfono, y sonreí porque me sonó extraña.

–Anoche me deshice del viejo –dijo.

–¿Qué? –dije, y entonces, por alguna razón, supe inmediatamente a qué se refería.

–¿Dónde estás? –pegunté.

Dijo que estaba en el Bar Anchor.

–¿Qué estás haciendo ahí?

–No lo sé –dijo–. Vente aquí.

–Ahora mismo –dije, y colgué.

Una mujer entraba en el vestíbulo cargada con dos bolsas de la compra, y tenía dificultades para abrir la puerta. La observé hasta que logró abrirla y después subí de nuevo arriba.

Cogí el petate de Phillip de detrás del sofá. Entré en el cuarto y me

encontré al gato durmiendo encima de mi petate. Levanté al gato y lo solté en la cama al lado de Janie. Estaba dormida y tenía una fina película de humedad sobre la cara. A las nueve ya hacía calor.

Cogí mis petates y los tiré al suelo junto al de Phillip en el cuarto de estar. Me quedé de pie mirándolos durante un minuto o así. No podía pensar.

Entonces decidí que no tenía objeto llevármelos porque ninguno de los dos podría embarcarse. Así que salí del apartamento y bajé las escaleras.

Cuando llegué al vestíbulo, me di la vuelta de repente y volví a subir las escaleras corriendo, entré en el dormitorio, me arrodillé sobre la cama y besé a Janie en la frente.

–Volveré por la noche –dije, y ella murmuró algo y se volvió a dormir. Luego me marché de la casa de apartamentos y me fui andando deprisa al edificio del sindicato.

El sol era fuerte y había humedad y ya se notaba el calor en el aire alrededor. Estaba irritado porque íbamos a tener otro día caluroso. En la esquina de la calle Catorce con la Séptima Avenida una vieja intentó venderme unas flores pero yo pasé de largo.

Cuando llegué al Bar Anchor, Phillip estaba de pie en la barra con un vaso de whisky medio vacío en la mano y varios dólares y algunas monedas sobre el mostrador delante de él. El local estaba lleno de marineros que hablaban todos a la vez y en la máquina de discos sonaba una música sudamericana.

Nos saludamos y Phillip me pidió una copa. Fijé la mirada en el ventilador del techo que tenía encima y dejé que el whisky corriera por mi boca y luego cogí una cerveza.

Miré a Phillip y le dije:

–Así que anoche te deshiciste del viejo. ¿Dónde está?

–En el patio de un almacén.

–¿Muerto?

–Por supuesto.

Miré a Phillip bien de cerca.

–Bueno, bueno –dije, y él me miró con malicia, sonriente.

Luego sacó un pañuelo del bolsillo y me lo enseñó. Tenía algunas manchas rojas y las iniciales R. A. bordadas en una esquina.

–¿De Al? –pregunté.

Afirmó con la cabeza. Luego señaló los bajos de sus pantalones caqui y levantó un poco el pie. También allí había algunas manchas rojas.

–Sangre –dijo.

Yo no sabía si tenía que creerme todo aquello o no, por lo ansioso que estaba de enseñarme las pruebas.

–¿Cómo lo hiciste? –pregunté.

–Con un hacha. Le di en la frente y cayó muerto. Luego lo empujé y lo tiré por el borde del terrado. –Phillip se puso las manos sobre las orejas y apretó fuerte–. Hice esto durante tres segundos para no oírlo caer al patio. –Hizo una mueca y puso cara rara–. Pero de todas formas lo oí.

–Cuéntamelo todo –dije. Las piernas me flaqueaban y tenía que apoyar casi todo el peso sobre la barra–. Vámonos a algún lado a sentarnos –dije–. Me tiemblan las rodillas, no puedo estar de pie.

–A mí también me tiemblan –dijo él, y recogió su dinero y sus cigarrillos del mostrador.

Salimos del Anchor, cruzamos la calle y empezamos a subir por la Diecisiete. En un parque de juegos a la derecha había toda una sección de niños pequeños en los balancines, jugando a la rayuela o chapoteando en un estanque bajo el sol. Phillip sonrió a los niños. Yo sabía que estaba pensando de sí mismo que era un asesino.

Caminamos Octava Avenida arriba y lancé una última mirada al grupo de marineros que andaban por delante del edificio del sindicato.

Encontramos un bar con aire acondicionado unas pocas manzanas avenida arriba. Había unos cuantos taburetes de cuero rojo en la barra, de modo que nos sentamos en ellos y pedí un par de lingotazos de Calvert y cerveza para bajarlos.

–Cuéntame qué más pasó –dije–. Cuéntamelo todo desde que te vi

por última vez ayer por la mañana.

–Me pasé toda la tarde del domingo en casa de mi tío –dijo Phillip–. Le expliqué que necesitaba algo más de dinero porque teníamos que buscar otro barco. Después de cenar bajé al Minetta's y empecé a beber whisky y entonces llegó Al con Cathcart. Cathcart se fue pronto a casa y Al y yo bebimos algunos whiskies más.

De modo que a continuación Phillip me contó la historia que le había contado a Dennison más temprano, por la mañana. Cuando hubo terminado, le dije:

–¿Y qué piensas hacer?

–¿Alguna sugerencia?

–Sustancialmente, lo que te aconsejó Dennison.

–Me imagino que es lo mejor –dijo Phillip, y pidió dos copas más–. Seguro que me envían a la silla eléctrica.

–No –dije–. Eso es ridículo. Al era marica. Te persiguió por todo el mundo. Te jodió la vida. Eso la policía lo entenderá.

Phil se encogió de hombros. Y entonces le dije:

–Bueno, por lo menos esta mañana nos cogeremos una buena trompa –me arrepentí de haber dicho eso, de modo que dije–: Pero, Dios, no tendría que haber pasado, ¿eh?

Phillip volvió a encogerse de hombros.

–Por Al, de todos modos –añadí, y alcé mi copa.

Me bebí el Calvert y la siguiente cosa que vi fue a Phillip contemplando el vacío y dos lagrimones corriéndole por las mejillas. Me sentí muy incómodo, porque nunca había visto llorar a Phillip. Tuve ganas de ponerle la mano en el hombro, y finalmente lo hice.

–«Hay un tiempo para cada cosa –dije–, un tiempo incluso para el asesinato», Saroyan.

Me miró con toda la cara mojada.

–Eso suena a T. S. Eliot –dijo.

–¿De veras?

Nos reímos un poco, y después le di un cigarrillo. Empecé a pensar que siempre andaba imaginándome qué se sentiría al matar a alguien y que necesitaba escribir miles de palabras para recrear esa trama de emociones. Y ahora allí tenía a Phillip plantado delante de mí y él lo había hecho de verdad.

–Iré a casa de mi tío y me entregaré –estaba diciendo Phillip–. Él sabrá qué hacer, conseguirá abogados. Si la policía todavía no ha encontrado el cuerpo de Al, lo encontrarán antes de la noche.

Le expliqué a Phillip lo que estaba pensando, pero él estaba preocupado por los hechos concretos.

–Mi tío tiene un montón de influencias políticas –continuó–, y sabrá exactamente a qué abogados llamar.

Hablamos de eso durante un rato y después Phillip dijo que quería irse.

–¿Adónde vas? –pregunté.

–Vayamos al Museo de Arte Moderno y pasemos unas horas allí.

–De acuerdo –dije–, pero tomemos unas copas antes de entrar.

Bajamos a la Octava Avenida a buscar un taxi. Las aceras estaban repletas de gente. Un vendedor de fruta había colocado su carreta justo delante del bar y estaba vendiendo manzanas. Finalmente paramos un taxi y nos subimos.

–Vaya por Times Square –dijo Phillip. Luego, cuando el taxi estaba ya de camino, se volvió hacia mí y dijo en voz alta–: Espero que no encuentren el cuerpo enseguida.

–Sí –dije en voz alta, y los dos nos sonreímos–. Apuesto a que está hecho un desastre y lleno de sangre.

–Demonios, sí –dijo Phillip–. Cuando le di el tajo con el hacha en la cara la sangre salió disparada y salpicó por todo el techo. Debe de haber un montón más de sangre abajo en el patio.

–Sí –dije–, hiciste un trabajo bien completo.

Estábamos atravesando Times Square y Phillip dijo:

–Déjenos aquí, chófer.

El taxista se paró junto al bordillo y se volvió para parar el taxímetro. Phillip le alargó el dinero y el taxista le sonrió. El taxista conocía los cabos sueltos, de acuerdo, pero no los hechos que los ligaban.

Ya en la acera, dije:

–Creí que íbamos a ir al museo.

–Vamos a mirar un poco por aquí –dijo Phillip, y echamos a andar por la calle Cuarenta y dos.

Pasamos delante del Teatro Apollo, donde seguían poniendo El muelle de las brumas, y del tugurio italiano de espaguetis y luego cruzamos la calle hasta un salón de juegos.

Phillip cambió veinticinco centavos en calderilla y nos pusimos a jugar en las máquinas del millón y a derribar aviones enemigos y a ver las peliculitas subidas de tono de a penique que pintaban mujeres que se desnudaban en sus boudoirs mientras unos hombres bigotudos se colaban por la escalera de incendios. Metí cinco centavos en la máquina de discos y puse «The World Is Waiting for the Sunrise», de Benny Goodman.

Nos marchamos del salón de juegos y fuimos paseando hacia la Sexta Avenida. Phillip compró unos cacahuetes tostados a un italiano bajito y nos sentamos en el parque de la biblioteca pública a tirarles cacahuetes a las palomas. Había un hombre en mangas de camisa sentado en el banco a nuestro lado leyendo un panfleto trotskista.

–Adondequiera que me manden –dijo Phillip–, podré hacer lo que hubiera hecho en el mar.

–Sabes –dije–, estaba seguro de que no llegaríamos a zarpar, porque no había estado soñando con el mar.

–Escribiré poesía –dijo Phillip.

Había un cine en la calle Cuarenta y dos cerca de la Sexta Avenida donde ponían Las cuatro plumas, producida por Zoltan Korda.

–Ésta es buena –dijo Phillip–. Vamos a verla.

Así que entramos y nos sentamos en el patio de butacas. El sistema de aire acondicionado estaba estropeado y hacía un calor sofocante.

La película empezaba con un cartel que explicaba que miles de soldados británicos habían sido asesinados en el Sudán a manos de los crueles nativos. Phillip hizo un gesto con la mano y dijo:

–Ellos sí pueden asesinar a los otros a miles.

–Sí –dije.

Hubo una escena de una emboscada en que se veía a los soldados ingleses y a los nativos sudaneses acuchillándose mutuamente con sables y puñales y mucha sangre. La mayor parte de la película no dejaba de recordarnos a Al yaciendo en el patio en medio de un charco de sangre, de modo que no disfrutamos demasiado. Y uno de los personajes de la historia se llamaba Dennison.

Salimos del cine empapados en sudor, pero fuera todavía hacía más calor. Ahora eran como las tres y media. Nos metimos en un bar y nos bebimos unos cuantos vasos de cerveza fría.

–Tendré que irme pronto –dijo Phillip.

–¿Y qué pasa con el museo? –dije yo.

–Era una buena película –dijo Phillip–, pero no dejaba de recordarme que se me está acabando el tiempo.

Bebimos y permanecimos callados.

–Bueno –dijo finalmente–, vamos al museo.

Salimos a la calle y paramos un taxi.

En el aire fresco del museo Phillip se pasó diez minutos delante de un retrato de Jean Cocteau hecho por Modigliani. Me fui por mi cuenta para mirar los amplios estudios de Blume sobre la decadencia y caída de Occidente, con columnas corintias por el suelo y siempre los mismos personajes del hampa conspirando en sus bodegas, mientras unos sacerdotes lanzan sus plañidos ante el sacrificio y unas tropas de aspecto oriental destruyen la ciudad. Después nos paramos los dos delante del Cache-Cache de Tchelitchew y estuvimos mirándolo un rato.

Había un marica rubio y alto que llevaba un polo de rayas y pantalones color canela, que no dejaba de mirar a Phil por el rabillo del ojo. Incluso cuando bajamos a ver la película de una hora, el marica se sentó justo detrás de nosotros.

La película era un viejo film italiano de 1915 en el que salía Eleonora Duse. Phillip y yo encontramos que estaba magnífica. Había algo viril en su actitud ante la tragedia, como si desafiase a Dios para que le quitase de encima el agravio que Él mismo le había inferido.

Volvimos a subir a ver los cuadros. Yo quería beber una cerveza, pero Phillip insistió en que nos quedásemos en el museo hasta la hora de cerrar. Eché una mirada alrededor para ver si el marica todavía seguía a Phil, pero no lo vi.

Phillip se instaló otra vez delante del retrato de Modigliani y no dejaba de mirarlo con una sonrisa en la cara.

–Te espero en el bar de la calle Cincuenta y tres –le dije–. Tengo sed.

–Muy bien –dijo Phillip, y salí del museo.

El marica rubio hablaba con un jovencito en el vestíbulo.

En el bar me senté en una mesa en el rincón y pedí una botella de cerveza Schlitz. El camarero me la trajo y la puso sobre el mantel blanco. Parecía que no le gustaba mi modo de vestir y sus maneras eran un tanto displicentes. Me pregunté por qué tanta gente daba tanta importancia a la ropa, y mientras pensaba en aquellas cosas la idea del asesinato no dejaba de asomar y desaparecer a un ritmo constante.

Al cabo de un rato sentí hambre, de modo que pedí una hamburguesa para cenar. El camarero trajo cubiertos de plata, una servilleta blanca limpia y un vaso de agua. El local tenía la típica luz ambarina del East Side, como de cervecería fina, y estaba fresco y agradable. Miré alrededor y me fijé en todos los personajes que había allí dentro.

Mientras esperaba la hamburguesa, pedí un bourbon doble y me lo bebí de dos tragos. Cuando llegó el plato, comí sin muchas ganas y distraído, como se suele hacer cuando te has tomado demasiados martinis antes de cenar.

Ya había terminado y me estaba bebiendo otra cerveza cuando entró Phillip y miró a su alrededor. Le hice un gesto con la mano y se acercó.

–He comido –dije–, tenía hambre.

–No te disculpes, tragón. Yo también tengo hambre.

–Está bien –dije.

Phillip pidió lo mismo para cenar y además una botella de cerveza, y yo pedí otro bourbon doble.

El camarero estaba empezando a animarse con nuestra mesa. Empezaba a llamarnos «señor» y antes de que te dieras cuenta te había vaciado el cenicero y lo limpiaba con una toallita húmeda.

–Me quedan como unos diez dólares del dinero de mi tío –dijo Phillip–. Igual podemos gastárnoslo todo antes de entregarme.

–Fantástico –dije.

Phillip terminó de comer y pagó la cuenta. Salimos y nos fuimos hacia el este por la calle Cincuenta y tres hasta llegar a la Tercera Avenida. Encontramos una taberna barata, entramos y nos sentamos en la barra.

–Aquí es donde Don Birnam se bebía todas sus copas en Días sin huella –dije–. En la Tercera Avenida.

Phillip pidió dos whiskies y otra vez estábamos lanzados. La puerta del bar permanecía abierta y soplaba la brisa fresca del final de la tarde.

Phillip se estaba poniendo muy nervioso. No paraba de decir que tenía que irse a casa pronto y yo no dejaba de recordarle a Boldieu y sus guantes blancos en La Grande Illusion.

A nuestro lado se sentaban dos soldados. Tenían pinta de haberse pasado el invierno en la campaña del Norte de África. Uno de los dos me miraba y finalmente se inclinó hacia mí y quiso saber si en esta ciudad había casas de putas.

Le escribí una dirección en un papel.

–No estoy seguro de si siguen funcionando –dije–, pero inténtalo, de todos modos.

El otro soldado empezó a hablar con Phillip y le preguntó si le gustaba la marina mercante.

Phillip dijo que estaba bien, y un momento después se levantó y me tendió la mano.

–Bueno, Mike, hasta pronto.

Me había cogido por sorpresa.

–Hasta pronto –dije.

Phillip salió por la puerta y yo fui detrás, dejándome las monedas y los cigarrillos encima de la barra.

Nos paramos al salir por la puerta. Phillip volvió a tenderme la mano. Tenía unas monedas. Cuando nos las estrechamos las monedas tintinearon y unas pocas cayeron en la acera y sonaron. Phillip abrió la mano y dejó que el resto del dinero cayese de entre sus dedos rígidos, dramáticos.

–Las voy a recoger –le advertí.

–Adelante. Hasta pronto, Mike.

–Hasta pronto, Phil.

Phillip se alejó caminando hacia la calle Sesenta y estuve un rato observándolo. Tenía ganas de correr tras él para volver a decirle adiós. Desapareció al volver la esquina, caminando con decisión como si anduviera camino del trabajo, y yo volví a meterme en el bar. Vi las monedas en la acera y volví atrás para recogerlas. Luego entré de nuevo en el bar, pedí una cerveza y me senté en una mesa vacía.

Fue la cerveza más solitaria que he tomado en mi vida.

Finalmente salí de allí y me encontré, completamente solo, plantado en la Tercera Avenida al declinar la tarde. El tren elevado rugía sobre mi cabeza y los grandes camiones pasaban atronando. Y allí estaba yo, completamente solo, y todo se había acabado.

Decidí justo allí y entonces volver a ponerme a viajar. Tenía ganas de ver de nuevo los montes de Pennsylvania y los pinares chaparros de Carolina del Norte. Estaba allí de pie pensando en esto cuando vi que Phillip volvía por la Tercera Avenida, corriendo.

–¿Qué sucede? –había echado a correr hacia él.

Sacó el pañuelo ensangrentado del bolsillo y me lo tendió.

–¿Qué voy a hacer con esto? –preguntó–. ¿Lo quieres?

–¿Para qué?

–Es el pañuelo de Al.

–Lo sé.

–Tengo que deshacerme de él –dijo.

–Eso es fácil –dije. Cogí el pañuelo y lo tiré por la alcantarilla. Luego nos echamos a reír.

Los dos estábamos nerviosos y medio locos y contentos de volver a vernos de nuevo.

–Vámonos a un bar –dije.

–De acuerdo –dijo él.

Nos fuimos a otra taberna de la Tercera Avenida y empezamos a beber otra vez. El bar estaba lleno de los típicos personajes de la Tercera Avenida y el barman era irlandés y gordo.

–Tengo que irme a casa –no dejaba de decir Phillip–. Estoy harto ya de tanto guante blanco –dijo después. Y levantó las manos–. Estoy débil. Y los guantes están empezando a rozarse.

Me sentí tan fatal que no dije nada. Empezábamos a ser conscientes de lo sucedido.

–Te acompañaré a tu casa –le dije.

Nos tomamos otra copa u otras dos y después salimos a la calle. Yo no paraba de decir «bueno...» y Phillip no paraba de decir «bueno...» también, y aunque los dos teníamos un montón de cosas que decir, no teníamos sitio donde decirlas, tan tensos y cerrados estábamos.

Finalmente llegamos a Central Park South y allí estaba la casa de apartamentos del tío de Phillip. Llegamos hasta la entrada y nos detuvimos. Phillip saludó con la mano al portero y luego me dijo:

–Es un neurótico. Menudo tipo.

–Sí –dije.

Hicimos una pausa y extendimos automáticamente las manos.

–Bueno –dijo Phillip–, allá vamos otra vez. Te veré detrás de los barrotes.

–Iré a verte –dije.

–Llévame libros buenos y todo eso.

–Sí.

Nos dimos la mano y unas palmaditas mutuas en los hombros y nos miramos sonrientes. Luego él dijo «hasta pronto» y yo dije «hasta pronto», dio media vuelta y entró en el portal y yo eché a andar hacia Columbus Circle, donde vi pasar dos grandes camiones que me hicieron desear irme de viaje lejos.

18

WILL DENNISON

El tío de Phillip lo arregló todo y consiguió que recluyeran al chico en el manicomio del estado. Me figuré que no estaría allí más de seis meses porque el tío conoce varios médicos de la junta que le darán bola.

Los polis no quedaron muy contentos cuando les conté cómo me había enterado de la muerte y aun así no había salido corriendo al teléfono más próximo como un ciudadano decente, que supuestamente ha de ser un soplón de acuerdo con las normas oficiales. En todo caso, no me gusta ninguna clase de publicidad. Así que me fui de viaje a Chicago durante unas semanas a renovar ciertas viejas amistades.

Esa ciudad ya no es lo que era. Parece como que todo el mundo que conocía allí hace cinco años está muerto, en la cárcel o en el ejército. Pero me topé con unos pocos tipos de los que trataba entonces que todavía andaban rondando por los sitios de siempre alrededor de North y Halsted.

Cuando regresé a Nueva York tenía una carta de un hombre de Chicago que decía que era amigo de Charley Anderson y que le gustaría verme para proponerme un negocio. Me dijo que habría algo para mí. Sonaba como que tuviese algún artículo caliente y no supiera adónde llevarlo. En la carta había un número de teléfono y llamé varias veces, pero no encontré al individuo.

Decidí subir hasta casa de Al y ver a Agnes, que se había mudado a la habitación de Al después del crimen. La encontré haciendo las maletas. Se marchaba de la ciudad al día siguiente.

Al parecer una tal señora Rogers le había comprado la casa a la señora Frascati y se estaba deshaciendo de los elementos indeseables. A Chris Rivers lo habían echado por ser un moroso crónico y un problema sanitario.

–Piensa cambiar la decoración y subir los alquileres –me dijo Agnes.

–¿Y qué ha pasado con Hugh Maddox? –le pregunté.

–Le han caído tres años, pero puede que le permitan enrolarse en el ejército después. Nadie parece saberlo con seguridad.

Pensamos un momento en aquello y luego Agnes dijo:

–Oh, y otra cosa. Sabes, empaqueté todas las cosas de Al y se las envié a su hermano a Memphis. Pero faltaba la radio. Alguien debió de entrar en la habitación y se la llevó. Creo que fue Bunny, esa ladrona de buena familia de Boston.

–Muy probable –dije.

Estábamos allí sentados en la antigua habitación de Al y empezaba a oscurecer. Agnes estaba contando una larga historia sobre la señora Rogers, pero yo no la escuchaba. Finalmente, me levanté para irme.

–Si te vas al Oeste, vete a ver a mi costilla –le dije–. Basta con que preguntes a cualquiera dónde está la tienda de comestibles de la señora Dennison.

Agnes dijo que si llegaba hasta Reno lo haría, y luego nos estrechamos la mano y nos dijimos adiós en la puerta.

Me fui solo al Tres G y cené allí.

Cuando me iba andando a casa por Sheridan Square alguien salió de un portal y me dijo:

–Hola, Will.

Era Danny Borman. Le dije:

–Vaya, Danny, ¿cómo va todo, como una casa en llamas, eh? –Pero aquello no le pareció nada gracioso.

Nos fuimos a mi habitación y empezó a contarme lo que había pasado.

Le pegó fuego a la casa, y se incendiaron unas cuantas casas más, lo que no habría sido tan grave si no hubiera sido porque un mamón nada patriótico guardaba cantidad de gasolina escondida en el sótano. De manera que el fuego se hizo tan enorme que acabó incendiando una planta de defensa y un ala de la planta se quemó por completo. Alguien gritó que era un sabotaje y entonces el FBI se ocupó del caso.

Le pregunté a Danny si había cobrado, y me dijo que sí. Iba a quemar la ciudad con el dinero. No tuve el valor de pedirle una comisión y él no intentó que la aceptara.

Así que nos dijimos adiós y buena suerte y etcétera. Después Danny me preguntó qué había pasado con Phillip y se lo conté.

Danny se quedó un momento pensándolo y dijo:

–Bueno, puede dedicarse a la política cuando salga.

–Sí –dije yo–. Tiene que ser bueno en eso.

FIN

EPÍLOGO

Jack Kerouac charlaba y bebía en la sala de estar de su casa en la avenida Sanders 271 de su ciudad natal de Lowell, Massachusetts. Era octubre de 1967. Los jóvenes poetas Ted Berrigan, Aram Saroyan y Duncan McNaughton estaban sentados y hablando con él. Habían ido a grabar una entrevista para la Paris Review. Tras una pregunta sobre La ciudad y el campo, su primera novela, Kerouac comentó: «También escribí otra versión [de esa historia] que está escondida debajo de las tablas del suelo, con Burroughs. Se titula Y los hipopótamos se cocieron en sus tanques.»

«Sí», le dijo Berrigan, «he oído rumores sobre ese libro. Todo el mundo querría pillar ese libro.»

Como atestigua el diálogo, Y los hipopótamos se cocieron en sus tanques ya había adquirido un carácter legendario hace cuarenta años. Pero cuando sus dos autores escribieron el texto en 1945, eran unos desconocidos todavía inéditos. Los hipopótamos antecedieron en más de una década a las obras que depararían a ambos fama literaria duradera. En la carretera de Kerouac es de 1957, y El almuerzo desnudo de William S. Burroughs, de 1959. Ambos libros, junto con Aullido y otros poemas de Allen Ginsberg de 1956, son las obras que abanderan la generación beat y parece poco probable que quienes lean este libro desconozcan totalmente su existencia.

Aun cuando todo lo que el lector sepa de Los hipopótamos sea lo que dice la solapa de este libro, ya sabe demasiado para poder enfrentarse a su texto tal como fue escrito: por unos don nadie y sobre nadie de quien hubiera oído hablar. Pero gracias a una auténtica montaña de bibliografía sobre los beats: bibliografías, belles lettres, memorias y nuevas fuentes archivísticas, la mayor parte de las personas en las que Kerouac y Burroughs basaron sus personajes de 1945 son hoy ampliamente reconocibles. Para bien o para mal, al lector le llega Los hipopótamos como una obra ya enmarcada: ¡El crimen de la Universidad de Columbia que dio origen a los beats! ¡Un libro perdido de Jack Kerouac! ¡Un libro perdido de William Burroughs!

Hoy, sesenta y tantos años después, el escenario de Los hipopótamos –la ciudad de Nueva York casi al final de la Segunda Guerra Mundial– constituye una pieza de época. El lector querrá

incorporar a su lectura toda la imaginería asociada a la época, toda la música y la moda y los automóviles, las películas y las novelas y los titulares de ese período de la guerra. Pero, probablemente, y dependiendo de qué versión de «la historia de Lucien Carr/David Kammerer» le hayan servido, estará deseando tirar por la borda las ideas preconcebidas y dejar que sean los personajes de la novela «Phillip Tourian» y «Ramsay Allen» quienes hablen por sí mismos.

Para quien acabe de entrar en el juego, he aquí los datos básicos: la enmarañada relación entre Lucien Carr IV y David Eames Kammerer se inició en Saint Louis (Missouri) en 1936, cuando Lucien tenía once años y David veinticinco. Ocho años, cinco estados, cuatro escuelas preparatorias y dos colegios universitarios después, la conexión se había vuelto demasiado intensa, las emociones demasiado enfebrecidas; tal como escribe «Will Dennison» en Los hipopótamos: «Cuando se juntan los dos siempre pasa algo.» Algo tenía que pasar, y al final, algo pasó.

En las horas de bochorno que precedieron al amanecer del lunes 14 de agosto de 1944, en la zona de ligue del parque de Riverside, por el Upper West Side de Nueva York, Lucien y Dave estaban solos, borrachos y peleándose. Lucharon y se enzarzaron sobre la hierba, y en cierto momento Lucien apuñaló a Dave con su navajita de boy scout; le hirió dos veces, en la parte alta del pecho. Dave perdió el conocimiento. Lucien dio por hecho que estaba muerto e hizo rodar el cuerpo inerte de Dave –inconsciente, sangrando, con los brazos atados con los cordones de los zapatos y los bolsillos de los pantalones cargados de piedras– hasta las aguas del río Hudson, donde se ahogó. Carr tardó casi veinticuatro horas en entregarse a las autoridades y todavía pasó un día más hasta que recuperaron el cadáver de Dave al pie de la calle Setenta y nueve Oeste.

Aquella muerte ocupó las primeras páginas de los periódicos de Nueva York durante una semana, pero resultó especialmente chocante para los tres nuevos amigos que el propio Lucien había ido presentando unos a otros durante su primer año en la Universidad de Columbia: Allen Ginsberg, de dieciocho años y compañero novato de Columbia que venía de Paterson, Nueva Jersey; Jack Kerouac, de veintidós años, que había dejado Columbia hacía poco y era de Lowell; y William S. Burroughs, de treinta años, con un título de Harvard y amigo de Kammerer desde 1920, cuando iban los dos juntos al parvulario en Saint Louis.

Hoy el lector interesado tiene a su alcance muchas explicaciones por escrito de la larga relación fraguada entre Kammerer y Carr. En la

mayoría de ellas, sin embargo, David queda reducido a una caricatura lastimosa: el viejo acosador homosexual obsesionado, que va agobiando más y más a su joven víctima inocente y heterosexual que al final no tiene más alternativa que «defender su honor» con la violencia. De hecho, ésa fue la tesis de la defensa de Carr en el proceso, con la intención de que fuera aceptable para el juez, así como para el público…, especialmente en 1944.

No obstante, hay mucho más que decir sobre la vida anterior de Lucien Carr y la bisexualidad juvenil de la que siempre se ha hablado hasta en las biografías más completas y fiables de las principales figuras de los beats. Por ejemplo, Lucien tuvo una serie de encuentros sexuales con Allen Ginsberg en 1944. Y también Kammerer: eso quedó claro cuando en 2006 se publicaron los diarios de juventud de Ginsberg bajo el título de The Book of Martyrdom and Artifice. Pero Lucien nunca había tenido contactos sexuales con Dave, ni siquiera una vez, según recordaba Burroughs que Kammerer le contaba con frecuencia, y no hay duda de que Dave le hubiera contado a su viejo amigo Bill cualquier cosa que hubiera sucedido en ese campo.

Para casi todos los que conocieron a los actores, el saneamiento retrospectivo del historial sexual de Lucien para consumo popular fue una cosa comprensible, dadas las circunstancias. Después de todo, ni siquiera el más antiguo amigo del muerto se puso en contra de Carr. William Burroughs fue la primera persona que escuchó la confesión de Lucien, pocas horas después del crimen; inmediatamente le aconsejó que se buscase un buen abogado y se entregase, confiando en la argumentación de la defensa del honor. Burroughs opinaba que no tenía ningún objeto hacer que a Lucien le cayese la máxima condena.

La reacción de Jack Kerouac cuando Lucien se presentó corriendo a darle la noticia justo después fue más ambivalente. Había encontrado en David Kammerer muchas cosas que le gustaban. La bisexualidad de Jack era confusa y oculta, pero innegable; en ese terreno no podía sentir verdadero desprecio por Kammerer. Y además, aun cuando Carr y él sólo hacía seis meses que eran amigos, Kerouac profesaba a Lucien una lealtad que superaba sus recelos.

Pasaron el día juntos, hablando y bebiendo, errando por un bar y otro, mirando cuadros, viendo películas de arte y recorriendo de nuevo los lugares en los que acababa de tener lugar aquel drama de la vida real. Al final, al morir la tarde, los dos jóvenes comprendieron que se habían demorado todo cuanto era posible. Y se separaron de mala gana, porque tanto Jack como Lucien sabían que lo que acababa de ocurrir iba a cambiarlo todo.

Después de pasar la mayor parte del 14 de agosto con Kerouac, Lucien Carr le confesó los hechos a su madre, Marion Gratz Carr, en su apartamento de la calle Cincuenta y siete. Marion llamó a su abogado y Lucien le contó la historia. A la mañana siguiente, el abogado condujo a Lucien al despacho de Frank S. Hogan, fiscal del distrito, para que se entregara. Se le imputaron cargos de homicidio premeditado y fue enviado a prisión. Kerouac fue detenido en el apartamento donde vivía con su novia, Edie Parker, el número 62 del 421 de la calle Ciento dieciocho Oeste; como no pudo pagar la fianza quedó retenido como testigo principal.

Cuando la policía llamó a la puerta del apartamento de Burroughs en la calle Bedford 69 del Greenwich Village el jueves por la mañana, Bill estaba al otro lado de la ciudad, en el Hotel Lexington, trabajando en un caso de divorcio de la agencia de detectives William E. Shorten. Tenía que escuchar los posibles «ruidos amorosos» en la habitación contigua, que la pareja espiada tenía reservada, aunque no llegaron a presentarse. Tan pronto como Burroughs se enteró de que también lo buscaban a él como testigo, se puso en contacto con sus padres en Saint Louis. Dispusieron inmediatamente contratarle un buen abogado, que acompañó a su cliente a la fiscalía para ser interrogado y después lo sacó de allí en libertad bajo fianza.

Vincent J. Malone y Kenneth Spence, abogados de Lucien, ofrecieron al fiscal adjunto, Jacob Grumet, que su cliente se declarase culpable de un cargo menor: homicidio involuntario. Para el tribunal y la prensa, los abogados habían pintado el cuadro de un marica mayor acosando a un jovencito que no tenía nada de homosexual (lo que quizás había parecido en las primeras fotos e impresiones publicadas ya de la cárcel, a causa de su pelo rubio, su aspecto adolescente y un tomo de poesías de Yeats en la mano). Los abogados llegaron a insinuar que Kammerer, mucho más corpulento, había amenazado físicamente a Lucien, pero no querían tener que convencer a un jurado de que un muchacho vigoroso de diecinueve años era incapaz de defenderse de alguna forma que no fuese dar un navajazo a Dave en el corazón… o salir corriendo, simplemente.

El 15 de septiembre de 1944 Lucien fue condenado a un máximo de diez años de confinamiento en el reformatorio de Elmira, en el estado de Nueva York. La biografía de Kerouac que escribió Ann Charters señala que los amigos de Carr esperaban una sentencia con libertad condicional, de manera que se quedaron horrorizados al ver que se decretaba su ingreso en prisión. Pero como Burroughs le dijo a

Ted Morgan: «Yo estuve en el juicio… y salí de allí con el abogado de Lucien, que me dijo: “Creo que hubiese sido muy malo para su formación, para su carácter, salir impune”, así que no había puesto el corazón en el caso, no quería sacarlo de allí. Lo enfocaba tipo moralista.» (Puede que, no obstante, aquel hombre tuviera razón.)

Kerouac se casó con Edie Parker mientras estaba en prisión, para que la familia de ella pudiera pagar la fianza. De allí se fue con ella a su casa de Grosse Pointe, Michigan, a trabajar hasta devolver la fianza. La cosa sólo duró unas semanas. Jack regresó a Nueva York a primeros de octubre y entró en su período de «Autofinalización», como lo denominan las biografías.

Tras la muerte de Kammerer, Burroughs estuvo una semana yendo cada día a ver a su psiquiatra de entonces, el doctor Paul Federn; luego se marchó a casa de sus padres en Saint Louis y pasó con ellos varias semanas. Acabó volviendo discretamente a Nueva York a finales de octubre y subarrendó un apartamento en Riverside Drive 360. En menos de un mes, las amistades de Burroughs en el mundo del hampa le habían introducido en el ambiente de los efectos de las inyecciones de morfina, y en diciembre ya compartía su descubrimiento con Allen y Jack.

Para Burroughs, como sabemos, fue el comienzo de una lucha con la adicción que duraría toda su vida, en una serie interminable de hábitos y curas, de recaídas y salidas, hasta que entró en un programa de rehabilitación con metadona en 1980.

Allen Ginsberg fue uno de los primeros en probar a hacer literatura con el episodio Carr-Kammerer; a finales de 1944 Allen escribió gran cantidad de anotaciones y borradores de capítulos en sus diarios de cara a una obra que pensaba titular «Canción de sangre». Los diarios de Ginsberg publicados ahora incluyen esos escritos, con muchas escenas de gran viveza entre Lucien y él y animadas descripciones del círculo de amigos Carr-Kammerer-Burroughs. La reconstrucción que hace Ginsberg del último encuentro entre Lucien y Dave aquella noche es la más detallada, y probablemente la más realista de todas las escenificaciones de las horas finales de Kammerer.

Sin embargo, en noviembre de 1944 Ginsberg escribía en su diario: «Hoy el decano ha calificado mi novela de “impúdica”.» El decano adjunto de Columbia, Nicholas McKnight, había llamado a Allen para tener una charla después de que Harrison Ross Steeves, director del

departamento de inglés, le soplase en qué estaba trabajando su alumno. El decano McKnight no quería que Columbia siguiese ganando notoriedad con ese caso, de manera que disuadió a Ginsberg de continuar con él.

En otoño de 1944, John Hollander, un amigo de Allen, estudiante y poeta, ya había escrito un relato «dostoievskiano» sobre el crimen en el Columbia Spectator, y los sabrosos detalles resultaron irresistibles para muchos otros autores de esos años. Algunas versiones del asunto aparecen en diversas novelas y memorias escritas en esos años cuarenta o posteriores, como las de Chandler Brossard, William Gaddis, Alan Harrington, John Clellon Holmes, Anatole Broyard, Howard Mitcham, e incluso James Baldwin, que se cree que utilizó a los personajes en un relato titulado «Ejércitos ignorantes», una versión muy primeriza de La habitación de Giovanni, la novela de tema gay que publicó en 1956.

Entre otros escritores neoyorquinos que sin duda estuvieron al tanto del suceso, se cuentan Marguerite Young, amiga de Kammerer (y de Brossard), y un corrector del New Yorker amigo suyo llamado Truman Capote, que Young presentaría a Burroughs en torno a junio de 1945, cuando se publicó en Mademoiselle «Miriam», el primer cuento importante de Capote. Años después también Edie Kerouac Parker, otra testigo ocular, escribió sus memorias, que acabaron publicándose en 2007 con el título You'll Be Okay: My Life with Jack Kerouac. El relato que hace Edie es desde su perspectiva de novia de Jack, que al principio no entendía por qué la policía aporreaba la puerta de su apartamento y se llevaba a su hombre a prisión.

Y luego tenemos a Burroughs y Kerouac. William habló largo y tendido con su primer biógrafo, Ted Morgan, a mediados de los ochenta. Los resultados están en un libro indispensable: Literary Outlaw: The Life and Times of William S. Burroughs.

«Kerouac y yo hablábamos de la posibilidad de escribir juntos un libro, y decidimos hacerlo sobre la muerte de Dave. Escribíamos capítulos alternos y nos los íbamos leyendo el uno al otro. Había una clara separación de material sobre quién escribía qué. No buscábamos una precisión literal en absoluto, [sólo] cierta aproximación. Nos divertimos haciéndolo.

»Por supuesto que [lo que escribíamos] venía dictado por el desarrollo real de los acontecimientos, es decir, que [Jack] sabía una cosa y yo sabía otra. Hacíamos ficción. [La muerte] la produjo con una navaja, no con un hacha pequeña, en absoluto. Tuve que disfrazar

a los personajes, así que hice que [el personaje de Lucien] fuera turco.

»Kerouac no había publicado nada todavía, éramos completamente desconocidos para todos. En cualquier caso, no hubo nadie interesado en publicarnos. Acudimos a una agente [Madeline Brennan, de Ingersoll & Brennan] y nos dijo: “Oh, sí, tenéis talento. Sois escritores”, y todo ese tipo de rollos. Pero no salió nada de nada, no hubo ningún editor interesado.

»A posteriori, no veo por qué tenía que haberlo. No tenía posibilidades comerciales. No era suficientemente sensacionalista para lograrlo [...], desde ese punto de vista, y tampoco estaba tan bien escrita ni era lo bastante interesante para lograrlo desde un punto de vista puramente literario. Quedaba como entre dos aguas. Era demasiado de estilo existencialista, la moda que predominaba en la época pero que aún no había llegado a los Estados Unidos. Simplemente no era comercialmente viable.»

Respecto de aquel título tan poco corriente, Burroughs explicaba: «Eso sale de una emisión de radio que oímos mientras estábamos escribiendo el libro. Había habido un incendio en un circo y recuerdo que oímos esa frase en la radio: “¡Y los hipopótamos se cocieron en sus tanques!” Así que la utilizamos para el título.»

En la entrevista de la Paris Review en 1967, Jack Kerouac recordaba así la fuente del título: «Se titula Y los hipopótamos se cocieron en sus tanques. Los hipopótamos. Porque Burroughs y yo estábamos sentados una noche en un bar y oímos a un locutor que decía “... de modo que los egipcios atacaron bla, bla, bla... y mientras tanto hubo un gran incendio en el zoo de Londres y el fuego se propagó por toda la extensión del zoo ¡y los hipopótamos se cocieron en sus tanques! ¡Buenas noches a todos!”.

»Fue Bill [añadió Kerouac] el que se fijó en eso. Porque él se fija en esas cosas.»

En otra versión más, el incendio era en el zoo de Saint Louis. Pero seguramente está relacionado con el incendio del circo Ringling Brothers and Barnum & Bailey en Hartford, Connecticut, el 6 de julio de 1944, conocido como «el día que los payasos lloraban». Había cerca de setecientas personas en la carpa grande cuando de repente quedó envuelta en llamas y tres minutos después los postes de la lona se vinieron abajo y el resto de la carpa se derrumbó ardiendo. Seis minutos después de haberse iniciado todo, sólo quedaban brasas y cenizas. Murieron al menos 165 personas –hombres, mujeres y niños–,

y hubo además unos quinientos heridos, muchos de ellos aplastados entre el pánico. Resultó que la lona de las carpas había sido impermeabilizada con una mezcla de gasolina y parafina, exactamente lo contrario a un sistema resistente al fuego.

El incendio de Hartford, a los pocos días de la primera visita de Burroughs al apartamento de la calle Ciento dieciocho para conocer a Kerouac, fue a finales de junio o principios de julio de 1944. En Hartford, no obstante, caballos, leones, elefantes y tigres fueron sacados del peligro rápidamente y allí no había hipopótamos que se pudieran cocer. Hay información de que un hipopótamo pigmeo murió en el incendio del circo de los hermanos Cole en Rochester, Indiana, en 1940, junto con otros diecisiete animales exóticos como llamas y cebras; y en Cleveland, Ohio, un fuego en la carpa de fieras del Ringling Brothers acabó con hasta cien animales muertos, dos docenas de ellos abatidos a tiros por la policía con rifles de grueso calibre porque los animales huían despavoridos en estampida con la piel en llamas. Ese tipo de escenas de comicidad absurda, horripilante, grave, era justamente lo que Burroughs encontraba que era para morirse de risa. Quizás los hipopótamos cociéndose fuera un chiste constante suyo que las noticias del incendio de Hartford volvieron a poner en marcha.

Otros, como Allen Ginsberg, recordaban que la frase sobre los hipopótamos que se cocían podía venir de alguno de los experimentos de cut-up, de cortar y pegar discursos y noticias de radio que hacía su amigo Jerry Newman con unos aparatos de grabación de sonidos que tenía. Newman estudiaba en Columbia y era muy aficionado al jazz y, antes de que se pudieran adquirir grabadoras de cinta magnetofónica, se había hecho con cierto material portátil para grabar discos y se lo llevaba a las jam sessions y a los clubs de la calle Cincuenta y dos; sus grabaciones de Art Tatum en 1940-1941 son una rareza y están consideradas como tesoros musicales.

En La vanidad de los Duluoz, la novela de sus últimos años que sirve de memorias, Jack Kerouac describía su colaboración con Burroughs en el invierno de 1944-1945.

El bueno de Will, en aquella época, sólo esperaba el siguiente producto monstruoso salido de la pluma de su joven amigo, yo, y cuando se lo entregaba fruncía los labios en un gesto de divertida interrogación y leía. Después de leer lo que le había dado, meneaba la cabeza y devolvía la producción a las manos de las que había salido.

Yo permanecía sentado en un taburete cerca de los pies de aquel hombre, en mi habitación o en su apartamento de Riverside Drive, en una actitud consciente de expectación, y al ver que me devolvía la obra sin más comentario que un movimiento de cabeza, decía, casi sonrojándome:

–Ya la has leído, ¿qué opinas?

El hombre, Hubbard, asentía con la cabeza, como un Buda. Teniendo en cuenta que había salido del nirvana para volver a la horrible vida que había fuera de él, ¿qué otra cosa podía esperarse que hiciera? Unía resignadamente las yemas de los dedos. Mirando por encima del arco de sus manos, decía:

–Vaya, vaya.

–Pero ¿qué piensas en concreto de ello?

–Bueno... –Fruncía los labios y apartaba la vista hacia una pared igual de simpática y divertida que él–. Bueno, no pienso nada en concreto de ello. Más bien me gusta, eso es todo.

La copia mecanografiada de Los hipopótamos estuvo lista a comienzo de primavera. En una carta del 14 de marzo de 1945 a su hermana Caroline, Kerouac escribió: «El libro que hemos escrito Burroughs y yo está ya en manos de la firma editorial Simon & Schuster, y la están leyendo. Lo que pasará, no lo sé. Para la clase de libro que es –un retrato del segmento "perdido" de nuestra generación, amargo, sincero y sensacionalmente real–, es bueno, pero no sabemos si esta clase de libros tiene mucha demanda en estos momentos, aunque después de la guerra va a haber sin duda una avalancha de libros de "generación perdida" y en ese campo nadie podrá derrotar al nuestro.»

Burroughs se había hecho la misma pregunta sobre qué estilos literarios iban a estar de moda y resultar comerciales; como sabemos, Simon & Schuster no aprobó el manuscrito «sensacionalmente real» de Los hipopótamos, y también lo rechazaron otros pocos editores. Pero Kerouac continuó trabajando con ese material: en el verano de 1945, hizo él solo una revisión completa de la historia de Los hipopótamos y le dio diversos títulos: «La historia de Phillip Tourian» o «Historia Ryko/Tourian» o «Desearía ser tú». También basó en él mismo y en Lucien Carr los personajes de «Michael» y «Paul» en Orpheus Emerged, otra pieza que escribió por entonces y fue publicada en 2005; es una

novela corta inacabada que incluye también personajes basados en Ginsberg y Burroughs.

Tras dos años en Elmira, Lucien Carr salió en libertad. Volvió a Nueva York para rehacer su vida desde cero, y no estaba de humor para permitir que su querido amigo Jack se diese el gusto de hacer versiones novelescas de la tragedia que había dado fin a su juventud. Frenó cualquier nuevo esfuerzo por reescribir o presentar de nuevo el texto de Los hipopótamos o cualquier ensayo similar. Los amigos de Lucien sabían que él quería que todo aquello quedase atrás, pero la historia era demasiado buena para dejarla de lado, y además ellos eran escritores, o lo serían pronto.

En sus cartas a Kerouac y Burroughs desde Elmira, Carr había mantenido su tono desenfadado y de «¿a mí qué?», pero para él y para todos los demás era evidente que no iba a volver a la Universidad de Columbia. Poco después de quedar en libertad, se puso a trabajar en la United Press International, donde empezó de corrector. Se casó con Francesca von Hartz, formó una familia (tres hijos: Simon, Caleb –que sería novelista– y Ethan), y en 1956 fue ascendido a redactor jefe de noche en la sección de noticias de UPI.

Ese mismo año, la editorial City Lights Books de Lawrence Ferlinghetti publicó Aullido, el revolucionario poema de Allen Ginsberg, dedicado a Lucien. Pero Carr ya había «disfrutado» de más notoriedad pública de la deseada y pidió a su viejo amigo Allen que se abstuviese de incluir su nombre en futuras ediciones. Los años cuarenta ya eran para Carr un capítulo cerrado de su vida, o al menos eso esperaba, como es comprensible.

A Burroughs le daba igual una cosa que la otra. En 1946 tenía ya problemas serios con las drogas, con un pie ya en la escalera mecánica que terminaría metiéndolo cinco años después en un círculo cerrado infernal en México D.F., donde de un modo descabellado, aunque involuntario, mató a su mujer de entonces, Joan Vollmer Burroughs, de un tiro en la frente por una bravata de borrachos durante una fiesta el 6 de septiembre de 1951. En esos momentos llevaba dos años escribiendo, pero su tema no era Jack Kerouac ni Lucien Carr; su tema era el caballo y los yonquis –en Nueva York y en Lexington, Kentucky, en el este de Texas y Nueva Orleans, Luisiana, y en último término en México D.F.–, en otras palabras, él mismo y sus socios en el cuelgue.

La primera novela que publicó Jack Kerouac fue La ciudad y el campo (1950), una Bildungsroman del chico de pueblo que va a la ciudad, al estilo de las Ilusiones perdidas de Balzac pero contada como

una historia de familia, con detalles de Jack y sus parientes recombinados en la familia Martin. El libro incluye una versión muy cambiada del episodio Carr/Kammerer, con «Kenneth Wood» y «Waldo Meister» dibujados con el modelo de Carr y Kammerer, pero con los hechos lo bastante modificados como para que Lucien Carr no fuera reconocido por todos.

Sin embargo, La ciudad y el campo no había agotado la fascinación de Kerouac con esa historia. En una carta a Carl Solomon desde San Francisco del 7 de abril de 1952 –después de que Solomon hubiera sido nombrado editor de Ace Books por su tío A. A. Wyn, propietario de la firma–, Jack le hablaba del libro de Los hipopótamos, que quería que le publicasen en Ace.

«Por mi parte no tengo ningún recelo hacia los libros con tapas blandas», escribió Kerouac. «El asunto real es que Burroughs y yo escribimos una novela sensacional de 200 páginas sobre el crimen de Lucien en 1945 que impresionó a todas las editoriales de la ciudad, y también a los agentes... Allen se acordará..., si la quieres, vete a casa de mi madre con Allen y búscala en el laberinto de cajas y maletas, está en un sobre marrón grande que pone (creo) DESEARÍA SER TÚ, y “por Seward Lewis” (que son nuestros segundos nombres respectivos). Bill seguro que aprobará este paso, le dedicamos un año entero, Lucien estaba muy enfadado, quería que la enterrásemos debajo de las tablas del suelo (de modo que ahora no se lo digas a Lucien).»

Puede que Jack estuviera adornando un tanto lo del factor de impacto, pero decía la verdad en lo de que nadie aceptase publicar Los hipopótamos, incluida Ace Books en 1952. (Y quince años más tarde, todavía recordaba lo de las tablas del suelo en la entrevista de la Paris Review.)

Para 1959 ya estaban publicadas las tres obras que serían las piedras angulares de los beats, y sus tres autores adquirieron todos, y en muy poco tiempo, notoriedad, ventas y lectores. La generación beat había sido bautizada así de modo provisional en una novela de 1952, Go, de John Clellon Holmes (en la que aparecen también Carr y Kammerer en papeles de figurantes), pero probablemente fue un reportaje de la revista Life en noviembre de 1959, «La única rebelión en torno», lo que reventó la presa y soltó la gran corriente del conocimiento de los beats en América.

En su biografía fundamental de Kerouac, Memory Babe, Gerald Nicosia señala que, en 1959, Jack seguía hablando de revivir la historia de Los hipopótamos; estaba atascado en mitad de una novela

inacabada, Ángeles de desolación. En efecto, habló del tema delante de Lucien y de Cessa, su mujer: «horrorizándola y perturbando profundamente [a Lucien]… Parecía que Jack admiraba aquella muerte como una proeza heroica. Aunque a petición suya aceptó no hacer el libro por el momento, no dejaría de volver a esa idea cada ciertos meses, lo que ponía a Cessa al borde de un ataque de histeria».

Finalmente, en 1967 Jack cumplió su amenaza: estaba escribiendo La vanidad de los Duluoz (Una educación audaz: 1935-1946), libro sobre su propia vida antes de lanzarse a la carretera con Neal Cassady y escrito como si se lo contase a su sufrida tercera esposa, Stella Sampas Kerouac. Rescató del archivador los viejos folios de 1945 y se los leyó para inspirarse y tener un recordatorio, y cuando La vanidad de los Duluoz se publicó en 1968, una quinta parte completa del libro era la historia de «Claude de Maubris» (Lucien) y «Franz Mueller» (Kammerer). Introdujo también un sublime «Wilson Holmes, "Will", Hubbard» (Burroughs), todo en un lenguaje similar al que encontramos en Los hipopótamos. El proceso narrativo de Kerouac en La vanidad sigue también bastante de cerca la estructura de escenas de Los hipopótamos.

El libro de Kerouac salió justo a tiempo, porque en 1968 ya estaban en marcha las primeras biografías de los beats. Ese año se publicó Allen Ginsberg in America de Jane Kramer, basado en una serie sobre Allen que la autora había publicado en el New Yorker, pero ahí no hacía mención de Lucien Carr ni de David Kammerer; quizás, simplemente, Allen se abstuviera de hablar de ese tema con ella.

Vino luego la rompedora Kerouac: A Biography de Ann Charters en 1975, y ahí sí se reintroducía a Carr y a Kammerer para presentarlos a un mundo que ya los tenía olvidados, a pesar de que Lou Carr, redactor jefe importante de UPI en esos momentos, era persona muy conocida y querida. Charters, sin embargo (y Ginsberg siempre se quejaba de eso delante de mí), fue obligada a retirar del último borrador cada una de las palabras que citaba literalmente de los textos de Jack, tanto publicados como inéditos, y sustituirlas por paráfrasis suyas, porque los herederos de Kerouac tenían un contrato de uso exclusivo con Aaron Latham, que también estaba trabajando en una biografía.

Al final, Latham acabó terminando su libro, pero no llegó a publicarse, quizás porque los editores consideraron que el de Charters ya había saturado el mercado de biografías de Kerouac por el momento. Sin embargo, en la década de 1970 se editaron otras

biografías importantes de Kerouac, en especial El libro de Jack. Una biografía oral de Jack Kerouac de Barry Gifford y Lawrence Lee en 1978, y Jack Kerouac: América y la generación beat, una biografía de Dennis McNally en 1979.

El proyecto de Latham tuvo unos efectos retardados que resultaron de lo más profundo. El agente de Latham era el venerable Sterling Lord, que era también agente de Kerouac desde principios de los cincuenta y, tras su muerte en octubre de 1969, agente de su legado. Latham escribía a menudo en la revista New York Magazine, y Clay Felker, su director ya difunto, aceptó el primer capítulo de su libro para publicarlo. Tenía un título de lo más claro: «El asesinato en Columbia que dio origen a los beats», y apareció en abril de 1976, con un gran despliegue gráfico a doble página y en portada de la revista una llamada en titulares al artículo en el interior. El capítulo de Latham se basaba directamente en escenas y diálogos citados o parafraseados en abundancia a partir de La vanidad de los Duluoz y de la copia mecanográfica inédita de Los hipopótamos, puesto que ambos textos podían considerarse versiones literales al pie de la letra. También aparecían por primera vez en letra impresa las intimidades de Lucien con Allen Ginsberg.

El artículo de New York trastocó todas las perspectivas de la vida de Carr, y se puso furioso. A pesar de que con algunos de sus amigos en UPI llevaba trabajando nada menos que treinta años, ninguno tenía noticias de aquel homicidio adolescente.

Reprochó a Ginsberg que hubiese hablado con demasiada libertad de sus asuntos sexuales ante el micrófono de Latham; consideraba que Allen había incumplido el acuerdo de 1944, perfectamente resumido en La vanidad de los Duluoz cuando Claude musita al oído del narrador (Jack), mientras están ambos detenidos por la policía: «Heterosexualidad total hasta el final.» Allen no estaba seguro de haber chismorreado más de la cuenta con Latham o no. En cualquier caso, estaba totalmente arrepentido y suplicó a William que aplacase las iras de Lucien.

William se sentía más que indignado por cuenta de Lucien, y con ayuda de su abogado de propiedad intelectual de muchos años, Eugene H. Winick, presentó una demanda contra Latham, Lord y la revista New York por violación de derechos de autor de sus capítulos de Los hipopótamos, por difamación de personajes e invasión de la intimidad (en el sentido de uso no autorizado de su propio nombre o descripción como si él lo hubiera aprobado). El pleito de Burroughs se saldó a principios de los ochenta, sin rencores y con una

indemnización nominal; en adelante, el control de Los hipopótamos sería compartido y se ejercería conjuntamente. De manera que «Los hipopótamos se metieron en un cajón» y permanecieron así durante veinte años.

Burroughs se mudó de su «búnker» de Nueva York a Lawrence, Kansas, a finales de 1981 y vivió y trabajó en Lawrence dieciséis años más: terminó la Trilogía de la Noche Roja y creó una abundante colección de obra visual. Cuando, finalmente, también a Burroughs le llegó la hora de hacer su viaje a las Tierras del Occidente el 2 de agosto de 1997, yo estaba con él: había tenido el privilegio de vivir y trabajar con William durante veintitrés años.

Poco después de cumplir veintiún años había llegado a Nueva York desde Kansas en busca de mi destino. Burroughs y los beats habían sido mi foco literario desde la primera adolescencia; ya había conocido a Ginsberg el año anterior y ahora, alentado por él, iba a conocer a William mediado febrero de 1974. Muy pronto, William me invitó a compartir su casa, un gran loft que tenía subarrendado en Broadway 452. Una noche de aquella primavera, ya muy tarde, el timbre de la calle nos despertó a William y a mí y enseguida pude oír una voz jovialmente insolente que decía bien fuerte por el interfono: «¡Bill! ¡Soy Lou Carr, demonios! ¡Déjame entrar!» Le abrí yo y luego los tres nos sentamos y estuvimos charlando una o dos horas. Mi amistad con Lucien se inició esa noche y fue creciendo durante todos mis años con William.

En 1999, como albacea del testamento de Burroughs, tomé parte en la subasta del legado de Allen Ginsberg en Sotheby's de Nueva York. Después de la subasta bajé a Washington, D.C., para visitar a Lucien unos días. Allí confirmé mi promesa ya antigua: que, por respeto a sus sentimientos, no permitiría que se publicase el libro de Los hipopótamos de Kerouac/Burroughs mientras él viviese.

También he disfrutado muchos años de la amistad con John Sampas, albacea de la herencia de Kerouac. John ha sido generoso, considerado y divertido. También ha respetado en todo momento mi promesa a Lucien sobre Los hipopótamos.

Ahora, todos han desaparecido ya: Dave, Jack, Allen, Bill… y también Lucien, hace tres años, en 2005: de manera que aquí tienen sus Hipopótamos, preparados para ser cocidos después de tanto tiempo.

Unas pocas palabras más sobre este libro: el lector avezado en los beats reconocerá fácilmente los seudónimos de los personajes: los autores y narradores en la vida real fueron Jack Kerouac («Mike Ryko») y William Burroughs («Will Dennison»); las figuras trágicas centrales Lucien Carr («Phillip Tourian») y Dave Kammerer («Ramsay Allen» o «Al»); la novia y primera esposa de Kerouac, Edie Parker («Janie»); la novia de Carr, Celine Young («Barbara Bennington» o «Babs»); y el compañero de estudios de Carr, John Kingsland («James Cathcart»).

Los profesores reconocerán tal vez también a personajes reales menos conocidos que salen marginalmente en el relato: los padres de Lucien, Russell Carr («el señor Tourian»/«el señor Rogers») y Marion Carr («la señora Tourian»); su tío rico, Godfrey S. Rockefeller («el tío de Phillip», también); el futuro colaborador del New Yorker Chandler Brossard, que vivía en la calle Morton 48, igual que Kammerer, a la vuelta de la esquina del apartamento de Burroughs en la calle Bedford (Brossard puede que sea «Chris Rivers»); el estibador Neal Spollen («Hugh Maddox»); un grupo de lesbianas con vínculos en el Barnard College, con la marimacho Ruth Louise McMahon («Agnes O'Rourke») y las muy femeninas estudiantes Donna Leonard («Della») y Teresa Willard (quizás «Bunny»); Patricia Goode Harrison, amiga de Kammerer, y su marido de entonces Thomas F. Healy, un escritor irlandés (posiblemente «Jane Bole y Tom Sullivan»); y el joven gángster al que sólo conoce Dennison, que se basa en un tal «Hoagy» Norman, o Norton («Danny Borman»).

Y, por supuesto, Joe Gould, el «profesor gaviota» de la vida real, tal como lo bautizó Joseph Mitchell en un perfil muy leído que publicó el New Yorker y que aquí aparece con su nombre verdadero. De mediana edad, alcohólico y charlatán, era un patricio caído dans la boue desde una familia cuyo árbol genealógico tenía sus raíces en el Boston anterior a la independencia, y era también un auténtico excéntrico del Village. Tal como se le retrata en Los hipopótamos se pasaba la vida en Minetta's Tavern, trabajando (según decía) en una gigantesca obra maestra de la literatura, Historia oral de nuestros tiempos, y haciendo «su número de la gaviota» (según Burroughs) para conseguir copas gratis. Pero «El secreto de Joe Gould», que Mitchell desveló en la continuación que escribió en 1964, era que ese manuscrito garabateado sin fin no existió nunca.

En 2000, El secreto de Joe Gould se convirtió en película, dirigida por Stanley Tucci y con Ian Holm en el papel de Joe Gould. Es una recreación visual bellamente realizada del tiempo y el lugar exactos –Greenwich Village a mediados de los cuarenta– en que sucede la

historia de Los hipopótamos, de manera que el lector haría bien en ver la película para que le ayude a reimaginar aquellos escenarios, tan distantes ya en el tiempo.

En mi edición no he aspirado a un trabajo textual tan meticuloso como el que ha llevado a cabo el eminente profesor Oliver Harris en sus versiones definitivas de las primeras obras de Burroughs, Yonqui (1953) y Las cartas de la ayahuasca (1963). Me he esforzado más bien en presentar estos textos de acuerdo a las intenciones de sus autores, al menos en todo cuanto se puedan discernir.

Sabemos que Kerouac y Burroughs confiaron completo a su agente este mismo original mecanografiado para que lo sometiera a la consideración de editoriales como Simon & Schuster y Random House. Este simple hecho me confirma por sí solo que si Los hipopótamos hubiera sido contratada en aquellos momentos hubieran aceptado para su publicación algunas modestas sugerencias editoriales sobre organización del texto u ortografía, especialmente porque escribían de modo explícito con vistas al mercado de la ficción de género y no para los lectores de vanguardia.

Antes de terminar, una nota sobre el texto: ha sido transcrito a partir de fotocopias de archivo de los originales a máquina por mi amigo y colega Tom King, a quien con mucho gusto doy las gracias por su concienzudo trabajo. Quiero agradecer también a mis amigos Thomas Peschio, John Curry y James M. Smith sus múltiples favores y sus ánimos; a los estudiosos Gerald Nicosia, Oliver Harris, Dave Moore y Bill Morgan por sus sugerencias y corrección de errores; a mi editor Jamison Stoltz por su guía siempre ofrecida a su tiempo; a Kathleen Silvassy, compañera de Lucien, por la hospitalidad que me brindó años atrás; a mi viejo amigo Gene Winick por toda una vida de ayuda a William y su legado, y paralelamente al agente de la sucesión de Kerouac, Sterling Lord, por sus seis décadas de cuidados a la herencia de Jack (y su magnanimidad respecto de aquel antiguo pleito de hace treinta años); a mi colega y amigo John Sampas, por su permanente equilibrio y su mordacidad burroughsiana; a mis agentes, Andrew Wylie y Jeff Posternak, por sus años de fe en mí a lo largo de mis vicisitudes; a mi querido y entrañable amigo Ira Silverberg, por todo lo dicho y por mucho más; pero, por encima de todos, a mi madre adorada Selda Paulk Grauerholz, que falleció el 13 de marzo de 2008 sin dejar de preguntarme si tenía listo Los hipopótamos; a ella le doy las gracias por todo, siempre, y desearía poder decírselo una vez más.

Lou Carr se convirtió en un hombre de prensa entregado a su trabajo. En los años setenta lo ascendieron a jefe de la oficina de

noticias de United Press, y cuando la UPI cambió su sede a Washington en 1983 él se trasladó allí desde Nueva York. Lucien estuvo cuarenta y siete años en la agencia, hasta su jubilación en 1993, a los sesenta y ocho años. Murió a los setenta y nueve, el 28 de enero de 2005.

En un acto de homenaje que se le dedicó en el National Press Club de Washington, D.C., el 4 de marzo de 2005, se reunieron más de 160 periodistas colegas de Lucien Carr para cantar sus alabanzas. El Times de Londres publicó una necrológica donde se decía: «Una historia de la agencia [United Press], titulada Unipress (2003) decía de Carr que era "el alma del servicio de noticias. Hombre alto, delgado, superada ya la generación beat, [Carr] reescribió, arregló, refundió y dio nueva vida a más grandes reportajes en el circuito de la UPI en los grandes periódicos, el A-wire, que ninguna otra persona antes o después de él". Inspiraba gran admiración y afecto a sus colegas.»

«El crimen que dio origen a los beats» se ha convertido en un cuento muy contado, pero no fue la muerte de Kammerer lo que meció la cuna de los beats; fue la fuerza de la vida intelectual y sexual de un adolescente Lucien Carr que el propio Kammerer fue criando desde la pubertad a base de una dieta rica en excesos poéticos: el soplo divino de Baudelaire, los actes gratuits de Gide y la apasionada interrelación de Verlaine y Rimbaud. Y después Dave y Lucien cayeron en la locura y dieron cuerpo a esos papeles de malditos en su propia vida.

En Los hipopótamos Jack y Bill retrataron un caso trágico de una relación mentor/pupilo que se tuerce, así como la crueldad propia de la juventud. Sin embargo, la dificultad argumental de Los hipopótamos fue siempre que la muerte de Kammerer no suponía el final de una historia, sino el comienzo de otra. Con Kammerer muerto y con Carr encerrado, quedaban tres: Burroughs, Kerouac y Ginsberg..., y aunque ninguno de ellos vería su obra publicada hasta una década después de la muerte de David, ellos eran quienes estaban destinados al reconocimiento público, literario o de otro tipo.

El momento culminante de la figura de Lucien Carr como despreocupado blanco que centraba todas las miradas sobre los beats –el luminoso y carismático Claude de Maubris, su celebrante sacrificial, animándolos a «Plonger au fond de gouffre / Enfer ou ciel, qu'importe?»–, esos tiempos felices terminaron hace muchos años, una noche calurosa de verano, durante la guerra, cuando Lucien quitó, o aceptó, la vida a su mentor y acólito, su acosador y perrito faldero, su creador y destructor, David Eames Kammerer.

JAMES W. GRAUERHOLZ,

junio de 2008

[←1]

En español en el original. (N. del T.)

Título de la edición original:

And the Hippos Were Boiled in Their Tanks

Edición en formato digital: agosto de 2022

Pau Claris 172, Principal 2ª

08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4535-8

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es